

NUEVO MANUAL DE CIENCIA POLÍTICA

**Robert Goodin y Hans-Dieter
Klingemann (Eds.)**

EDITORIAL ISTMO

Director de la colección: Ramón Maiz

A New Handbook of Political Science

Esta traducción del Nuevo *Manual de Ciencia Política* publicado originalmente en inglés en 1996, se edita de acuerdo con Oxford University Press.

Oxford University Press, 1996

© Ediciones Istmo, S. A., 2001 para todos los países de habla hispana

ISBN: 84-7090-368-3 - Depósito **Legal:** M-8563-2001

ÍNDICE

VOLUMEN I

PRESENTACIÓN	9
PREFACIO.....	11
AGRADECIMIENTOS.....	15
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	17

PARTE I. LA DISCIPLINA

1. Ciencia política: la disciplina. Robert E. Goodin y Hans-Dieter Klingemann.....	21
2. Ciencia política: la historia de la disciplina. Gabriel A. Almond.....	83
3. La ciencia política y las otras ciencias sociales. Mattei Dogan.....	150

PARTE II. LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS

4. Las instituciones políticas: una visión general. Bo Rothstein.....	199
5. Las instituciones políticas: perspectivas de elección racional. Barry R. Weingast...	247
6. Las instituciones políticas: enfoques jurídicos. Gavin Drewry.....	284
7. Las instituciones políticas: lo viejo y lo nuevo. B. Guy Peters.....	304

PARTE III. COMPORTAMIENTO POLÍTICO

8. Comportamiento político: una visión general. Edward G. Carmines y Roben Huckfeldt	329
9. Comportamiento político: votantes racionales y sistemas multipartidistas. Franz Urban Pappi	374.
10. Comportamiento político: enfoque institucional y enfoque experimental. Patrick Dunleavy	403.
11. Comportamiento político: lo viejo y lo nuevo. Warren E. Miller	429

PARTE IV. POLÍTICA COMPARADA

12. Política comparada: una visión general. Peter Mair.....	447
13. Política comparada: perspectivas microconductistas. Russell J. Dalton.....	485
14. Política comparada: estudios sobre democratización. Laurence Whitehead	509
15. Política comparada: lo viejo y lo nuevo. David E. Apter	535

VOLUMEN II

PARTE V. RELACIONES INTERNACIONALES

16. Relaciones internacionales: una visión general. Kjell Goldmann 581
17. Relaciones internacionales: neorrealismo y neoliberalismo. David Sanders..... 619
18. Relaciones internacionales: perspectivas pospositivistas y feministas. J. Ann Tickner 645
19. Relaciones internacionales: lo viejo y lo nuevo. Roberto. Keohane..... 668

PARTE VI. TEORÍA POLÍTICA

20. Teoría política: una visión general. Iris Marión Young.....693.
21. Teoría política: tradiciones en filosofía política. Bhikhu Parekh.....727.
22. Teoría política: teoría política empírica. Klaus von Beyme.....749
23. Teoría política: lo viejo y lo nuevo. Brian Barry765

PARTE VII. POLÍTICAS PÚBLICAS Y ADMINISTRACIÓN

24. Políticas públicas y administración: una visión general. Barbara J. Nelson.....795
25. Políticas públicas y administración: análisis comparado de políticas. Richard I. Hofferbert y David Louis Cingranelli....861
26. Políticas públicas y administración: ideas, intereses e instituciones. Giandomenico Majone.....887
27. Políticas públicas y administración: lo viejo y lo nuevo. B. Guy Peters y Vincent Wright.....914

PARTE VIII. ECONOMÍA POLÍTICA

28. Economía política: una visión general. James E. Alt y Alberto Alesina..... 937
29. Economía política: perspectivas sociológicas. Claus Offe..... 981
30. Economía política: perspectivas downsonianas. Bernard Grofman..... 1003
31. Economía política: lo viejo y lo nuevo. A. B. Atkinson. 1019

PARTE IX. LA METODOLOGÍA EN CIENCIA POLÍTICA

32. La metodología en ciencia política: una visión general. John E. Jackson..... 1037
33. La metodología en ciencia política: métodos cualitativos. Charles C. Ragin, Dirk Berg-Schlosser y Gisèle de Meur..... 1081
34. La metodología en ciencia política: diseño de investigación y métodos experimentales. Kathleen McGraw..... 1110
35. La metodología en ciencia política: lo viejo y lo nuevo. Hayward R. Alker 1136

NOTA SOBRE LOS AUTORES 1153

ÍNDICE DE NOMBRES..... 1156

PARTE I: LA DISCIPLINA

1. Ciencia política: la disciplina

ROBEKT E. GOODIN

HANS-DIETER KLINGEMANN

Las retrospectivas son, por su propia naturaleza, inherentemente selectivas. Hay muchas observaciones fascinantes en los muy diversos estudios que componen el Nuevo Manual de Ciencia Política. Surgen muchas más al leer todos sus capítulos de manera colectiva, pero, inevitablemente, la cobertura es incompleta y, al mismo tiempo, algo idiosincrásica. Todos los autores se han visto obligados a dejar fuera aspectos que no lo merecían, simplemente porque no se ajustaban a la estructura narrativa escogida. Los colaboradores del Nuevo Manual cuentan una gran parte de la historia de lo que ha venido ocurriendo en la ciencia política de las dos últimas décadas, pero ninguno sostendría que ha contado la historia completa.

La tarea de esta introducción es situar estos capítulos en un contexto de la disciplina más amplio y recoger algunos de los hilos comunes más interesantes. Al igual que la cobertura de cada uno de los siguientes capítulos es inevitablemente selectiva, la de esta panorámica de panorámicas lo es todavía más. De todos los temas y subtemas que emergen al considerar todos estos capítulos desde un punto de vista global, aquí nos vamos a centrar en uno en particular.

El Nuevo Manual proporciona una contundente evidencia de la madurez profesional de la ciencia política como disciplina. Este desarrollo posee dos aspectos: por un lado, hay una diferenciación creciente con un trabajo cada vez más sofisticado hecho dentro de las distintas subdisciplinas (y dentro de subespecialidades dentro de las subdisciplinas); por otro, hay una integración creciente entre todas las distintas subdisciplinas.

De los dos, la diferenciación y especialización crecientes es la historia más familiar, mientras que la integración es la más sorprendente. Pero es claro que hoy en día hay una apertura y una curiosidad cada vez mayores hacia lo que ocurre en las subdisciplinas adyacentes. La existencia de una amplia agenda intelectual crecientemente compartida por la mayor parte de las subdisciplinas posibilita que las innovaciones teóricas viajen cruzando las fronteras entre las mismas. La existencia de un conjunto de herramientas metodológicas crecientemente compartido hace más fácil ese intercambio. A su vez, todo esto se ve facilitado por un grupo cada vez más numeroso de sintetizadores de la disciplina, quienes, aunque a menudo están firmemente enraizados en una subdisciplina particular, son capaces de hablar en términos que muchas subdisciplinas encuentran poderosamente atractivos. Estos extremos son los que con más fuerza llaman nuestra atención -y los que centran nuestro capítulo- de todos los que nos resultan interesantes tras una lectura global del Nuevo Manual.

I. La ciencia política como disciplina

Una afirmación central en este capítulo consiste en que la ciencia política, como disciplina, ha madurado y se ha profesionalizado. Como una importante cuestión previa a esa discusión, tenemos que contestar necesariamente con brevedad a unas cuantas preguntas de partida: ¿qué significa constituir una disciplina para la ciencia política?; ¿qué es la política?; ¿en qué sentido puede aspirar el estudio de la política a un status de ciencia?

a) La naturaleza de una disciplina

Acostumbrados como estamos a hablar de las subdivisiones del aprendizaje académico como «disciplinas», merece la pena reflexionar sobre las implicaciones más amplias de tal expresión. De acuerdo con el Concise Oxford English Dictionary, las distintas definiciones de «disciplina» son: «una rama de la educación; formación mental y moral; entrenamiento Militar, instrucción; el orden que se mantiene entre escotares, soldados, presos, etc.; un sistema de reglas de conducta; el control ejercido sobre los miembros de una iglesia; castigo; mortificación (eclesiástica) mediante penitencia».

La última definición del diccionario parece tener sólo una aplicación marginal para las disciplinas académicas, pero la mayor parte de las otras tienen correspondencias claras. Una «disciplina» académica puede tener poca capacidad para «castigar» al menos en su sentido más literal (Foucault, 1977). Sin embargo, la comunidad de académicos que constituye una disciplina ejerce una estricta función supervisora, tanto sobre los que trabajan en ella como sobre quienes aspiran a ello. El «orden que se mantiene» no es igual al de los soldados o los escolares, ni tampoco la formación se parece estrictamente a la instrucción Militar. No obstante, hay un fuerte sentido (que cambia a lo largo del tiempo) de qué constituye y qué no constituye un «buen» trabajo en la disciplina, y hay una cierta cantidad de aprendizaje casi rutinario en el dominio de una disciplina.

Todos los términos usuales empleados para describir las disciplinas académicas recurren en buena medida a la misma imagería. Por ejemplo, muchos prefieren pensar en el análisis político más como un «arte» o un «oficio» que como una «ciencia» (Wiśniewski, 1979). Pero, en esa analogía, el oficio sólo puede dominarse de la misma manera en la que se adquiere cualquier otro saber artesano: siendo aprendiz de (en los oficios académicos, «estudiando con») un «maestro» reconocido. A otros les gusta hablar de la política y del estudio académico de la misma como de una «vocación» (Weber, 1919, 1946) o una «llamada»². Pero se trata de una vocación más que de una distracción, de un trabajo más que de un hobby. Como en su significado religioso más profundo, también en su significado académico la «llamada» en cuestión consiste en un servicio a un poder superior (sea una comunidad académica o el Señor). Por último, la mayor parte de nosotros nos referimos a las disciplinas académicas como «profesiones». En la deliciosa expresión de Dwight Waldo (1975, p. 123), «las ciencias conocen, las profesiones profesan». Lo que los científicos profesan, no obstante, son los artículos de la fe colectiva.

Por tanto, sea cual sea la forma en la que las miremos, las disciplinas se interpretan, al menos en gran parte, como cosas inflexibles. Pero las mismas tradiciones y prácticas disciplinarias recibidas que tan poderosamente nos modelan y nos constriñen son, al mismo tiempo, profundamente enriquecedoras. El marco que proporcionan las tradiciones de una disciplina centra la investigación y permite la colaboración, tanto la intencional como la no intencional. Compartir un marco disciplinario hace posible que meros jornaleros puedan estar, desde el punto de vista de su producción, sobre los hombros de verdaderos gigantes. También posibilita que los gigantes edifiquen productivamente sobre las contribuciones de legiones de practicantes más corrientemente dotados³.

De este modo, la disciplina, académica o de otro tipo, es un ejemplo clásico de un útil mecanismo de autocontención. La propia sujeción a la disciplina de una disciplina -o, como en el caso de los académicos híbridos de Dogan (infra, cap. 3), a varias- conduce a más e indudablemente mejor trabajo, tanto individual como colectivamente. Esto es tan cierto para los «jefes» como para los «indios» de la disciplina; tan cierto para los «mozos» como para los «carrozas».

Las ramas del aprendizaje académico son tanto «profesiones» como disciplinas. «Profesional» connota antes que nada un nivel ocupacional de relativamente alto status e, indudablemente, la organización de asociaciones «profesionales» nacionales o internacionales tiene que ver en gran parte con el aseguramiento de un status, e incluso un salario, para los académicos así organizados. Pero también, y de manera más importante, el término «profesional» indica una cierta actitud hacia el trabajo propio. Una profesión es una comunidad autoorganizada orientada hacia ciertas tareas o funciones bien definidas. Una comunidad profesional se caracteriza por -y, en buena medida, se define en términos de- ciertas pautas y normas autoimpuestas. Los miembros que entran en la profesión se socializan en estas pautas y normas; los miembros que ya están son evaluados de acuerdo con ellas. Estas pautas y normas profesionales no sólo forman la base para la evaluación de los profesionales entre sí, sino que se interiorizan de tal modo que los propios profesionales desarrollan una «actitud reflexiva crítica» hacia su propia ejecutoria a la luz de las mismas⁴.

Naturalmente, las pautas y normas específicas varían de una profesión a otra, pero a través de todas las profesiones hay un sentido de la «competencia profesional mínima», recogido en el ritual de los «exámenes calificadoros» para los candidatos a politólogos de los programas norteamericanos de formación de postgrado. Y en todas las profesiones hay una noción de unas «responsabilidades de rol» particulares que están implicadas en la pertenencia a una profesión. Quizá la ética profesional de los académicos no toca asuntos de vida o muerte como lo hacen la de los médicos o la de los abogados, pero virtualmente todas las profesiones académicas tienen cada vez más códigos formales de ética que tocan aspectos que tienen que ver con la integridad en la realización y la publicación de la investigación, y a los que se espera que se adhieran fielmente todos los profesionales (APSA, 1991).

Uno de los temas de este capítulo es la creciente «profesionalización» en la ciencia política en general. Con ello queremos decir, en primer lugar, que hay un acuerdo creciente en torno a un «núcleo común» que podría definir la «competencia profesional mínima» dentro de la profesión. En segundo lugar, hay una tendencia creciente a juzgar el trabajo -el propio incluso más que el de los demás- en términos de unos patrones cada vez más altos de excelencia profesional.

Mientras que las pautas mínimas son compartidas en gran medida, las aspiraciones más altas son múltiples y variadas. Pero, tanto en la medicina como también en la ciencia política, cada subespecialidad dentro de la profesión común tiene sus propios modelos de excelencia, por los que se juzga apropiadamente a cada miembro de esa fracción de la profesión. Y, tanto en la ciencia política como en la medicina, hay un entendimiento amplio que recorre toda la profesión acerca del modo en que todas las subespecialidades se sitúan juntas para formar un todo mayor coherente.

b) ¿Qué es la política?

Las observaciones anteriores valen, en general, para todas las disciplinas académicas. Las disciplinas se diferencian entre sí de muchas maneras, pero principalmente por sus preocupaciones sustantivas y por las metodologías que han hecho propias. Aunque hay, como vamos a argumentar, un buen número de «trucos» útiles entre las herramientas de la ciencia política que son compartidos por la mayoría de los miembros de la mayor parte de sus subdisciplinas, Alker (infra, cap. 35) tiene innegablemente razón al decir que la ciencia política no tiene -y mucho menos puede definirse en términos de- un gran mecanismo metodológico propio tal como el que poseen otras muchas disciplinas. La ciencia política se define como disciplina más bien por sus preocupaciones sustantivas, por centrarse en la «política» en todas sus múltiples manifestaciones.

La «política» podría caracterizarse de la mejor manera como el uso limitado del poder social. A partir de ahí, el estudio de la política -ya sea el que llevan a cabo los académicos o los políticos en activo-

puede caracterizarse a su vez como el estudio de la naturaleza y el origen de esas limitaciones y de las técnicas para el uso del poder social dentro de tales limitaciones.

Al definir la política en términos de poder, seguimos a muchos que lo han dicho antes que nosotros⁶. El «poder» es bien conocido por ser un campo conceptual disputado⁷. Aunque respetamos sus complejidades, nos negamos a quedarnos atrapados en las mismas. La vieja definición neoweberiana de Dahl (1957) sigue siendo útil: X tiene poder sobre Y en la medida en que (i) X es capaz de conseguir, de un modo u otro, que haga algo (ii) que es más del agrado de X, y que (iii) Y no habría hecho de otro modo.

Donde nuestro análisis se separa de la tradición es al definir la política en términos del uso limitado del poder. Para nuestra forma de pensar, el poder ilimitado es fuerza, pura y simple. No es poder político en absoluto, excepto quizás en algún sentido degenerado para algún caso límite. Literalmente, la fuerza pura pertenece más a la física (o a sus análogos sociales: la ciencia Militar y las artes marciales) que a la política⁸. Son las limitaciones bajo las que operan los actores políticos y las maniobras estratégicas a que dan lugar, las que nos parece que constituyen la esencia de la política⁹. Es el análisis de tales limitaciones -de dónde provienen, cómo operan, cómo podrían operar los agentes políticos dentro de ellas- lo que nos parece que constituye el corazón del estudio de la política¹⁰. Hablamos en general del uso del poder social (en lugar de, más particularmente, su «ejercicio») como un gesto hacia la multiplicidad de formas en las que los agentes políticos podrían maniobrar bajo tales limitaciones. Tratamos de que el término cubra tanto actos intencionales como las consecuencias no intencionadas de una acción voluntaria (purposeful) (Merton, 1936). Tratamos de que cubra la política manipulativa encubierta, así como los conflictos abiertos de poder (Schattschneider, 1960; Goodin, 1980; Riker, 1986). Tratamos de que cubra tanto las utilidades activas como pasivas del poder, las normas interiorizadas y las amenazas extremas (Bachrach y Baratz, 1963; Lukes, 1974). La infame «ley de las reacciones anticipadas», las no decisiones y la conformación hegemónica de las preferencias de la gente (Laclau y Mouffe, 1985) tienen que encontrar acomodo en cualquier sentido decentemente expansivo de lo político.

Un comentario más sobre los conceptos. Al definir la política (y su estudio) como lo hacemos, nos separamos explícitamente de la tradición puramente distributiva de la clásica formulación de la «política» de Lasswell (1950) como «quién consigue qué, cuándo y cómo»¹¹. Quizá sea verdad que todos los actos políticos tienen al final consecuencias distributivas; y quizás es cierto incluso que ahí descansa nuestro interés en el fenómeno. Pero en términos del significado del acto para el actor, muchos actos políticos son, al menos en primera instancia, genuinamente no distributivos. E incluso en un análisis más profundo, una buena parte del significado social -objetivo y subjetivo- de ciertas interacciones políticas no podría reducirse nunca a la crasa cuestión del reparto de la tarta social. Los aspectos distributivos, regulativos, redistributivos (Lowi, 1964) e identitarios (Sandel, 1982) de la política pueden tener cada uno de ellos sus propios estilos distintivos. Los conflictos distributivos se caracterizan, en términos de los economistas del bienestar, como disputas sobre las que nos situamos en la frontera paretiana, pero llegar a la frontera de Pareto es en sí mismo un problema espinoso que implica enredarse en una política genuinamente no distributiva, al menos en primera instancia. Aunque es innegablemente importante que nuestro entendimiento de la política se ajuste a las disputas distributivas, es igualmente importante que no se comprometa de antemano a analizar todo lo demás exclusivamente en términos de tales disputas.

c) Las distintas ciencias de la política

Se ha vertido mucha tinta sobre la cuestión de si -o en qué sentido- el estudio de la política es o no verdaderamente una ciencia. La respuesta depende en gran medida de cuánto pretende cargar uno

en el término «ciencia». Nosotros preferimos una definición minimalista de ciencia como «una investigación sistemática que tiende a construir un conjunto ordenado de proposiciones cada vez más diferenciado sobre el mundo empírico»¹². En estos términos, deliberadamente espartanos, hay pocas razones para pensar que el estudio de la política no pueda aspirar a ser científico.

Naturalmente, muchos quieren decir mucho más que eso con ese término. Un positivista lógico podría describir las aspiraciones de ciencia en términos de hallar algún conjunto de «leyes generales» (covering laws) tan potentes que incluso un sencillo contraejemplo sería suficiente para falsearlas. Claramente, esa descripción coloca las aspiraciones de la ciencia mucho más allá de lo que nunca pueda alcanzar el estudio de la política. Las verdades de la ciencia política, por sistemáticas que puedan ser, son y parecen inevitablemente destinadas a permanecer en forma esencialmente probabilística. El «siempre» y el «nunca» de las leyes generales del positivista lógico no encuentran asidero en el mundo político en el que las cosas siempre tienen «más o menos probabilidad» de ocurrir.

La razón no estriba simplemente en que nuestro modelo explicativo sea incompleto, ni en que hay otros factores en juego que no hayamos sido capaces de incluir. Naturalmente, eso también será verdad inevitablemente. Pero el origen más profundo de tales errores en el modelo positivista de la ciencia política descansa en una interpretación errónea sobre la naturaleza de su objeto. Un modelo de leyes generales puede (o no: ése es otro asunto) funcionar suficientemente bien para unas bolas de billar sujetas a las fuerzas características de los modelos de la mecánica newtoniana: ahí puede decirse que todas las acciones tienen causas y, a su vez, éstas pueden rastrearse exhaustivamente hasta dar con las fuerzas que actúan externamente sobre los «actores». Pero los seres humanos, aunque innegablemente están sujetos también a ciertas fuerzas causales, al mismo tiempo son en parte actores intencionales, capaces de conocimiento y de actuación sobre la base del mismo. La «creencia», el «propósito», la «intención», el «significado», son elementos potencialmente cruciales para explicar las acciones de los humanos, en un modo en el que no lo son para explicar las «acciones» de una bola de billar. Los sujetos que se estudian en la política, como los de otras ciencias sociales, tienen un status ontológico significativamente diferente al de las bolas de billar. Esto, a su vez, hace que el modelo de leyes generales del positivista lógico sea profundamente inadecuado para tales sujetos, en un modo en el que no lo es para las bolas de billar".

Decir que el entendimiento científico en la política debe incluir de manera crucial un componente que se refiera al significado del acto para el actor, no tiene que llevar necesariamente, sin embargo, a negar a la ciencia política el acceso apropiado a todos los avíos de la ciencia. La construcción de modelos matemáticos o la comprobación estadística siguen siendo tan útiles como siempre¹⁴. Todo lo que tiene que cambiar es la interpretación de los resultados. Lo que recogemos con tales herramientas es visto ahora, no como el funcionamiento inexorable de fuerzas externas sobre actores pasivos, sino más bien como respuestas comunes o convencionales de personas similares en situaciones semejantes. Las convenciones pueden cambiar, y las circunstancias mucho más, de tal modo que las verdades reveladas son menos «universales» quizá que las de la física newtoniana. Pero, dado que podemos de igual modo aspirar a construir un modelo (más o menos completo) de los cambios en las convenciones y las circunstancias, eventualmente podemos aspirar al cierre de la explicación incluso en esta rama más amorfa de la ciencia.

II. La maduración de la profesión

Lo que los capítulos del Nuevo Manual en su conjunto sugieren con más fuerza es la creciente madurez de la ciencia política como disciplina. Por utilizar la optimista expresión de Gabriel Almond (infra, cap. 2), si se ha conseguido o no un «progreso», es quizás otro asunto. Pero la madurez,

entendida en los términos corrientes del desarrollo como la creciente capacidad de ver las cosas desde el punto de vista del otro, parece realmente que se ha logrado en la mayor parte de la disciplina.

No fue siempre así. En su momento culminante, la «revolución behaviorista» (conductista) era desde muchas perspectivas un asunto plenamente jacobino. Y no estaríamos llevando la analogía demasiado lejos si decimos además que la reacción fue termidoriana. Los primeros revolucionarios behavioristas se dedicaron a desprestigiar los formalismos de la política -las instituciones, los organigramas, los mitos constitucionales y las ficciones legales- como un puro engaño. Aquellos a los que la revolución behaviorista dejó atrás, al igual que quienes a su vez trataron de dejarla a ella atrás, colmaron de olímpico desdén las pretensiones científicas de la nueva disciplina, apoyándose en la sabiduría de los sabios y de los tiempos¹⁵.

Una generación más tarde el escenario volvió a repetirse con la imposición por parte de los revolucionarios de la «elección racional» del orden formal y el rigor matemático sobre la lógica floja que los conductistas habían lomado prestada de la psicología. Una vez más, la disputa asumió una forma maniquea de Bien contra Mal. No se iba a tolerar ninguna instancia intermedia. En nombre de la integridad y la parsimonia teóricas, los constructores de modelos de la elección racional se afanaron (al menos inicialmente) por reducir toda la política al juego del estrecho interés egoísta material, excluyendo los valores de la gente, los principios y las vinculaciones personales, así como la historia y las instituciones de las personas¹⁶. Tanto en la revolución de la elección racional como en la conductista se lograron muchas victorias famosas (Popkin et al., 1976), pero aunque las ganancias fueron muchas, también lo fueron las pérdidas.

En contraste con ambos momentos revolucionarios, parece que ahora nos encontramos en un sólido período de acercamiento. La contribución más significativa a ese acercamiento -y que recorre un buen número de los siguientes capítulos- ha sido la emergencia del «nuevo institucionalismo». Los politólogos han dejado de pensar en términos excluyentes de agencia o estructura, intereses o instituciones, como impulsos de la acción: ahora, prácticamente todos los estudiosos serios de la disciplina dirían que se trata de una mezcla prudente de ambos (Rohlstein: cap. 5; Weingast: cap. 6; Majone: cap. 26; Alt y Alesina: cap. 28; Offe: cap. 29). Los politólogos han dejado de pensar en términos excluyentes de tendencias de la conducta u organigramas: de nuevo, prácticamente todos los estudiosos serios dirían ahora que se trata de analizar el comportamiento dentro de los parámetros impuestos por los factores institucionales y las estructuras de oportunidad (Pappi: cap. 9; Dunleavy. Cap. 10). Los politólogos han dejado de pensar en términos excluyentes de racionalidad o hábito: prácticamente todos los constructores serios de modelos de elección racional aprecian ahora las limitaciones bajo las que la gente real emprende acciones políticas e incorporan en sus propios modelos muchos tipos de cortocircuitos cognitivos que los psicólogos políticos llevaban tiempo estudiando (Pappi: cap. 9; Grofman: cap. 30). Los politólogos han dejado de pensar en términos excluyentes de realismo o idealismo, intereses o ideas, como Las fuerzas motrices de la historia: prácticamente todos los estudiosos serios de la materia reservan un papel sustancial para ambos (Goldmann: cap. 16; Sanders: cap. 17; Keohane: cap. 19; Nelson: cap. 24; Majone: cap. 26). Los politólogos han dejado de pensar en términos excluyentes de ciencia o narrativa, comparaciones internacionales de amplio alcance o estudios de casos singulares cuidadosamente contruidos: prácticamente todos los estudiosos serios de la materia ven ahora mérito en la atención al detalle local y aprecian las posibilidades de los estudios sistemáticos y estadísticamente convincentes incluso para situaciones de pocos casos (small-N) (Whitehead: cap. 14; Ragin et al.: cap. 33). Los politólogos han dejado de pensar en términos excluyentes de historia o ciencia, monocausalidad o desesperada complejidad: incluso los economistas más duros se han visto obligados a admitir las virtudes de los procedimientos de estimación que son sensibles a los efectos de senda («path») (Jackson: cap. 32) y los primitivos modelos de interacciones político-económicas se han enriquecido ahora considerablemente (Hofferbert y Cin-granelli: cap. 25; Alt y Alesina: cap. 28).

La idea no es sólo que se haya logrado el acercamiento en todos estos frentes. Lo que es más importante es el modo en que se ha logrado y el espíritu que impregna la disciplina en su nueva configuración. Aunque cada académico y cada facción pondrían el énfasis de manera distinta en los elementos que se han combinado, la idea sigue siendo que las concesiones se han hecho de buena gana más bien que hurañamente. No se han hecho a partir de un pluralismo de «vive y deja vivir», ni mucho menos a partir de un nihilismo posmoderno. Más bien, las concesiones se han hecho y los compromisos se han forjado con un conocimiento pleno de lo que estaba en juego, de qué alternativas se ofrecían y de qué combinaciones tenían sentido¹⁷. El resultado es indudablemente ecléctico, pero se trata de un eclecticismo ordenado, más bien que de un puro pastiche.

Los politólogos de la actual generación llegan equipados, individual y colectivamente, con un conjunto de herramientas más rico que el de sus predecesores. Pocos, entre quienes se han formado en las principales instituciones desde los años setenta en adelante, se sentirán excesivamente intimidados (ni tampoco excesivamente impresionados) por las teorías o las técnicas de la psicología conductual, la sociología empírica o la economía matemática. Naturalmente, cada uno tendrá sus propias predilecciones sobre ellas. Pero, hoy en día, la mayoría puede conversar perfectamente a través de todas estas tradiciones metodológicas, deseando y siendo capaz de lomar prestado y robar, refutar y repeler, según exija la ocasión¹⁸.

Hay muchas maneras de contar y recontar estas historias de la disciplina con sus lecciones correspondientes de cómo evitar lo peor y conseguir lo mejor en el futuro. Una manera de contar el cuento sería en términos del ascenso y el declive del «gurú». Los periodos improductivos de la ciencia política moderna, al igual que en la filosofía política de mitad del siglo, se caracterizaron por la existencia de gurús con sus respectivos grupos de seguidores; los primeros relacionados entre sí mínimamente; los otros, casi en absoluto¹⁹. Estos diálogos de sordos sólo se transforman en compromisos productivos de colaboración una vez que las vendettas faccionales dejan paso a algún sentido de empresa común y a ciertas preocupaciones compartidas sobre la disciplina²⁰.

Otra lección que se puede extraer de ese cuento se refiere a las bases sobre las que un consenso suficientemente amplio es más probable que llegue a generar tal empresa común, Como en la propia política liberal (Rawls, 1993) también y de manera más general en las Letras (Liberal arts), es más probable que surja un *modus vivendi* adecuado para la colaboración productiva en el seno de una disciplina académica sólo en los niveles más bajos de análisis y abstracción. Es un disparate forzar con amenazas o halagos un inevitablemente frágil y falso consenso entre una comunidad diversa y dispersa sobre las bases fundacionales, ya sea en términos de una sola filosofía de la ciencia verdadera (el positivismo lógico o sus múltiples alternativas) o en términos de una sola teoría de la sociedad verdadera (el funcionalismo estructural, la teoría de sistemas, la elección racional o la que sea).

Sin embargo, la disputa interminable sobre los fundamentos es tan innecesaria como improductiva. El compartir simplemente las «tuercas y tornillos» -los ladrillos de la ciencia- es un gran avance hacia la consolidación de un sentido compartido de la disciplina (Elster, 1989). Las triquiñuelas, las herramientas y las teorías que inicialmente se desarrollaron para un campo concreto pueden transponerse, *mutatis mutandis*, a otros contextos en tantas ocasiones como en las que esto no es posible. De hecho, se exige con frecuencia mucho cambio, mucha adaptación y mucha reinterpretación para adecuar a sus nuevos usos las herramientas que se toman prestadas. Pero es el préstamo, la fertilización cruzada, la hibridación y la extensión conceptual que imponen a ambos lados de la relación entre quien presta y quien toma prestado, lo que parece constituir hoy día lo fundamental del progreso científico (Dogan: cap. 3).

Si lo que se ha logrado es una ciencia en sentido estricto, es una cuestión abierta (y que es mejor dejar abierta, pendiente de la resolución última de las interminables disputas entre los propios filósofos de la ciencia sobre la «verdadera» naturaleza de la ciencia). Pero, de acuerdo con los

criterios de la espartana definición de ciencia que propusimos más arriba en la sección IC -«una investigación sistemática que tiende a construir un conjunto ordenado de proposiciones cada vez más diferenciado sobre el mundo empírico»-, nuestra disciplina se ha hecho más científica realmente. Ahora está ciertamente mucho más diferenciada, tanto en su estructura interna como en sus proposiciones sobre el mundo.

No obstante, es otra cuestión abierta si el crecimiento de la ciencia así entendida es una contribución o un obstáculo para el conocimiento científico genuino. Es una cuestión abierta si sabemos más o menos ahora que hemos recortado el mundo en piezas más pequeñas. Más no es necesariamente mejor. Los metafísicos aspiran a «cortar la realidad por sus cesuras». Al construir la teoría, los científicos corren siempre el peligro no sólo de cortar por los lugares equivocados, sino también de hacer demasiados cortes. La teorización en nichos y la comercialización de boutique pueden manifestarse como un obstáculo para el genuino conocimiento científico, tanto en la ciencia política como en tantas ciencias naturales y sociales.

La tarea de los integradores de las subdisciplinas de la profesión es evitar esos efectos y poner juntos otra vez todos los dispares pedacitos de conocimiento. De acuerdo con la evidencia de la sección IV, más abajo, parece que la llevan a cabo de modo admirable.

III. Piedras de toque profesionales

La creciente profesionalización de la disciplina se manifiesta de muchas maneras. Quizá la más importante sea el grado en el que los distintos practicantes -cualesquiera que sean sus campos de especialización particulares- comparten al menos un mínimo terreno común en las mismas técnicas metodológicas y en la misma literatura nuclear. Se han adquirido de formas muy dispares -en la formación de postgrado, en las escuelas de verano de Michigan o Essex, o en el trabajo, enseñando e investigando-. La profundidad y los detalles de estos núcleos comunes varían ligeramente dependiendo del país y del campo de especialización²¹. Pero prácticamente todos los politólogos hoy en día pueden entender pasablemente una ecuación de regresión y prácticamente todos están al menos ligeramente familiarizados con el mismo corpus de clásicos de la disciplina.

a) Textos clásicos

La ciencia política, como casi todas las otras ciencias sociales y naturales, se está convirtiendo cada vez más en una disciplina que se basa en artículos. Pero aunque algunos artículos de revista clásicos no llegan nunca a crecer como libros, y pese a que han tenido lugar debates enteros exclusivamente en las páginas de las revistas, la mayor parte de las contribuciones duraderas aún poseen predominantemente forma de libro²². La cultura cívica (ed. orig. 1963) de Almond y Verba, American Voter (1960) de Campbell, Converse, Miller y Stokes, Who Governs ? (1961b) de Dátil, Las clases sociales y su conflicto (ed. orig. 1959) de Dahrendorf, Los nervios del gobierno (ed. orig. 1963) de Deutsch, Teoría económica de la democracia (ed. orig. 1957) de Downs, Systems Analysis of Political Life (1965) de Bastón, El orden político en las sociedades en cambio (ed. orig. 1968) de Huntington, Responsible Electorate (1966) de Key, Political Ideology (1962) de Lañe, Intelligence of Democracy (1965) de Lindblom. El hombre político (ed. orig. 1960) de Lipset, Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia (ed. orig. 1966) de Moore, Presidential Power (1960) de Neustadt, La lógica de la acción colectiva de Olson (ed. orig. 1965): todos éstos son la moneda común de la profesión, la lingua franca de nuestra disciplina y las piedras de toque para las futuras

contribuciones". Una de las manifestaciones defmitorias del nuevo profesionalismo en la ciencia política es el fenómeno del «clásico instantáneo»²⁴. Son libros que casi inmediatamente después de su publicación se incorporan al canon: libros de los que todo el mundo habla y presume conocer, al menos superficialmente. Quizá sea una cuestión abierta si estos clásicos instantáneos tendrán el mismo poder de permanencia que esos otros pilares más antiguos de la profesión. Uno de los hallazgos más llamativos que surgen del análisis de las referencias que aparecen en el resto de los capítulos del Nuevo Manual, es lo corta que es en realidad la vida activa de la mayor parte del trabajo que se hace en la ciencia política. Más de las tres cuartas partes de las obras que se citan en el Nuevo Manual se han publicado, como muestra el Apéndice 1A, en los veinte años que han pasado desde la publicación en 1975 del viejo Manual; y más de un 30 por 100 se han publicado en tan sólo los últimos cinco años²⁵. Los cínicos podrían decir que eso es un reflejo de puro capricho. Otros, con más simpatía, pueden decir que es un reflejo inevitable del modo en que el siguiente ladrillo se ajusta al anterior en cualquier disciplina acumulativa. Cualquiera que sea el origen del fenómeno, es una verdad transparente que varios libros que fueron objeto de mucha discusión en algún momento se han visto superados ahora en el discurso profesional²⁶.

No obstante, para dar una rápida impresión de los desarrollos sustantivos dentro de la disciplina en el último cuarto de siglo, apenas poco más podemos hacer que sencillamente dar una lista de los «grandes libros» que se han publicado en ese período y que han generado un delirio profesional de esa clase. La lista es larga, inevitablemente incompleta y discutible en los márgenes. Como en general en toda la profesión, también es fuertemente anglófona y orientada en gran medida hacia Estados Unidos. Pero, para casi cualquier intento, estos clásicos contemporáneos tendrían que incluir probablemente los siguientes:

- Essence of Decision (1971) de Graham Allison;
- Evolution of Cooperation (1984) de Robert Axelrod;
- Political Action (1979) de Samuel Barnes, Max Kaase et al.
- Retrospective Voting in American National Elections (1981) de Morris Fiorina;
- Silent Revolution (1977) de Ronald Inglehart;
- Rediscovering Institutions (1989) de James March y Johan Olsen;
- Governing the Commons ((1990) de Elinor Ostrom;
- Los estados y las revoluciones sociales (ed. orig. 1979) de Theda Skocpol;
- Participation in America (1972) de Sidney Verba y Norman Nie.

Entre los libros más discutidos de los últimos dos o tres años que parecen hacerse un sitio en esta lista están Designing Social inquiry (1994) de King, Keohane y Verba, y Making Democracy Work (1993) de Robert Putnam.

b) Temas recurrentes

AL inicio, definimos la política como el uso limitado del poder social. Como hicimos notar allí, la novedad que pueda reclamar tal definición se basa en su énfasis en la limitación como una clave para la política. Pero tal novedad no es sólo nuestra. La política como (y la política de) limitaciones ha sido, de un modo u otro, un tema recurrente de la ciencia política en el último cuarto de siglo".

Como se ha indicado ya, en casi todos los capítulos aparece un reconocimiento renovado de la importancia de los factores institucionales en la vida política. Con la emergencia del «nuevo

institucionalismo» aparece una renovada apreciación de la historia y del azar, de las reglas y los regímenes, como fuerzas constreñidoras en la vida política. Naturalmente, el que «la historia importe» ha sido un lugar común en muchas esquinas de la disciplina: para quienes clavaron sus dientes profesionales en las nociones de los «cleavages [fisuras] congelados» de Lipset y Rokkan (1967) o en los modelos de desarrollo del comunismo, el fascismo y la democracia parlamentaria de Moore (1966), o en las teorías de los realineamientos críticos de Burnham (1970), hay poca novedad en la idea de que la estructura de coalición en determinados momentos cruciales del pasado podría configurar la vida política en los años siguientes. Pero estos temas neoinstitucionalistas son ahora centrales para la disciplina en su conjunto, a través de sus distintos subcampos. Dos ejemplos excelentes son los clásicos contemporáneos de la historia política: *Protecting Soldiers and Mothers: The Political Origins of Social Policy in the United States* (1992) de Skocpol, y *Belated Feudalism: Labor, the Law and Liberal Development in the United States* (1991) de Orren.

Por tanto, el legado de la historia es una de las limitaciones que nos señala el nuevo institucionalismo. Otra la constituye la naturaleza intrincada de las reglas y los regímenes sociales, de las prácticas y las posibilidades. En este modelo de muñeca rusa de la vida social, las maquinaciones corrientes tienen lugar relativamente cerca de la superficie. Pero, para usar el ejemplo legal más directo, las reglas que invocamos al aplicar la legislación ordinaria son principios de más alto rango, reglas de tipo constitucional. Y, como muchos han descubierto recientemente, incluso los redactores de la constitución no tienen su mano completamente libre: incluso tales leyes del rango más alto están insertas en algunos principios, reglas y procedimientos de un nivel incluso superior, aunque sean de una clase extralegal. Lo mismo puede decirse de todas las demás prácticas, procedimientos, reglas y regímenes que colectivamente enmarcan la vida social. Ninguna se tiene por sí misma: todas están insertas en, se definen en términos de, y funcionan en relación a, una plétora de prácticas, procedimientos, reglas y regímenes. Ninguna constituye el escalón último: cada una anida en una jerarquía siempre ascendente de reglas, regímenes, prácticas y procedimientos todavía más fundamentales, todavía más imperativas (North, 1990; Tsebelis, 1990; Bastón, 1990; Weingast: cap. 5; Alt y Alesina: cap. 28; véase Braybrooke y Lindblom, 1963).

Naturalmente, detrás de todas estas reglas, regímenes, prácticas y procedimientos, están las limitaciones socioeconómicas del tipo más habitual. Quizá los aspectos más profundos de la organización social sean tan robustos únicamente porque son sociológicamente familiares y materialmente productivos: ahí puede radicar, al final, el origen último de su fuerza como limitaciones para el uso del poder social. Sin embargo, la mayor parte del tiempo estos aspectos más profundos del orden social ejercen su influencia sin obstáculos pasando inadvertidos e incuestionados. El origen último de su fuerza como limitaciones casi nunca está, por tanto, a la vista (Granovetter, 1985).

En otros momentos el uso del poder social se ve configurado y limitado por fuerzas socioeconómicas que actúan en la superficie de la vida social. Éste parece un viejo y gastado tema, al que se vuelve sin solución desde los días de Marx (1852, 1972b; 1871, 1972a) y Beard (1913). Sin embargo, tales temas se han elaborado y formalizado poderosamente en los clásicos contemporáneos tales como *Politics and Markets* (1977) de Lindblom y *Political Control of the Economy* (1978) de Tufte. Y, sorprendentemente, todavía queda mucho por decir sobre estos temas, a juzgar por obras recientes como *Paper Stones* (1986) de Przeworski y Sprague, sobre la lógica socioeconómica que limita las perspectivas del socialismo electoral, y *Commerce and Coalitions* (1989) de Rogowski, que fundamenta la estructura de las coaliciones nacionales en términos del comercio internacional.

El uso del poder social se ve limitado también de otro modo que ha sido objeto de debate recientemente en varios subcampos de la ciencia política. Se trata de limitaciones de tipo cognitivo, limitaciones en el ejercicio de la razón pura (y, más específicamente, de la práctica). Los sociólogos y los psicólogos de la política han sido sensibles desde hace tiempo hacia los aspectos irracionales y

arracionales de la vida política: las funciones de la socialización y la ideología en los sistemas de creencias de las masas (Jennings y Niemi, 1981; Converse, 1964). Pero incluso los constructores de modelos de elección racional están llegando ahora a apreciar las posibilidades analíticas que se abren cuando se relajan las asunciones heroicas de la información completa y la racionalidad perfecta (Simón, 1954, 1985; Bell, Raiffa y Tversky, 1988; Popkin, 1991; Pappi: cap. 9; Grofman: cap. 30). Naturalmente, lo que los economistas políticos consideran cortocircuitos en la información, otros los construyen como huellas psicológicas, y para cualquier propósito de que se trate, tal diferencia importa claramente todavía. Pero, desde nuestra perspectiva, lo que es más notable es la convergencia que se ha logrado y no las diferencias que aún persisten. Los politólogos de casi cualquier jaez están de acuerdo una vez más en atribuir un papel central a las creencias de la gente y a lo que hay detrás de las mismas. Lo que la gente cree verdadero e importante, lo que cree bueno y valioso, no sólo guía sino que limita sus acciones sociales (Opte: cap. 29). A su vez, estas creencias se configuran a partir de ciertas enseñanzas y experiencias del pasado. La conformación de tales enseñanzas y experiencias puede conformar las creencias y los valores de la gente y, por tanto, sus decisiones políticas (Neustadt y May, 1986; Edelman, 1988). La manipulación de tales limitaciones, como la manipulación de la gente que actúa bajo las mismas, es un acto profundamente político que merece -y recibe crecientemente- tanta atención analítica como cualquier otro. Entre las contribuciones recientes destacables están el trabajo de Allison (1971) sobre los «mapas conceptuales», el de March (1972) sobre el sesgo del modelo, la teoría del esquema de Axelrod (1976), el trabajo de Jervis (1976) sobre el papel de las percepciones en las relaciones internacionales, y muchas obras sobre comunicación política (Nimmo y Sanders, 1981; Swanson y Nimmo, 1990; Graber, 1993).

Otro tema recurrente en la nueva ciencia política que aparece en este Nuevo Manual es la creciente apreciación de que las ideas tienen consecuencias. Este asunto salta una y otra vez en las discusiones sobre políticas públicas. Desarrollar nuevas perspectivas sobre viejos problemas, ver nuevas formas de hacer las cosas, ver nuevas cosas que hacer: todas estas actividades, cuando se aplican a problemas públicos, son quintaesencialmente políticas (Oísen, 1972; Nelson: cap. 24; Majone: cap. 26). Pero lo mismo se puede decir de la comparación 44 internacional: la difusión de la idea de democratización, junto a ideas particulares sobre cómo democratizar determinados tipos de regímenes, fue innegablemente fundamental en algunos de los procesos políticos mundiales recientes más dramáticos (Whitehead: cap. 14). Un idealismo de proporciones casi hegelianas vuelve a estar en auge también en las relaciones internacionales (Goldmann: cap. 16; Sanders: cap. 17; Keohane; cap. 19). En el marco de «la política como el uso limitado del poder social», esas maniobras tratan de mover o remover limitaciones; eso supone que tiendan evidentemente menos a la confrontación que otros ejercicios de poder, pero no dejan de ser ejercicios de poder.

Por último, ha habido una fusión virtual de la distinción entre hechos y valores, esa vieja pesadilla de la fase más insistentemente positivista de la revolución conductista (behaviorista). Hay múltiples razones metateóricas para resistirse a esa distinción; y en la medida en que pudiese defenderse, hay razones éticas para insistir en la primacía de los valores, para insistir en una «ciencia política con un sentido» (Goodin, 1980, 1982). Pero lo que en su momento demostró su poder de convicción fue el simple reconocimiento de que los propios agentes políticos son también actores éticos (Taylor, 1967, 1985). Interiorizan valores y actúan de acuerdo con ellos; y, en ocasiones, son persuadidos (quizás a veces por filósofos de la política) para interiorizar otros valores mejores.

Si queremos entender el comportamiento de la gente, tenemos que incorporar los valores en nuestro análisis (tanto los que tienen de hecho, como los que podrían llegar a tener). De este modo, la *Moral Economy of the Peasant* (1976) de James Scott explica las rebeliones campesinas del Sudeste asiático ante la perplejidad de los decisores políticos, en los simples términos de reacciones contra políticas que perciben como injustas, según lo que se entiende por justicia de acuerdo con las convenciones locales; e *Injustice* (1978) de Barrington Moore pretende generalizar esa proposición. La difusión del

ideal democrático a través de la Europa del sur, luego de Latinoamérica, posteriormente de la Europa del Este, podría verse de manera similar como una acción política inspirada por una visión de lo bueno, combinada con una visión de lo posible (Dalton: cap. 13; Whitehead: cap. 14). Tratar de separar hechos y valores en los procesos mentales y en las dinámicas políticas que subyacen a estos procesos sería un puro disparate.

Igualmente, los politólogos desean cada vez más emplear complejos diseños de investigación que relacionen sistemáticamente estructuras, procesos y consecuencias. Para hacerlo, necesitan un marco teórico que pueda cubrir e integrar todos estos niveles de análisis. Ahí descansa el gran poder del análisis de la elección racional y del nuevo institucionalismo; lo que, a su vez, puede explicar hasta cierto punto el predominio de estas agendas intelectuales en la ciencia política contemporánea (véase sección IV infra). Sin embargo, esos complejos diseños de investigación pretenden también, al mismo tiempo, la evaluación normativa de las estructuras, procesos y consecuencias; al hacerlo, integran a la filosofía política normativa en sus diseños de una forma que habría sido un anatema para previas generaciones. Ahí descansa la explicación de la primacía de las obras de Rawls sobre la justicia (1971, 1993) entre los libros más citados, y de la presencia de teóricos normativos como Barry, Dahl y Rawls entre los integradores más citados e importantes de la disciplina (véanse los Apéndices IC, ID y 1E).

c) Nuevas voces

Hemos aprendido de las feministas, los deconstruccionistas y los posmodernos en general que hay que estar atentos a los silencios -a lo que queda y no se dice-. Cuando se examina una disciplina entera, tratar de pensar qué es lo que no está ahí pero debería estar es siempre una tarea amedrentadora.

Es cierto que hay subcampos enteros que aparecen y desaparecen. Últimamente, ha habido mucho menos derecho público y mucha menos administración pública haciéndose un sitio en la corriente mayoritaria de la ciencia política que los que hubo en algún momento (Wildavsky, 1964, 1979; Wilson, 1973), aunque hay evidencias para pensar que se está produciendo un nuevo cambio (Drewry: cap. 6; Peters: cap. 7; Peters y Wright: cap. 27). Los que algún día fueron subcampos preeminentes están ahora representados marginalmente en el Nuevo Manual (como, quizá, también lo estén en la reciente historia de la profesión que se les ha pedido trazar a los colaboradores). En general, hoy en día los comentaristas de políticas públicas encuentran muchas menos ocasiones que antes para reflexionar sobre la política urbana (Banfield y Wilson, 1963; Banfield, 1970; Katznelson, 1981); los comentaristas de relaciones internacionales tienen ahora menos que decir que hace unos años sobre estudios estratégicos (Schelling, 1960; Freedman, 1981); los autores que trabajan sobre instituciones dicen ahora más bien poco en el, en su día, rico campo de la representación (Eulau y Wahlke, 1978; Fenno, 1978); y los autores que se ocupan del comportamiento tienen menos que decir que antes sobre influencia política (Banfield, 1961) o, en general, comunicación y participación políticas (véase Pappi: cap. 9; Dalton: cap. 13; Grofman: cap. 30; McGraw: cap. 34). Por último, siempre se ha prestado poca atención desde la corriente anglosajona de la ciencia política a las teorías marxistas y a las publicaciones en lenguas extranjeras, aunque, de nuevo, hay evidencia de que esto también está cambiando (Whitehead: cap. 14; Apter: cap. 15; Von Beyme: cap. 22; Offe: cap. 29).

Entre las nuevas voces claramente representadas hoy en la ciencia política, en comparación con hace un cuarto de siglo, destacan las de los posmodernos y las feministas. No sólo han desarrollado una abundante literatura sobre los roles distintivos que desempeñan las mujeres en la política (Nelson y Chowdhury, 1994); hay ahora una voz distintivamente femenina que escuchar, en especial en la

teoría política (Pateman, 1988; Shanley y Pateman, 1991; Young: cap. 20), relaciones internacionales (Tickner: cap. 18) y políticas públicas (Nelson: cap. 24).

En general, la posmodernidad ha hecho incursiones más modestas, en parte porque sus preceptos fundamentales están expuestos en un alto plano teórico (White, 1991). No obstante, los teóricos políticos sí que han mostrado interés por el mismo (Young: cap. 20; Von Beyme: cap. 22). Además, tales teorías han demostrado ser una rica fuente de inspiración y de ideas para quienes estudian los así llamados «nuevos movimientos políticos» (Dunleavy: cap. 10; Dalton: cap. 13; Young: cap. 20) y la quiebra del viejo orden internacional (Tickner: cap. 18). Donde alguna vez hubo estructuras claramente definidas y ahora no hay ninguna (o muchas desconectadas entre sí), el arsenal teórico postestructural puede ofrecer ideas sobre cómo ha ocurrido y por qué.

Sea o no plenamente posmoderna, la ciencia política contemporánea es decidida y sustancialmente pospositivista en el sentido de que ha tomado en cuenta las lecciones de la crítica hermenéutica. Los aspectos subjetivos de la vida política, la vida mental interna de los actores políticos, los significados y las creencias, las intenciones y los valores, todo esto es ahora central en el análisis político (Edelman, 1964, 1988; Scott, 1976; Riker, 1986; Popkin, 1991; Kaase, Newton y Scarbrough, 1995). Estos desarrollos son evidentes a lo largo del Nuevo Manual™.

Más en general, la metodología política parece estar entrando en algo así como una fase posmoderna. Quizá pocos metodólogos puedan aceptar esa autodescripción de manera tan entusiasta como Alker (cap. 35). No obstante, muchos enfatizan ahora la necesidad de explicaciones contextualizadas y path-dependents (dependientes de la senda) (Jackson: cap. 32; Ragin et al.: cap. 33). Representa en cierto modo una retirada de la generalidad hacia la particularidad, de la universalidad a la situacionalidad, en las explicaciones que ofrecemos de los fenómenos políticos. En ese sentido, estos desarrollos recientes de la metodología política pueden verse como un «giro posmoderno».

De hecho, al tratar la historia de toda la disciplina como nuestro «texto», las técnicas posmodernas podrían ayudarnos a ver muchas narrativas posibles en nuestro pasado colectivo -y, correspondientemente, muchas posibles vías abiertas para el desarrollo futuro (Dryzek, Farr y Leonard, 1995)-. Quienes están anclados en una visión de progreso lineal a lo «gran ciencia» se decepcionarán con la perspectiva de un desarrollo a partir de trayectorias dispares²⁹. Pero, de acuerdo con la explicación de Dogan (cap. 3) del progreso de la disciplina, la proliferación de «nuevas razas» entre los politólogos debe ser bienvenida por las fructíferas posibilidades de hibridación que genera.

IV. El estado de la profesión: un análisis bibliométrico

Quizás el mejor modo de sustanciar estas amplias afirmaciones sobre la naturaleza de la disciplina tal como queda revelada en el Nuevo Manual, sea mediante un detallado análisis bibliométrico de las referencias bibliográficas que en él aparecen. El estilo convencional del análisis bibliométrico cuenta la frecuencia con la que se citan ciertas obras, sobre todo las de unos autores determinados. Aunque inevitablemente defectuoso en varios aspectos, es un análisis que, sin embargo, nos proporciona medidas útiles para todo tipo de propósitos: para calibrar la reputación y la presencia de ciertos individuos y departamentos dentro de la profesión, para averiguar la intensidad de la utilización de un tipo particular de obra u obras por parte de un individuo, etcétera³⁰.

Sin embargo, lo que más nos interesa en este contexto es la penetración de las obras de los miembros de una subdisciplina en las demás subdisciplinas y la integración resultante a través de toda la disciplina que proporcionan tales autores y sus obras.

Por ello, hemos preferido concentrarnos no en contar el número de veces en que son citados algunos autores u obras en el cuerpo del texto, sino más bien en el número de veces que se cita a los autores o sus obras en las bibliografías de los demás capítulos del Nuevo Manual (para evitar sesgar los resultados, las cuentas excluyen sistemáticamente nuestra propia lista bibliográfica que aparece al final del capítulo) 31. Pese a sus distorsiones, este enfoque nos parece el más adecuado para nuestra tarea³².

Hay varias cosas que aparecen con bastante claridad en las cuentas bibliométricas resultantes. La primera es que la gran mayoría de los politólogos son especialistas que contribuyen primordialmente a sus propias subdisciplinas. Una gran mayoría de todos los autores y las obras se encuentra en las listas bibliográficas de sólo una sección subdisciplinar del Nuevo Manual. De hecho (como demuestra el Apéndice IB), casi dos tercios de los autores sólo son mencionados una vez en la bibliografía de un solo capítulo".

En el otro extremo, hay un puñado de académicos que re- - parecen con frecuencia en las bibliografías de los capítulos del Nuevo Manual. Unos 35 autores (que aparecen en el Apéndice 1C) son mencionados más de diez veces en varias bibliografías de distintos capítulos. No hay que otorgarle una importancia especial al hecho de aparecer en esa lista de honor: < estamos trabajando con una muestra pequeña de las referencias bibliográficas de sólo 34 capítulos. Por tanto, aunque puedan ser imprecisos los rankings dentro de esa lista y aunque ' la pertenencia a la misma pueda no ser demasiado fiable en los márgenes, no obstante esta lista parece que puede ser plausible y fiable como un indicador de quiénes son los autores cuya obra recibe un amplio interés en los distintos subcampos de la disciplina.

La inspección de los nombres de esa lista -y, más especialmente, de los libros que se citan con más frecuencia (Apéndice ID)- revela con notable claridad las agendas intelectuales que persigue actualmente la comunidad de la ciencia política. Se observan de forma bastante notable los residuos de las «dos revoluciones», primero la revolución conductista y luego la de la elección racional, en la profesión contemporánea. Viendo la lista de los libros más citados, los viejos clásicos de la revolución conductista -American Voter de Campbell, Converse, Miller y Sfoke; La cultura cívica de Almond y Verba; Party Systems and Voter Alignments de Lipset y Rokkan- están aún ahí, aunque en los niveles más bajos. Pero barriando los tres lugares más altos están los clásicos de la posterior revolución de la elección racional: la Teoría económica de la democracia de Downs y la Lógica de la acción colectiva de Olson a los que se ha unido recientemente Governing the Commons de Ostrom. El golpe de estado de la elección racional ha tenido un notable éxito, no tanto desplazando a la vieja ortodoxia conductista, como labrándose un papel predominante para sí misma³⁴. El que el residuo de la revolución más antigua sea tan poderosamente evidente todavía es, en sí mismo, un dato impresionante sobre la disciplina. Los cínicos dicen que las revoluciones científicas son simplemente el producto del capricho y de la moda. Si fuera así, cabría esperar que un capricho desapareciera por completo cuando otro ocupase su lugar. Sin embargo, es claro que no ha ocurrido tal cosa. Otro asunto es, quizá, si el conocimiento es estrictamente acumulativo. Pero, al menos, las ideas más antiguas no se han perdido al sumárseles las nuevas en las revoluciones sucesivas dentro de la ciencia política.

Al inspeccionar esas mismas tablas, vemos también una creciente evidencia de la próxima revolución en marcha: el movimiento «neoinstitucionalista». Este movimiento está parcialmente ligado al de la elección racional -una alianza representada, entre los libros que más aparecen en las bibliografías, por Governing the Commons de Ostrom, e Institutions, Institutional Change and Economic Performance de North-. En las manos de otros autores, el nuevo institucionalismo se configura de una manera sociológica y antielección racional. Esta modalidad está representada entre los libros más citados, por Rediscovering Institutions de Olsen, y Los Estados y las revoluciones soc pol. A partir de cualquiera de las interpretaciones simultáneamente-, el nuevo institucionalismo tiene gran capacidad para

proporcionar un marco integrador para los tipos de diseños complejos de investigación de los que hablamos más arriba.

El siguiente paso de nuestro perfil bibliométrico de la profesión es buscar «integradores» entre aquellos miembros de la disciplina que son citados con frecuencia. Definimos como «integrador» a alguien que aparece al menos una vez en las listas bibliográficas de más de la mitad (esto es, cinco o más) de las ocho partes subdisciplinarias del Nuevo Manual. De los 1.630 autores representados en la bibliografía del Nuevo Manual sólo 72 (4,4 por 100) aparecen en cinco o más capítulos. De éstos, sólo 21 constituyen «integrado-res» de la disciplina globalmente considerada -en el sentido de que su influencia se difunde a través de más de la mitad de las partes subdisciplinarias del Nuevo Manual-. Estos 21 « (integradores » aparecen en el Apéndice 1E35.

Utilizando las mismas técnicas, observamos lo integrados que están los distintos subcampos en la disciplina más general. Aquí nos centramos en los tres niveles superiores de los autores más citados (aparecen en el Apéndice 1F). Para ver \$5mo se integra un subcampo en la disciplina, nos hacemos dps preguntas (en el Apéndice 1G). ¿En qué medida son los autores más citados en cada subcampo los más citados también en la disciplina (definidos por estar entre los diez más citados)? Y ¿en qué medida se encuentran los autores más citados de cada subcampo entre los integradores de la disciplina?

Hay dos subdisciplinas (política comparada y economía política) que, de acuerdo con ambas medidas, están particularmente bien integradas en la profesión globalmente considerada. Hay otras subdisciplinas (administración y políticas públicas y teoría política) cuyos autores más citados están entre los integradores de la disciplina, mientras que hay otras (sobre todo instituciones políticas) que carecen de integradores pero cuyos autores más citados están también entre los más citados de la disciplina. Hay otra subdisciplina (metodología política) cuyos autores más citados no aparecen en ninguna de las dos listas. Esta última subdisciplina parece estar fuera y desarrollarse relativamente al margen de la disciplina general³⁶.

De la combinación de todos estos criterios surge una buena y completa visión del estado de la disciplina: quiénes son los «integradores» de la profesión, quiénes son «los más citados de la disciplina en general» y quiénes son «los más citados en sus propias subdisciplinas». Como muestra el Apéndice 1H, hay unos diez académicos clave —nosotros los llamamos las «centrales eléctricas» de la disciplina-, que puntúan alto en los tres criterios. Estos diez individuos (que aparecen como «grupo 1» en el cuadro Al.H) están entre los autores «más citados» tanto en la disciplina globalmente considerada como en sus respectivas subdisciplinas y, al mismo tiempo, son los «integradores» de la disciplina. Otros 28 académicos (grupos 2-5 en cuadro Al .H) tienen uno u otro de esos papeles en la disciplina, con un último grupo de treinta y nueve que tienen un papel igualmente clave en determinadas subdisciplinas.

La pauta general es suficientemente clara: hay distintas comunidades subdisciplinarias altamente diferenciadas que están haciendo grandes avances. Pero también hay un pequeño conjunto de académicos en la cumbre de la profesión que entran genuinamente en muchas (en pocos casos en la mayoría) de esas comunidades subdisciplinarias y que las integran en un todo disciplinario coherente.

V. Conclusión

El dibujo que surge de este análisis, y de los restantes treinta y cuatro capítulos del Nuevo Manual sobre los que se basa, es la figura feliz de una disciplina fragmentada de académicos brillantes y emprendedores que miran constantemente por encima de los cercados que solían separar subdisciplinas. La vieja aspiración de una ciencia unificada podría seguir siendo una quimera todavía

(Neurath, Carnap y Morris, 1955). Pero, en el final del siglo, la nuestra parece una ciencia potencialmente unificable. La energía intelectual, la curiosidad y la apertura exigidas para llevamos hasta aquí son, por sí mismas, algo que celebrar.

Notas

1 en algún momento profesionalización podría haber equivalido a americanización pero, como se señala en el Prefacio y como es evidente al comprobar las filiaciones de los colaboradores del Nuevo manual, la propia profesión se está internacionalizando, tanto por lo que respecta a su personal como a sus preocupaciones profesionales.

2 Tanto la Invitation to Sociology de Berger como el Advice to a Young Scientist de Medawar convergen en ese extremo. En buena medida, el mejor trabajo de este género sigue siendo la justamente celebrada Microcosmographia Academis (1908) de F. M. Conford.

3 Para una poderosa evidencia del modo en que ciertos descubrimientos son posibles en algún punto de la historia, véanse los casos de descubrimiento múltiple que discute Merton (1973).

4 Hart (1961) describe en términos muy parecidos como se interiorizan generalmente las normas de los sistemas legales. Sobre la naturaleza de las profesiones y sobre la orientación de sus miembros hacia ellas, véase Hughes (1958) y Parsons (1968).

5 Esta caracterización da lugar a su vez a los dos focos de la disciplina identificados por Almond (Infra, cap. 2): << (...) las propiedades de las instituciones políticas y los criterios que usamos para evaluarlas>>.

6 Entre ellos destacan: Weber (1922-1978), Lasswell (1950; Lasswell y Kaplan, 1950), Dahl (1963) y Duverger (1964-1966). Como ellos, nos centramos específicamente en el poder social, el poder de unas personas sobre otras.

7 A los textos clásicos como Russell (1938), Jouvenel (1945-1948) y Dahl (1957, 1961b, 1963) se han añadido recientemente Lukes (1974), Barry (1989, esp. Caps. 8-11) y Morriss (1987).

8 De este método, de un dictador absoluto a la búsqueda de un poder completo e ilimitado puede decirse correctamente que está comprometido en un intento (inevitablemente fútil) de trascender la política.

⁹ Considérese la siguiente analogía extraída de una disciplina afín. Los filósofos hablan de consideraciones «poderosas», argumentos «convincientes», etc. (Nozick, 1981, pp. 4-6). Pero considérese un argumento tal que si creyésemos en él moriríamos. No podría tener más poder de convicción, pero imponemos en una discusión mediante tal argumento es la antítesis de la auténtica disputa filosófica, cuya esencia es un toma y daca. De igual manera, la verdadera esencia de la política son las maniobras estratégicas (Riker, 1986); y las fuerzas irresistibles -en la medida en la que no dejen lugar para tales maniobras- son la antítesis de la política (por mucho éxito que tengan a la hora de conseguir que otros hagan lo que uno quiere).

¹⁰ Al decir esto seguimos (libremente) a Crick, 1962.

¹¹ O la de Eastón (1965) de la política como la asignación imperativa de valores, al menos, en tanto que se interprete, primeramente y sobre todo, como un asunto de asignación de «cosas valoradas» en una sociedad.

¹² Según la expresión de las viejas tradiciones de la *Wissenschaft* de las universidades alemanas de las que los americanos del xix importaron la ciencia política a su propio país (Waldo, 1975, pp. 25-30), y a la que están volviendo ahora los «policy scientists» contemporáneos (Rivlin, 1971).

¹³ Buenos estudios sobre estos asuntos en Hollis (1977), Taylor (1985) y, con referencias específicas a la política, Moon (1975) y Almond y Genco (1977). La sensibilidad pos positivista a tales preocupaciones hermenéuticas queda clara a partir de muchos de los capítulos del *Nuevo Manual*, como se discute más adelante en la sección IIIC.

¹⁴ De hecho, algunos de los desarrollos matemáticos más complejos en la ciencia política reciente han sido consecuencia de la elaboración del modelo del «actor racional»; y las fuerzas básicas que impulsan tales modelos son la elección racional de los propios individuos más que cualquier fuerza causal que actúe externamente sobre ellos.

¹⁵ Se pueden entresacar sobrias afirmaciones sobre la agenda *behaviorista* en Dahl (1961a) y Ranney (1962). Se pueden encontrar afirmaciones juiciosas de la reacción institucionalista en Ridley (1975) y Johnson (1989), con el ala más filosófica de la reacción anticientífica mejor representada quizá por Oakeshott (1951-1956) y Stretton (1969). Para las afirmaciones «pos-*behavioristas*», véanse en particular Wolin (1960), McCoy y Playford (1968) y Easton (1969); la cara de esta tendencia correspondiente a la filosofía de la ciencia está bien representada en el *Manual* de Greenstein y Polsby por un capítulo especialmente juicioso de Moon (1975).

¹⁶ Los primeros manifiestos clásicos incluyen Mitchell (1969) y Riker y Ordeshook (1973). Las críticas discutidas aquí en el texto provienen de críticos amistosos (Goodin, 1976; Sen, 1977; North, 1990), y los modelos más refinados de la elección racional actuales van hacia (aunque quizá no lo suficiente -véase Offe: *infra* cap. 29-) la admisión en parte de tales críticas (Kiewiet, 1983; Mansbridge, 1990; Monroe, 1991).

¹⁷ Considérese, por ejemplo, el *modus operandi* de Fiorina (1995): «Enseño a mis estudiantes que los modelos de acción racional son de lo más útil cuando lo que está en juego es mucho y quienes juegan son pocos, reconociendo que no es racional tomarse el trabajo de maximizar cuando las consecuencias son triviales y/o cuando las acciones propias no marcan la diferencia [...] Así, cuando trabajo sobre comportamiento de masas, utilizo nociones minimalistas de racionalidad (Fiorina, 1981, p. 83), mientras que cuando trabajo sobre élites, asumo un nivel mayor de racionalidad (Fiorina, 1989, caps. 5 y 11)».

¹⁸ Ejemplos sobresalientes de tal destreza incluyen *El cambio tecnológico* (ed. orig. 1983) de Elster, o *Making Democracy Work* (1993) de Putnam. Elster y Putnam son practicantes excepcionalmente dotados para este arte, si no representativo, al menos emblemático, de la ciencia política de final de siglo.

¹⁹ Compárese la discusión de Dogan (cap. 3) sobre la «indiferencia mutua» entre los sociólogos de fin de siglo como Durkheim, Weber, Toennies y Simmel y la narración de Waldo (1975, pp. 47-50) sobre las guerras de los años treinta entre Chicago y Harvard con lo que cuenta Parekh (cap. 21) sobre la filosofía política de mitad de siglo.

²⁰ De hecho, juzgando a partir de la explicación de Warren Miller (cap. 11), la protohistoria de los avances del pasado —en su caso, la revolución conductista- se ha caracterizado igualmente por conversaciones interdisciplinarias de este estilo. Se podría decir lo mismo de! movimiento de la «elección pública», que surge de las colaboraciones entre economistas de la hacienda pública (Buchanan, Olson), juristas (Tullock), politólogos (Riker, Ostrom) y sociólogos (Coleman), por contar la historia de esta subdisciplina a partir de los primeros presidentes de su organización cumbre: la Public Choice Society. Pueden encontrarse testimonios sobre la fortaleza ilustradora de los enclaves subdisciplinarios en Almond (1990) e Easton y Schelling (1991).

²¹ Puede observarse mejor ese núcleo metodológico común comprendido entre Galtung (1967) y King, Keohane y Verba (1994).

²² El libro de Marshall, *In Prese of Sociology* (1990), define de manera similar esa disciplina sobre la base de diez textos «clásicos» de la sociología (en este caso británica) empírica de posguerra.

²³ Tal como lo fueron para una generación anterior (por nombrar unos pocos): *Los Partidos Políticos* (1951-1954) de Duverger; *Politics, Parties and Pressure Groups* (1942) y *Southern Politics* (1950) de Key; *Capitalismo, socialismo y democracia* (1943) de Schumpeter; y *Administrative Behavior* (1951) de Simón.

²⁴ Algo sobre lo que llamó la atención inicialmente Brian Barry (1974), en relación con un libro que queda fuera de este período: *Salida, voz y lealtad* (1970) de Hirschman.

²⁵ El primer hallazgo podría explicarse por el hecho de que a los autores de los tres primeros capítulos de cada sección del *Nuevo Manual* se les han dado instrucciones para que se centren en los desarrollos que ha habido desde la publicación en 1975 del *Manual* de Greenstein y Polsby (únicamente se ha animado a los autores del último capítulo «Lo viejo y lo nuevo» de cada sección a ir temporalmente más atrás). Pero el segundo hecho no puede explicarse del mismo modo y tiene tanta continuidad con el primero que parece improbable también que éste pueda explicarse por completo de esa forma.

²⁶ Quizá los dos ejemplos más conspicuos en los veinte años que aquí se revisan sean *Polines and Markets* (1977) de Lindblom y *Political Control of the Economy* (1978) de Tufte. Ambos fueron muy discutidos al inicio del período y ahora aparecen sorprendentemente en un lugar periférico de los capítulos del *Nuevo Manual* que tocan las literaturas que estas obras generaron.

²⁷ En un sentido distinto, también ha habido un interés creciente en la capacidad cada vez menor del aparato del Estado. Véanse Rose y Peters (1978), Nordlinger (1981) y Flora (1986).

²⁸ Weingast: cap. 5; Pappi: cap. 9; Dunleavy: cap. 10; Whitehead: cap. 14; Tickner: cap. 18; Von Beyme: cap. 22; Hofferbert y Cingranelli: cap. 25; Malone: cap. 26; Offe: cap. 29; Grofman: cap. 30; Alker: cap. 35.

²⁹ Como queda revelado claramente al contemplar las dispares vías de desarrollo de la ciencia política en el seno de las distintas comunidades nacionales. Compárese la historia del caso de los EE.UU. en el relato clásico de Somit y Tanenhaus (1967) con las historias que se cuentan en, por ejemplo, Bastón, Gunnell y Graziano (1991), Wagner, Wittrock y Whitley (1991), DIERKES y Biervert (1992), Rokkan (1979) y Chester (1986).

³⁰ Para apreciaciones de este estilo sobre individuos y departamentos radicados en EE.UU., véase Klingemann (1986). Se pueden solicitar de Klingemann datos más recientes.

³¹ Lo hacemos para evitar «falsear los libros» a favor de las generalizaciones que esperamos establecer mediante nuestra propia pauta de bibliografía. También hemos excluido, siguiendo las convenciones habituales, todas las autorreferencias bibliográficas (lo que les supone a los colaboradores del *Nuevo Manual* un trato más duro de lo habitual, al verse excluidos de una cuarta parte de los capítulos en los que aparecerían sus propios nombres independientemente de quién fuera su autor). Hemos contado a todos los coautores de la misma manera (como si cada uno de ellos fuera el autor de una obra individual); aunque sea menos convencional, nos parecía más apropiado por centrarnos en descubrir integradores potenciales en lugar de dar crédito a las reputaciones.

³² Al contar el número de veces que un autor aparece en las listas bibliográficas en lugar de en las citas del texto de los capítulos, introducimos un sesgo en contra de los «erizos» de Berlín (1953) (aquellos que sólo saben una gran cosa o han escrito un solo gran libro) y a favor de sus «zorros» (quienes saben muchas pequeñas cosas o han escrito muchos libros o artículos a los que se refiere la gente).

³³ Una interpretación deprimente de este resultado, junto con el del Apéndice 1 A, es que la mayoría de los académicos hacen contribuciones menores que pronto son olvidadas. Recuérdese, no obstante, que el *Nuevo Manual* es un examen altamente selectivo de las contribuciones principales de las dos últimas décadas; por tanto, es un logro en sí mismo el haber hecho una contribución que merezca una mención. En estos términos, es un signo alentador el que haya tantos académicos que trabajen en las múltiples fronteras de nuestra disciplina.

³⁴ *Los sociólogos, los economistas y la democracia* (ed. orig. 1970, 1978) de Barry, escrito en el momento culminante de este cambio, somete a ambos a una crítica lógica despiadada; en el prefacio a la

edición de 1978, hace notar el notable desvanecimiento del paradigma «sociológico» (conductista) en los ocho años transcurridos.

³⁵ Tener sólo 21 integradores entre los cientos de académicos actualmente en activo puede hacer parecer a la ciencia política como una empresa relativamente no integrada. Al contrario, tener a toda una disciplina centrada colectivamente en torno a tan pocos individuos y a sus obras podría dar lugar a una mayor integración.

³⁶ Con estos datos no podemos analizar las relaciones entre las subdisciplinas de la ciencia política y otras disciplinas. Sobre estas conexiones, véase Dogan (cap. 3).

PARTE I: LA DISCIPLINA

2. Ciencia política: la historia de la disciplina

GABRIEL A. ALMOND

1. Introducción

(De pag. 83 a 149)

Si fuéramos a construir un modelo de la historia de la ciencia política con la forma de una curva del progreso científico en el estudio de la política a lo largo de los tiempos, tendríamos que comenzar con la ciencia política griega, subir modestamente durante los siglos romanos, no progresar mucho durante la Edad Media, subir un poco durante el Renacimiento y la ilustración, habría algunas subidas sustanciales durante el Siglo xix, para despegar hacia un crecimiento sólido durante el siglo XX a medida que la ciencia política adquiere características profesionales genuinas. Lo que esta curva mediría sería el crecimiento y la mejora cualitativa del conocimiento sobre las dos cuestiones fundamentales de la ciencia política: las propiedades de las instituciones políticas y los criterios que usamos para valorarlas.

Registraríamos tres chispazos ascendentes en la curva de Crecimiento del siglo xx. El chispazo de Chicago en las décadas de entreguerras (1920-1940), que introduciría programas organizados de investigación empírica, subrayando las Interpretaciones psicológicas y sociológicas de la política y demostrando el valor de la cuantificación. Un chispazo mucho mayor en las décadas tras la Segunda Guerra Mundial reflejaría la difusión de la ciencia política «conductista» por todo el mundo, las mejoras en las subdisciplinas más tradicionales y la profesionalización (en el sentido del establecimiento de departamentos de muchos miembros, reclutados meritocráticamente y relativamente no jerárquicos; el establecimiento de asociaciones, sociedades de especialistas y revistas con evaluadores, etc.). El tercer chispazo registraría la entrada de los métodos deductivos y matemáticos y los modelos económicos del enfoque de la «elección racional-individualismo metodológico».

Podríamos denominar esta visión de la historia disciplinar como la visión «eclectica-progresiva». Sería compartida por quienes aceptan como criterio de la ciencia política académica la búsqueda de la objetividad basada en las reglas de la evidencia y la inferencia. Este criterio se aplicaría no sólo a estudios que denominamos «conductistas», sino también a la filosofía política (tanto histórica como normativa), a los estudios comparados sistemáticos, a los estudios estadísticos que implican datos cuantitativos agregados y de encuesta, así como a la investigación que implica la construcción de modelos matemáticos formales y la experimentación (tanto la real como la simulada). En este sentido, es un patrón ecléctico y no jerárquico, más bien que integral.

Es «progresiva» en el sentido de que imputa la noción de mejora a la historia de los estudios políticos, tanto en cuanto a la cantidad de conocimiento como en cuanto a su calidad en términos de rigor y perspicacia. Con respecto a la perspicacia, la mayoría de los colegas estarían de acuerdo en que Michael Walzer (1983) tiene una mejor comprensión del concepto de justicia que la que tiene Platón. Y, con respecto al rigor (y también a la perspicacia), Robert Dahl (1989) nos ofrece una mejor teoría de la democracia que la ofrecida por Aristóteles¹,

Hay cuatro visiones opuestas de la historia de la ciencia política. Dos de ellas desafiarían su carácter científico. Hay una posición «anticiencia», así como otra «posciencia». Otras dos más -los marxistas y los teóricos de la «elección racional»- desafiarían su eclecticismo a favor de un monismo jerárquico

purista. Los straussianos expresan la visión «anticiencia» al sostener que la introducción de la metodología científica es una ilusión perjudicial que trivializa y nubla la comprensión, y que las verdades básicas de la política tienen que ser descubiertas mediante una conversación directa con los textos clásicos y antiguos. El enfoque «postempírico» o «posconductista» de la historia disciplinar tiene una visión deconstructiva; no hay una historia privilegiada de la disciplina. Hay un pluralismo de identidades disciplinares, cada una con su propia visión de la historia disciplinar.

Los enfoques marxista, neomarxista y de la «teoría crítica» desafían nuestro eclecticismo al argumentar que la ciencia política o, más bien, la ciencia social (puesto que no puede haber una ciencia política separable) se compone de las verdades descubiertas y afirmadas en las obras de Marx y elaboradas por sus asociados y seguidores. Este punto de vista rechaza la noción de una ciencia política separable de una ciencia de la sociedad. La ciencia de la sociedad se revela a sí misma en el transcurso de su propio desarrollo dialéctico.

La teoría de la elección racional rechaza nuestro eclecticismo a favor de un modelo jerárquico de ciencia política que se encamina hacia un conjunto parsimonioso de teorías matemáticas formales aplicables a toda la realidad social, incluyendo la política.

Este capítulo asume también que la ciencia política tiene componentes tanto científicos como humanistas, regidos ambos por los mismos imperativos de la investigación académica (las reglas de la evidencia y la inferencia). Las contribuciones al conocimiento pueden provenir de una gran inspiración o de un gran virtuosismo. Asumimos también que, dentro de la ontología de las familias de las ciencias, se encuentra en el lado «nube» del continuo de «nubes y relojes» de Karl Popper (1972). Es decir, las regularidades que descubre son probabilísticas en lugar de leyes inmutables y muchas de ellas pueden tener una vida relativamente corta.

II. Temas de una historia ecléctica y de progreso

El objeto esencial de la ciencia política, que comparte con el resto de la academia, es la creación de conocimiento, definido como inferencias o generalizaciones sobre la política extraídas de la evidencia. Como dicen King, Keohane y Verba (1994, p. 7) en su reciente libro, «la investigación científica está diseñada para hacer inferencias con base en la información empírica sobre el mundo». Este criterio es evidente incluso en una obra tan explícitamente «anticientífica» como la de los straussianos. Es decir, éstos consideran la evidencia, la analizan y extraen inferencias de la misma. Es imposible pensar en una empresa académica que no descansa sobre este núcleo metodológico de la evidencia-inferencia. Incluiría los estudios marxistas y neo-marxistas, incluso aunque estos estudios se basen en asunciones sobre los procesos sociales que no son falseables y, por tanto, no están plenamente sujetas a las reglas de la evidencia o de la inferencia lógica. Incluiría, en el extremo del simple despliegue de evidencia, el estilo de ciencia política de «descripción detallada» (thick) de Clifford Geertz (1973) que ejemplifica el estudio de Womack (1968) sobre el líder campesino mexicano Zapata; e incluiría las obras de Downs (1957), Riker (1962) y Olson (1965) en el extremo deductivo contrario. En Zapata, parece que sólo tenemos evidencia sin inferencia y en la Teoría económica de la democracia, inferencia sin evidencia. Pero Hirschman (1970) nos dice que la biografía del líder campesino está plagada de implicaciones políticas y explicativas; y que los axiomas y teoremas de Downs generan toda una familia de proposiciones comprobables a través de la evidencia. Ambas son falseables mediante evidencias contrarias o defectos lógicos.

III. Una panorámica histórica

a) Griegos y romanos

Aunque se han hecho esfuerzos heroicos para incluir los escritos del Próximo Oriente antiguo en la crónica de la ciencia política, se los considera más apropiadamente como precursores. El amor por la Biblia no puede convertir el consejo que Moisés recibe de su suegro sobre cómo juzgar con más eficacia los conflictos entre los hijos de Israel o la doctrina del Deuteronomio sobre la monarquía en ciencia política seria². Pero cuando llegamos a la Grecia de Herodoto (ca. 484-425 A.C.-) estamos en un mundo en el que el análisis de las ideas y los ideales políticos y la especulación sobre las propiedades de las distintas formas de gobierno, la naturaleza de la capacidad de gobernar y de la ciudadanía, se han convertido en una parte del saber convencional. Los griegos informados del siglo v a. C. -que viven en muchas ciudades-Estado griegas independientes, en las que se habla la misma lengua y se veneran los mismos o similares dioses, que comparten memorias históricas y mitológicas comunes, que están implicados en un comercio y una diplomacia entre las ciudades, que forman alianzas o entran en guerra- constituían una audiencia interesada en la información y la especulación sobre las variedades de arreglos políticos y gubernamentales y de políticas económicas, de defensa y de relaciones exteriores.

La historia de la ciencia política comienza propiamente con Platón (428-348 a.C.) cuyos *La República*, *La Política* y *Las Leyes* son los primeros clásicos de la ciencia política³. En estos tres estudios, Platón establece proposiciones sobre la justicia, la virtud política, las variedades de las formas de gobierno y su transformación, que han sobrevivido como teorías políticas hasta bien entrado el siglo XIX e incluso hasta el presente. Sus teorías sobre la estabilidad política y la optimización del funcionamiento, modificadas y elaboradas en las obras de Aristóteles y Polibio, anticipan la especulación contemporánea sobre la transición y la consolidación democráticas. En su primera tipología política, en *La República*, Platón presenta su régimen ideal basado en el conocimiento y la posesión de la verdad y, por tanto, ejemplificando el gobierno de la virtud, para presentar, a continuación, cuatro regímenes evolutivamente relacionados en un orden descendente de virtud: la timocracia, la oligarquía, la democracia y la tiranía. La timocracia es una corrupción del Estado ideal en el que el honor y la gloria Militar suplantán el conocimiento y la virtud; la oligarquía es una corrupción de la timocracia que reemplaza el honor por la riqueza como principio de reclutamiento; la democracia surge de la corrupción de la oligarquía y, a su vez, se corrompe en tiranía. En *La Política*, escrito mucho después que *La República*, y en *Las Leyes*, escrito en su vejez (Tras las duras experiencias de la Guerra del Peloponeso y del fracaso de su misión en Siracusa), Platón distingue entre la república ideal y las variedades realmente posibles de formas de gobierno. Para clasificar los regímenes reales, introduce el famoso cuadro de tres por dos, casando la cantidad y la calidad: el gobierno de uno, de pocos y de muchos; cada uno con sus versiones pura e impura. Generó la clasificación de los regímenes en seis categorías -monarquía, tiranía, aristocracia, oligarquía, democracia, oclocracia que Aristóteles perfeccionó y elaboró en su *Política*, y que ha servido como taxonomía básica a través de los tiempos y Hasta el siglo XIX.

En *Las Leyes*, Platón presentó la primera versión de la «Constitución Mixta» como el mejor régimen y el más estable entre los de verdad realizables y diseñado para detener el ciclo de desarrollo y degeneración implícito en el esquema séxtuple. La Constitución Mixta, tal como la formuló Platón, adquiere estabilidad al combinar principios que, de otro modo, podrían estar en conflicto: el principio monárquico de la sabiduría y la virtud con el democrático de la libertad. Aristóteles adoptaría y mejoraría ese esquema. Es la primera teoría explicativa en la historia de la ciencia política en la que las instituciones. Las actitudes y las ideas se relacionan con el proceso y el funcionamiento. Es el ancestro de la teoría de la separación de poderes.

Aristóteles (384-322 a.C.) pasó veinte años como miembro de la Academia de Platón. Después, tras un periodo como tutor de Alejandro de Macedonia. Aristóteles volvió a Atenas y formó su propio Liceo, una institución de enseñanza con museo-biblioteca e instituto de investigación. El método del Liceo era inductivo, empírico e histórico, a diferencia del enfoque predominantemente idealista y deductivo que se mantenía en la Academia de Platón. Se dice que el Liceo reunió 158 constituciones de las ciudades-Estado griegas, de las que sólo ha sobrevivido una (la de Atenas). Las lecciones que componen La Política de Aristóteles parecen haberse extraído de los análisis y las interpretaciones de esos datos.

Mientras que la metafísica de Platón empujó a éste a desapreciar el mundo real y la capacidad humana de percibirlo y comprenderlo, y a hipotetizar un mundo de formas ideales de las que la realidad era un pálido reflejo, Aristóteles, por el contrario, era más bien un empirista que observa la realidad política como un médico observa la enfermedad y la salud. Sir Emesa Barker señala:

Quizá no sea demasiado caprichoso detectar una particular inclinación médica en un buen número de pasajes de La Política. No es sólo un asunto de acumulación de «historias clínicas», o del uso de los escritos de la escuela de Hipócrates como el tratado de «Aires, aguas y lugares». Se trata de una comparación recurrente entre el arte del estadista y el del buen médico; se traía del profundo estudio de la patología de las constituciones y de su inclinación a la fiebre de la sedición que encontramos en el Libro V de La Política; se trata de la preocupación con la terapéutica que también encontramos en el mismo libro, una preocupación singularmente evidente en el pasaje (al final del capítulo XI) en el que sugiere un régimen y una cura para la fiebre de la tiranía (Barker, introducción a Aristóteles, 1958, p. XXX).

Mientras que en su teoría de las formas de gobierno Aristóteles comienza con la clasificación séxtuple de Platón, argumenta que, desde un punto de vista realista, de hecho hay cuatro tipos importantes: oligarquía y democracia, los dos tipos en los que podría clasificarse a la mayoría de las ciudades-Estado griegas; politeia o gobierno constitucional o «mixto», que es una combinación de oligarquía y democracia y que (dado que reconcilia la virtud con la estabilidad) es la mejor forma posible de gobierno; y la tiranía, que es la peor. Para respaldar su argumento señala que mientras que las estructuras sociales de las ciudades varían de acuerdo con las economías, ocupaciones, profesiones y status que en ellas se contienen, tales diferencias pueden reducirse a distintas distribuciones de ciudadanos ricos y pobres. Donde dominan los ricos, tenemos oligarquía; donde dominan los pobres, democracia. Donde dominan las clases medias, podemos tener gobierno «mixto» o constitucional que tiende a la estabilidad al quedar contrapesado los intereses extremos por los más moderados. Las estructuras políticas y las pautas de reclutamiento se clasifican de acuerdo con los arreglos de los órganos deliberativos, magistrativos y judiciales y de acuerdo con el acceso a los mismos de las diferentes clases.

Un politólogo moderno -un Dahl, Rokkan, Lipset, Huntington, Verba o Putnam- se encontraría en un terreno familiar con el análisis de Aristóteles, en La Política y La Ética, de la relación entre el status, la ocupación, la profesión y la clase y las variedades de instituciones políticas, por un lado, y de la relación entre la socialización y el reclutamiento políticos y la estructura y el proceso políticos, por el otro. Compartirían la metafísica y la ontología. Pero si estos capítulos, o algo parecido a los mismos, fueran presentados por estudiantes contemporáneos de doctorado a la búsqueda de los temas de sus tesis, es fácil visualizar los comentarios que escribirían al margen un Dahl o un Verba: « ¿Sobre qué casos estás generalizando?»; « ¿Qué tal si usas una escala aquí?»; « ¿Cómo comprobarías la fuerza de esta asociación?»; u otros por el estilo. Aristóteles presenta todo un conjunto de proposiciones e hipótesis -en lo que se refiere a la estabilidad política y a la quiebra, a las secuencias de desarrollo, a los modelos educativos y a la actuación política- que claman por diseños de investigación y análisis cuantitativos cuidadosos. El método aristotélico consiste esencialmente en

una clasificación clínica de especímenes, con hipótesis sobre las causas y las consecuencias, pero sin comprobaciones sistemáticas de las relaciones.

La teoría política griega de Platón y Aristóteles era una combinación de ideas universalistas y parroquiales. El mundo sobre el que generalizaban era el mundo de las ciudades-Estado griegas. Generalizaban sobre los griegos, no sobre el género humano. Los ciudadanos se distinguían de los esclavos, los residentes forasteros y los bárbaros extranjeros. Con las conquistas de Alejandro y la mezcla de las culturas griega y oriental, ganaron en autoridad dos nociones desarrolladas por la escuela estoica de filosofía. Eran las ideas de una humanidad universal y de un orden en el mundo basado en el derecho natural. Estas ideas las había adelantado el filósofo estoico Crisipo en el último tercio del siglo III a.C. Su formulación más clara aparece en las obras de Panecio (185-109 a.C.) y de Polibio (203-120 a.C.), dos filósofos estoicos del siglo II, quienes, a su vez, transmitieron estas ideas a la élite intelectual romana de la última etapa de la República. Mientras que Panecio desarrolló los aspectos filosóficos y éticos del último estoicismo, Polibio adaptó las ideas platónicas y aristotélicas a la historia de Roma y a la interpretación de las instituciones romanas.

Polibio atribuye el notable poder y crecimiento de Roma a sus instituciones políticas. Hace más explícitas las ideas evolutivas de Platón y Aristóteles, brindando explicaciones socio-psicológicas sencillas de la decadencia de las formas puras de monarquía, aristocracia y democracia y de su degeneración en las formas impuras de tiranía, oligarquía y oclocracia. De acuerdo con Polibio, los constructores del Estado romano habían redescubierto, mediante un proceso de ensayo y error, las virtudes de la constitución mixta: la combinación de los principios monárquico, aristocrático y democrático llevados a la práctica en el Consulado, el Senado y la Asamblea. Fueron estas instituciones las que hicieron posible la conquista del mundo en medio siglo y las que, según Polibio, garantizaban un futuro de gobierno mundial estable y justo bajo el Derecho romano⁴.

Tres cuartos de siglo después, el abogado romano Cicerón (106-43 a.C.) aplicaba la teoría de la constitución mixta a la historia romana en un momento en el que las instituciones de la República romana estaban ya en una decadencia profunda. Esta parte de su trabajo era una llamada para la vuelta a la estructura y a la cultura de la República romana anterior, previa a las décadas de guerra populista y civil de los Graco, Mario y Sila. Más significativo y duradero fue su desarrollo de la doctrina estoica del derecho natural. Era la creencia de que hay un derecho natural universal que proviene del orden divino del cosmos y de la naturaleza racional y social de la humanidad. Sería su formulación de esta idea del derecho natural la que se adoptaría en el Derecho romano, pasando de ahí a la doctrina de la Iglesia católica y, posteriormente, a sus manifestaciones ilustrada y moderna⁵.

De esta manera, encontramos formulados, en el pensamiento griego de finales del siglo ni A.c. y en el romano de los siglos siguientes, los dos grandes temas de la teoría política que atraviesan la historia de la ciencia política hasta el presente: « ¿Cuáles son las formas institucionales de gobierno? y « ¿cuáles son los modelos que usamos para evaluarlas?». La respuesta a la primera fue la clasificación séxtuple platónica \ aristotélica de las formas organizativas puras e impuras, y la constitución mixta como la solución al problema de la degeneración y el ciclo. La respuesta a la cuestión de la evaluación -legitimidad, justicia- fue la doctrina del derecho natural. Estas ideas se transmitieron a Roma por los estoicos tardíos (en particular, Panecio y Polibio) y desde las obras de los romanos (como Cicerón o Séneca) a la teoría política católica.

b) Constituciones mixtas y teoría del derecho natural en la historia

Las teorías de la constitución mixta y del derecho reciben su codificación medieval más plena en la obra de Tomás de Aquino (1225-1274), quien relaciona la constitución mixta con la justicia y la

estabilidad a través de su conformidad con el derecho divino y natural. Sus ejemplos de constitución mixta son el orden político divinamente ordenado del Israel de Moisés, Josué y los Jueces, equilibrado entre líderes ancianos y jefes tribales, y la República romana en su origen, con su mezcla de Asamblea, Senado y Consulado. Sigue los argumentos de Aristóteles sobre las debilidades y la tendencia hacia la tiranía de las formas puras de gobierno monárquico, aristocrático y democrático. La combinación de las formas puras es el antídoto contra la debilidad y la corrupción humanas⁶. En la Baja Edad Media y en el Renacimiento, el gobierno mixto y el derecho natural constituyen la medida con respecto a la cual se evalúan los gobiernos. Tal y como Tomás de Aquino, y los influidos por él, veían al Israel del período pre-monárquico y a la Roma de la época republicana como los regímenes más cercanos del pasado al ideal del gobierno mixto, para los teóricos políticos italianos de la Baja Edad Media y del Renacimiento el ejemplo era Venecia, con su Dogo monárquico, su Senado aristocrático y su Gran Consejo democrático. La estabilidad, riqueza y poder de Venecia eran considerados la prueba de la superioridad del sistema mixto.

La variedad de principados y repúblicas en el norte de Italia en estos siglos, las reclamaciones generales y rivales de la Iglesia y el Imperio, el estado de guerra, la conquista, la revolución, la negociación diplomática y la innovación institucional en las que estaban constantemente envueltos estos regímenes, estimularon a varias generaciones de teóricos políticos que reflexionaban y escribían sobre esta experiencia política⁷. Un aspecto central de sus discusiones eran las ideas de la constitución mixta expresadas por Aristóteles y por Tomás de Aquino. Con la traducción de su Historia de Roma en el siglo XVI, Polibio llegó a ser muy influyente, particularmente en Florencia y en la obra de Maquiavelo (1469-1527). En las crisis florentinas de finales del siglo XV y principios del XVI, Maquiavelo se implicó en una polémica con el historiador Guicciardini en la que las principales autoridades citadas fueron Aristóteles, Polibio y Tomás de Aquino, y el tema de discusión, qué países eran los mejores ejemplos de constitución mixta. Guicciardini estaba a favor de un sesgo aristocrático aristotélico y veneciano-espartano, Maquiavelo, a favor de un papel algo mayor para el elemento popular, confiando más en el apoyo de Polibio⁸. La ruptura de la teoría política renacentista descansa sobre el tratamiento que Maquiavelo le dio a la legitimidad de los regímenes y de los líderes políticos. Con anterioridad a *El príncipe* y a los *Discursos*, los autores trataban los regímenes de manera dicotómica como puros o corruptos, normativos o no normativos, en los sentidos originales platónica y aristotélico⁹. Maquiavelo, observando la política practicada en Italia en lo, siglos xv y xvi, legitimó la política no normativa como inevitable, como cuestión de supervivencia, como parte de la realidad. Un príncipe que dejase de emplear medios problemáticos cuando fuesen necesarios para la supervivencia, sería incapaz de hacer el bien cuando éste fuese posible. Maquiavelo tocó el nervio de la ciencia política con su orientación «libre de valores» y su nombre se convirtió en sinónimo de indiferencia moral y cinismo político. Los temas generados sin esta travesía hacia el realismo todavía resuenan en los palomares de la filosofía política.

La teoría de la soberanía, un tema tan impórtame en la Edad Media, el Renacimiento y la Ilustración, recibe su primera formulación completa en la obra de Jean Bodin (1529-1596). Su doctrina del absolutismo como una solución al problema de la inestabilidad y el desorden está formulada en polémica con la teoría de la constitución mixta. Utilizando un método histórico realista, desarrolla el argumento de que los casos clásicos de gobierno mixto, Roma y Venecia, fueron en realidad regímenes centralizados y concentrados: de hecho, todo régimen importante y duradero ha concentrado los poderes Legislativo y Ejecutivo bajo una autoridad central. La atención que presta a la influencia de las condiciones ambientales y socio estructurales sobre las características de los Estados anticipan la sensibilidad antropológica de Montesquieu¹⁰.

Y aunque hubo un progreso sustancial en el desarrollo de la ciencia política en la Ilustración, Hobbes, Locke, Montesquieu, Hume, Madison y Hamilton trataban los mismos temas que preocupaban a Platón, Aristóteles, Polibio, Cicerón, Tomás de Aquino, Maquiavelo y Bodin: las formas y variedades de gobierno y los modelos con los que juzgarlos. Al considerar el progreso conseguido por los

filósofos ilustrados, nos fijamos en las mejoras introducidas en la obtención y evaluación de la evidencia y en la estructura de la inferencia.

El primer proyecto intelectual terminado por Thomas Hobbes (1588-1679) fue la traducción de las Guerras del Peloponeso de Tucídides, la historia de una trágica época de desorden, justo como la Inglaterra del siglo xvii, perturbada por la guerra civil, el regicidio, la dictadura y el exilio. La visión de Hobbes del estado de naturaleza, de las razones para el consentimiento de los seres humanos a ser gobernados, de la naturaleza de la obligación política y de la legitimidad de las distintas formas de gobierno, estaban influidas por sus reflexiones sobre la caída de Atenas y la violencia y la confusión moral de la Inglaterra del siglo xvii. En sus libros posteriores *De Cive* y, especialmente, *Leviatán*, Hobbes concluía que la autoridad soberana era necesaria en una sociedad si se quería asegurar la salida de sus miembros del violento y desordenado estado de naturaleza. A cambio de obligación y obediencia, el sujeto consigue seguridad y certidumbre. La mejor forma de gobierno — deducida lógicamente de estas premisas, porque es racional y no ambigua— es el absolutismo monárquico, limitado por la obligación del gobernante de proporcionar seguridad y bienestar a los miembros de la sociedad. El logro de Hobbes fue la deducción lógica de sus conclusiones sobre la mejor forma de gobierno a partir de lo que consideraba que eran las condiciones materiales y las necesidades humanas. Construyó su argumento limitando las asunciones a lo que consideraba -y a lo que creía que la historia confirmaba- como evidencia «material» de la condición humana. A partir de estas asunciones, dedujo inferencias lógicas tajantes¹¹.

Las conclusiones de John Locke sobre los orígenes y la legitimidad del gobierno en su *Segundo tratado del gobierno*, derivan de un conjunto de condiciones contractuales distinto al de Hobbes. La gente consiente que el gobierno asegure su bienestar y su libertad. El estado de naturaleza de Locke no es tan catastrófico como el de Hobbes. Hay inconveniencias costes, y el consentimiento hacia el gobierno es condicional, dependiendo de hasta qué punto el gobierno lleve a cabo esas funciones limitadas. Al salir del estado de naturaleza, las personas ceden a la comunidad su derecho a poner en práctica la ley de la razón para preservar mejor la vida, la libertad y la propiedad. Los comienzos de la teoría de la separación de poderes están en John Locke. El poder otorgado a la comunidad se divide en tres elementos: el legislativo, el ejecutivo y el federativo, el último de los cuales es un poder relativamente poco especificado que tiene que ver con las relaciones exteriores. Tanto en Locke como en Hobbes, el progreso de la ciencia política se basa en la deducción lógica de la naturaleza y las formas de gobierno y de las bases de la autoridad, la libertad y la obligación, a partir de asunciones sociológicas y psicológicas. Su fuerza radica más en su racionalismo lógico que en su manera de obtener la evidencia.

Aunque sea una exageración decir que Montesquieu obtenía y acumulaba su evidencia de manera rigurosa, es seguro que va un paso más allá que Hobbes y Locke. Aunque reconoce leyes de la naturaleza y deduce la formación del gobierno de estas leyes, sobre todo subraya la variedad de la experiencia política humana y el pluralismo de la causación. Montesquieu va a «Persia» y, por así decir, hacia atrás en el tiempo, a Roma, a Venecia, a muchos otros países europeos, especialmente a Inglaterra, para comparar sus instituciones con las de Francia. Es un comparativista y un pluralista causal. Para explicar las variedades de forma de gobierno y de política pública, considera el clima, la religión, las costumbres, la economía, la historia y cosas por el estilo. Encuentra que la mejor forma de gobierno es su noción de la separación de poderes y una especie de equilibrio newtoniano entre estos poderes, a la que considera como la que con más probabilidad preservará la libertad y promoverá el bienestar. Y en el Libro XI de su *Espíritu de las leyes* encuentra la mejor ejemplificación de la separación de poderes en la Inglaterra posterior a la Petición de Derechos.

La clasificación de gobiernos de Montesquieu incluye repúblicas, monarquías y despotismos, siendo la categoría republicana divisible entre aristocracias y democracias. Encuentra en el gobierno de Inglaterra la ejemplificación del ideal del gobierno mixto que combina instituciones democráticas,

aristocráticas y monárquicas en un equilibrio dialéctico armónico. Su teoría política es una teoría explicativa sistémico-funcional basada en la interrelación de las condiciones, el proceso y la política.

Tuvo una gran influencia sobre los fundadores de la Constitución americana. Y puede haber estado en la mente de Hamilton cuando escribía en *El Federalista 9*: «La ciencia de la política [...] ha recibido una gran mejora. Se entiende bien la eficacia de los distintos principios que, o bien no eran conocidos en absoluto, o lo eran de manera imperfecta por lo antiguos». Y en *El Federalista 31*: «Aunque no pueda pretenderse que los principios del conocimiento moral y político tengan, en general, el mismo grado de certeza que los de las matemáticas, no obstante tienen más posibilidades en este aspecto que [...] las que estamos dispuestos a concederles» (Hamilton, 1937. pp. 48. 189). Lo que llevó a Madison y a Hamilton a considerarse tan buenos politólogos fue el haber comprobado las teorías de Montesquieu, Locke y otros filósofos europeos con la experiencia de las trece colonias y de los Estados Unidos bajo los Artículos de la Confederación. Tenían la confianza de los ingenieros que aplican las leyes de la política, deducidas del examen empírico y de laboratorio de casos individuales. La separación de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial (cosa que habían aprendido de Montesquieu) y la mezcla de los poderes a través de controles y equilibrios (checks and balances) (lo que habían aprendido de la experiencia práctica de las trece colonias) les permitía tratar la política en forma de ecuación: «Separación + controles y equilibrios = libertad».

c) El siglo XIX

En los siglos xvii y xviii, los filósofos de la Ilustración predijeron la mejora en la condición material, política y moral de la humanidad como consecuencia del crecimiento del conocimiento. En los siglos xix y xx, los académicos y los intelectuales elaboraron este tema del progreso y la mejora prediciendo distintas trayectorias y secuencias causales. En la primera parte del siglo xix hubo grandes historicistas (o deterministas históricos) -Hegel (1770-1831), Comte (1798-1857) y Marx (1818-1883)-que, en la tradición de la ilustración veían la historia como un desarrollo unilineal en la dirección de la libertad y el gobierno racional. En Hegel, la razón y la libertad están ejemplificadas en la monarquía burocrática prusiana. En Comte los límites de la teología y la metafísica quedan rotos por la ciencia, en cuanto que permite a la humanidad ejercer un control racional sobre la naturaleza y las instituciones sociales. En Marx, el capitalismo sustituye al feudalismo y es sustituido, a su vez, primero por el socialismo proletario y, después, por la sociedad igualitaria y verdaderamente libre. Hegel se aleja de las nociones de la ilustración por su visión dialéctica de la historia como el choque de opuestos y la emergencia de síntesis. La monarquía burocrática prusiana racionalizada y modernizada en las décadas pos napoleónicas es vista por Hegel como la ejemplificación de una última síntesis¹². En Marx, la dialéctica hegeliana se convirtió en el principio de la lucha de clases que lleva a la última transformación de la sociedad humana. De acuerdo con Marx, la naturaleza del proceso histórico era tal que la única ciencia social posible es la que se descubre, y la que se emplea, en la acción política. En el marxismo, esta ciencia de la sociedad llega a convertirse en un esquema economía-ideología-forma de gobierno plenamente validado. Una vanguardia informada armada con esta poderosa teoría anunciaría el comienzo de un nuevo mundo de orden, justicia y plenitud¹³.

Auguste Comte, el precursor con Saint-Simon (1760-1825) del positivismo filosófico, inauguró la nueva ciencia de la «sociología» en los seis volúmenes de su Curso de filosofía positiva (Koenig, 1968). Su argumento era que todas las ciencias pasan por dos etapas -primero la teológica, después la metafísica- antes de convertirse, en la tercera etapa, en científicas o positivas. De esta manera, continuaba Comte, la astronomía fue la primera en pasar por estas tres etapas, después lo hizo la física, luego, la química, luego la fisiología. Al final, la física social (las ciencias sociales incluyendo a

la psicología) se encontraba en un proceso de maduración como ciencia. Comte veía esta nueva sociología científica como la suministradora de proyectos para la reforma de la sociedad.

Hubo una ola de empirismo como reacción a estas comprensivas teorías monistas y abstractas. Esta reacción produjo un gran número de estudios descriptivos legal-formales de instituciones políticas y varias etnografías políticas descriptivas pedestres y monumentales, tales como *Political Science; Or the State Theoretically and Practically Considered* (1878) de Theodore Woolsey; *Politik: Geschichtliche Naturlehre der Monarchie, Aristokratie und Demokratie* (1892) de Wilhelm Roscher; y *The State: Elements of Historical and Practical Politics* (1889, 1918) de Woodrow Wilson. Se trataba esencialmente de ejercicios ponderados de clasificación, que empleaban alguna variación del sistema clasificador platónico-aristotélico.

Parecidos a los historicistas, pero con un enfoque más empírico y más pluralista en su explicación, había un grupo de autores de la segunda mitad del xix que podrían caracterizarse como «evolucionistas» y que influyeron sobre la sociología moderna de diversas maneras. Este grupo incluye a Herben Spencer (1820-1903), sir Henry Sumner Maine (1822-1888) y Ferdinand Toennies (1855-1936). Spencer (1874, 1965), un temprano evolucionista social pos darwiniano, evita la unilinealidad simple. Le preocupa explicar la variedad cultural y política, así como la mejora genérica. Explica la centralización y descentralización política por los rasgos físicos del ambiente, tales como el terreno montañoso frente a las llanuras. Construye también el argumento, respaldado por el ejemplo histórico, que la democratización es la consecuencia de los cambios socioeconómicos provocados por la concentración urbana la proliferación de intereses que se debe al crecimiento de las manufacturas y a la difusión del comercio.

Hay una pauta dualista común entre los autores de finales del xix acerca del proceso histórico. Maine (1861, 1963) distingue el derecho antiguo del moderno en los términos de un cambio desde relaciones de status con un carácter difuso hacia las relaciones contractuales específicas. Toennies (1887-1957) introduce la distinción entre *Gemeinschaft und Gesellschaft* (Comunidad y Sociedad). Con el cambio de siglo, Weber (1864-1920) y Durkheim (1858-1917) contrastan la racionalidad moderna con la tradicional (Weber, 1922, 1978, vol. 1. pp. 24 ss.), la solidaridad orgánica con la mecánica (Durkheim 1893, 1960). Este tema del «desarrollo» y de la «modernización» continúa en el siglo xx hasta hoy día, con los esfuerzos para definir, operacionalizar, medir e interpretar la «modernización» socio-económico-política que se presentan más abajo. A lo largo del siglo xix era común hablar del estudio de la política y de la sociedad como ciencia, y describir el conocimiento sobre la política como compuesto por proposiciones con forma de ley basadas en la evidencia y la inferencia sobre los acontecimientos y las instituciones políticas, Collini, Winch y Burrow lo documentan con gran profundidad y detalle en su libro *That Noble Science of Politics* (1983). Como en épocas anteriores, los historiadores y los publicistas del siglo xix buscaban «lecciones» de la historia, pero cada vez con más sofisticación. Al recordar el «método» con el que escribió *La democracia en América*, Tocqueville (1805-1859) observaba que «Aunque apenas hablaba de Francia en mi libro, no escribí una página sin tenerla, por así decir, ante mis ojos»; y, en una apreciación más general sobre el método comparativo, dijo: «Sin hacer comparaciones, la mente no sabe cómo proceder» (Tocqueville, 1985, pp, 59, 191),

Collini, Winch y Burrow señalan que las proposiciones decimonónicas sobre la naturaleza y la explicación de los fenómenos políticos se basaban cada vez más en inducciones históricas en lugar de en asunciones sobre la naturaleza humana. Esto se explicaba en parte por el simple crecimiento del conocimiento de las sociedades contemporáneas e históricas. El imperialismo y el colonialismo colocaron vastas y complejas culturas como la india, así como sociedades primitivas y reducidas, como las culturas africanas y las de los indios americanos, al alcance de los académicos e intelectuales europeos. Las zonas exóticas del mundo se hicieron accesibles e invitaban a esfuerzos más cautos y controlados a la hora de inferir causas y efectos que en los casos de Maquiavelo o

Montesquieu. Justo a finales del siglo xix, en Oxford y en Cambridge, bajo el liderazgo de E. A. Freeman (1874), Frederick Pollock (1890) y John Seeley (1896), la historia comparada comenzó a considerarse de manera un tanto optimista como la base para un estudio genuinamente científico de la política. Se introdujo en el trivio de Historia en Cambridge en 1897 en la forma de dos trabajos: uno sobre Ciencia Política Inductiva o Comparativa; y otro sobre Política Deductiva y Analítica (Collini et al., pp. 341 ss.). Ya en 1843, John Stuart Mill (1806-1873) había reconocido en su Sistema de lógica (1843, 1961) que el método comparativo en las ciencias humanas era equivalente en algún sentido al experimental en las ciencias naturales. En efecto, hace siglo y medio, Mill había anticipado la «estrategia de los sistemas más parecidos» de Przeworski y Teune (1970).

Para John Stuart Mill, Tocqueville, Ostrogorski, Wilson y Michels, la democracia como alternativa para otros regímenes constituye una preocupación fundamental. Cada uno continúa a su manera el debate sobre el «gobierno mixto». Mill quiere que los educados, los informados, los cívicamente responsables, desempeñen un papel preeminente en la democracia para evitar las potencialidades corruptas y de masas que laten en la misma. Tocqueville encontró en la profesión legal americana una dosis aristocrática para moderar las tendencias «niveladoras» de la democracia. Ostrogorski (1964, vol. II, Conclusión) y Michels (1949) ven defectos fatales en la democracia y la inevitabilidad de la oligarquía, como resultado de la burocratización de los partidos políticos de masas.

Estas tendencias del siglo xix caen perfectamente dentro de nuestro concepto organizador del rigor y la coherencia lógica crecientes en el estudio de los fenómenos políticos definidos como las propiedades y la legitimidad del gobierno.

El concepto de «pluralismo», una variación del tema del «gobierno mixto», sirvió de vínculo entre la teoría política europea y la ciencia política americana de las primeras décadas del siglo xx. El concepto de soberanía del Estado, asociado a la ideología de la monarquía absoluta, sufrió durante el final del xix y comienzos del XX el desafío de los «pluralistas» de derecha e izquierda. Otto Gierke (1868) en Alemania y León Duguit (1917) en Francia cuestionan la plena autoridad del Estado central. Teóricos políticos conservadores, como Figgis (1896), afirmaron la autonomía de las iglesias y las comunidades; teóricos de izquierda, como Harold Laski (1919), reclamaron lo mismo para los grupos profesionales y los sindicatos.

Con las figuras seminales de Marx y Freud y los grandes teóricos sociológicos del final del xix - Pareto, Durkheim, Weber- y con la polémica sobre soberanía y pluralismo, estamos ya sobre el fondo intelectual inmediato de la ciencia política del siglo xx.

II) La profesionalización de la ciencia política en el siglo XX

En la segunda mitad del siglo xix y primeras décadas del XX, el rápido crecimiento y la concentración de la industria y la proliferación de grandes ciudades en Estados Unidos, habitadas en considerable proporción por inmigrantes de la zona rural y de países extranjeros, creó una situación proclive a la corrupción en gran escala. Se necesitaron empresarios políticos con recursos para organizar y disciplinar los electorados ignorantes en gran medida, que pululaban por centros urbanos como Nueva York, Boston, Filadelfia, Chicago, San Luis, Kansas City y demás. El «jefe» (boss), la «máquina» y los intermitentes movimientos de reforma eran los fenómenos políticos americanos más visibles a finales del XIX y comienzos del xx. Los movimientos de reforma inspirados en una ideología de eficiencia e integridad, y apoyados por las élites urbanas profesionales y de negocios, aprovecharon el talento de los periodistas de los medios de calidad y de las comunidades académicas. La corrupción de la política por las corporaciones de negocios que buscaban contratos, franquicias y protección frente a la regulación gubernamental se convirtió en el tema de la literatura

periodística conocida como «muckraking»- que colocó el proceso y la infraestructura políticos -los «grupos de presión» y los lobbies, procesos políticos locales, estatales y nacionales profundamente penetrables y corrompibles- a la vista del público.

Los politólogos americanos del período de entreguerras aceptaron el desafío de esta infraestructura política y de la literatura muckraking que la puso al descubierto, y comenzaron a producir serios estudios monográficos sobre grupos de presión y actividades de *lobbying*. Peter Odegard (1928) escribió sobre, la American Anti-Saloon League, Pendleton Herring (1929), sobre grupos de presión y el Congreso, Elmer Schattschneider (1935), sobre política y aranceles, Louise Rutherford (1937), sobre la American Bar Association. Oliver Garceau (1941), sobre la Asociación Médica Americana, y hubo muchos más. Estos autores ponen su sello en la ciencia política de los años de entreguerras. El realismo y el empirismo de estos primeros estudiosos de lo que algunos llamaron el gobierno «invisible» o «informal» aprovechó las ideas de una generación anterior de teóricos políticos americanos entre los que estaban Frank Goodnow (1900) y Woodrow Wilson (1887).

1. La Escuela de Chicago

Así, en las primeras décadas del siglo XX la noción de un estudio «científico» de la política se había revestido ya de suficiente carne. Europeos como Comte, Mill, Tocqueville, Marx, Spencer, Weber, Durkheim, Pareto, Michels, Mosca, Ostrogorski, Bryce y otros, habían sido pioneros, o estaban siendo pioneros, en el desarrollo de la sociología, la antropología y la psicología políticas, campos en los que hicieron del estudio de la política una empresa explicativa autoconsciente. Los estudios empíricos de los procesos gubernamental y político se habían hecho un hueco en las universidades americanas. Pero la mayor parte del estudio de la política en las universidades americanas de estas décadas era aún esencialmente jurídico, filosófico e histórico en su metodología. El significado de la escuela de ciencia política de la Universidad de Chicago (ca. 1920-1940) radica en su demostración de que a través de estudios empíricos concretos era posible un aumento genuino del conocimiento político mediante una estrategia de investigación interdisciplinaria, la introducción de metodologías cuantitativas y un apoyo de investigación organizado. Algunos otros autores hablaban un lenguaje similar al de Merriam (1931b) en «The Present State of the Study of Politics» (por ejemplo, Catlin, 1964), pero la escuela que Merriam fundó en los años veinte, y que llenó en parte con sus propios estudiantes, supuso un salto considerable en el rigor de la investigación empírica y en el poder de la inferencia en el estudio de las cosas políticas y de la innovación institucional.

Lo que le llevó a convertirse en el gran empresario de la ciencia política de su generación fue el escenario dinámico de la ciudad de Chicago en las primeras décadas del siglo xx. En pleno boom de riqueza y con ansias de cultura, y la interrelación entre su vida académica y su carrera política. Sus esperanzas de disfrutar de un alto cargo político habían sido barridas en la campaña por la alcaldía de Chicago en 1919. Ya no era posible para él aspirar a convertirse en el «Woodrow Wilson del Medio Oeste» (Karl, 1974, cap. 4). Al mismo tiempo, era incapaz de establecerse lo suficiente para desarrollar una tranquila carrera académica. Sus años en la política municipal y su experiencia de la guerra en los asuntos exteriores y en la propaganda, le hacían sensible a los «nuevos aspectos» del estudio de la política. No mucho después de volver a la Universidad de Chicago desde su puesto de «información pública» en Italia, publicó su declaración *Nuevos aspectos* (1931b) y comenzó el montaje del departamento de Chicago y los distintos programas de investigación que lo identificaron como una «escuela» distintiva. Era un innovador institucional: primero, al crear el Comité de Investigación en Ciencia Social de la Universidad de Chicago para proporcionar apoyo financiero a las iniciativas de investigación prometedoras del profesorado de ciencia social de Chicago; y, después,

siendo pionero en la formación del Consejo de Investigación en Ciencia Social para proporcionar servicios similares a escala nacional.

El primer programa de investigación importante que se inició en Chicago se construyó alrededor de Harold Gosnell, que recibió su doctorado bajo la dirección de Merriam en 1921 y al que se otorgó un puesto de profesor titular en 1923. Colaboró con Merriam en un estudio de las actitudes hacia el voto de una selección de unos 6.000 habitantes de Chicago en la elección a alcalde de 1923 (Merriam y Gosnell, 1924). La selección se hizo con anterioridad a la introducción de las «muestras probabilísticas» y se realizó mediante un «control de cuota» que buscaba abarcar las características demográficas de la población de Chicago mediante cuotas de sus principales grupos demográficos. El control de cuota, que quedó desacreditado en la elección Truman-Dewey de 1948, era en ese momento el método habitual para la elaboración de muestras de grandes poblaciones. Los entrevistados fueron estudiantes de tercer ciclo de la Universidad de Chicago, entrenados por Merriam y Gosnell, Gosnell continuó este estudio con el primer experimento que se haya realizado nunca en la ciencia política. Fue un estudio de los efectos sobre el voto de un sondeo no partidista realizado por correo en Chicago, que intentaba conocer el resultado de las elecciones nacionales y locales de 1924 y 1925. La técnica experimental diseñada por Gosnell (1927) era bastante rigurosa: se distinguieron cuidadosamente grupos experimentales y de control, se utilizaron distintos estímulos, y los resultados se analizaron de acuerdo con las técnicas estadísticas más sofisticadas disponibles por entonces. Gosnell continuó su investigación en Gran Bretaña. Francia. Alemania, Bélgica y Suiza. Ningún politólogo había hecho antes nada parecido.

Harold Lasswell (1902-1978), un joven prodigio de una pequeña ciudad de Illinois, puso brillantemente en práctica el interés de Merriam por la psicología política. Los logros que obtuvo siendo aún veinteañero y treintañero fueron extraordinarios. Entre 1927 y 1939 publicó seis libros, cada uno de los cuales era una innovación y exploraba nuevas dimensiones \ aspectos de la política. El primero *Propaganda Technique in the World War* (1927), introducía el estudio de la comunicación política (y lo seguiría una bibliografía anotada de la extensión de un libro llamada *Propaganda and Proprietary Adivines*), e identificaba la nueva literatura sobre comunicaciones, propaganda y relaciones públicas. El segundo libro, *Psychopathology and Politics* (1930), exploraba la «psicología profunda de la política» mediante historias de casos de políticos, algunos de los cuales eran perturbados mentales. El tercer libro, *World Politics and Personal Insecurity* (1935), especulaba sobre las bases y los aspectos psicológicos del comportamiento político individual, de distintos tipos de regímenes políticos y de diferentes procesos políticos. El cuarto libro, el célebre *Politics: Who Gets What, When and How* (1936), era una exposición sucinta de la teoría política general de Lasswell, que subrayaba la interacción entre las elites que competían por valores como «la renta, el respeto y la seguridad». En 1939 publicó *World Revolutionary Propaganda: A Chicago Study*, en el que, junto con Blumenstock, examinaba el impacto de la depresión mundial sobre los movimientos políticos de los desempleados de Chicago, elaborando un ejemplo de la interacción entre factores macro y micro en los distintos niveles -local, nacional e internacional- de la política. Lasswell también publicó unos veinte artículos en estos años en revistas como *The American Journal of Psychiatry*, *The Journal of Abnormal Psychology*, *Scientific Monographs*, *The American Journal of Sociology*, *The Psychoanalytical Review*, y otras parecidas. Fue el primer investigador de la interacción entre procesos fisiológicos y mental-emocionales que utilizó métodos de laboratorio. Publicó varios artículos durante estos años informando de los resultados de sus experimentos al relacionar actitudes, estados emocionales, contenido oral y condiciones fisiológicas, tal como aparecían reflejadas en registros de entrevistas, tasas de pulso, presión sanguínea, tensión de la piel, etcétera.

Mientras que Gosnell y Lasswell eran quienes llevaban adelante a tiempo completo la revolución de Chicago en el estudio de la ciencia política, los académicos más veteranos del departamento - incluyendo al propio Merriam, y a sus colegas Quincy Wright, en relaciones internacionales, y L. D White, en administración pública- también estaban implicados manera importante en la creación de

la reputación de la Escuela de Chicago. Merriam (1931 Ib) patrocinó y publicó una serie de libros sobre educación cívica en Estados Unidos y Europa, un precedente de los estudios contemporáneos de socialización y cultura políticas. Durante los mismos años, Quincy (1942) llevó adelante su importante estudio sobre las causas de la guerra, que implicaba la comprobación de hipótesis sociológicas y psicológicas mediante métodos cuantitativos. Leonard White siguió con el problema de lord Bryce de por qué en América «los mejores hombres no entran en Política». Su libro *The Prestige Value of Public Employment*, basado en una investigación mediante encuesta, apareció en 1929.

2. La Segunda Guerra Mundial y la revolución conductista de posguerra

La Escuela de Chicago continuó su alta productividad hasta los últimos años treinta, cuando la administración de la Universidad dirigida por Hutchins atacó el valor de la investigación empírica en las ciencias sociales. Varios de los catedráticos al frente del Departamento de Filosofía, incluyendo a George Herbert Mead y varios más de sus destacados «pragmatistas», dimitieron y se marcharon a otras universidades. En Ciencia política, Lasswell y Gosnell dimitieron, y la jubilación de Merriam dejó la productividad del Departamento de Ciencia Política de Chicago prácticamente estancada. No obstante, la Escuela de Chicago había llegado a toda una masa que aseguró su futuro a lo ancho de todo el país. Herman Pritchett siguió su innovador trabajo en derecho público en la Universidad de Chicago; Lasswell continuó su trabajo en Yale, sirviendo de inspiración a Dahl, Lindblom y Lane en la transformación que llevaron a cabo del departamento de Yale. V. O. Key Jr. formó en Harvard varias generaciones de estudiantes con interés por la investigación empírica y cuantitativa sobre partidos políticos, elecciones y opinión pública. David Truman y Avery Leiserson dieron un fondo teórico al estudio de los grupos de interés. William T. R. Fox, Klaus Knorr y Bernard Brodie y este autor y sus estudiantes llevamos las relaciones internacionales y la política comparada de la Universidad de Chicago a Yale, Princeton, Columbia, Stanford, el MIT y la Rand Corporation.

La Segunda Guerra Mundial se convirtió en un laboratorio y en una importante experiencia formadora para muchos de los académicos que diseminaron la «revolución conductista». Los problemas de cómo asegurar una alta tasa de producción agrícola e industrial con una fuerza de trabajo reducida, cómo reclutar y entrenar soldados de infantería, marina y aire, y, después, cómo licenciarlos y devolverlos a la vida civil, cómo vender bonos de guerra, cómo controlar el consumo y la inflación, cómo controlar la moral interna y las actitudes de los aliados y de los enemigos, crearon una demanda de profesionales de la ciencia social en todas las ramas de los servicios Militares y civiles. El esfuerzo de la guerra creó grandes recursos de conocimiento experto en la ciencia social que, al acabar el conflicto, volvieron a nutrir las crecientes instituciones académicas de las décadas de posguerra.

En su trabajo para el Departamento de Justicia, Lasswell desarrolló un sistemático análisis cuantitativo de contenido para controlar el lenguaje de la prensa extranjera y estudiar la propaganda extranjera y aliada en Estados Unidos. Participó también junto con científicos sociales como Hans Speier, Goodwin. Watson, Nathan Leites y Edward Shils en el trabajo de una división de análisis del Servicio de Inteligencia de Predicción Extranjera de la Comisión Federal de Comunicaciones, que, entre otras cosas, analizó el contenido de las comunicaciones nazis para obtener información sobre las condiciones internas políticas y morales en Alemania y en la Europa ocupada. Las técnicas de investigación mediante encuestas, otras clases de métodos de entrevistas, técnicas estadísticas, especialmente la teoría de muestreo, se desarrollaron para lidiar con los problemas relacionados con la guerra de los distintos servicios Militares, los Departamentos de Agricultura, Tesoro y Justicia, y agencias tales como la Oficina de Administración de Precios y la Oficina de Información de Guerra. Se tuvo similarmente en cuenta a la antropología -que entonces estaba en su fase psiquiátrica-psicoanalítica- en el esfuerzo de guerra. Se buscaron las causas del fascismo, las razones de la

quiebra política francesa, de las vulnerabilidades culturales de Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos, en la estructura familiar, la socialización de la infancia y los modelos culturales. La Oficina de Información de Guerra y el Departamento de Guerra aprovecharon el conocimiento experto en antropología y psicología de Ruth Benedict, Margaret Mead, Cora Dubois, Clyde Kluckhohn, Ernest Hilgard, Geoffrey Gorer y otros. Los psicólogos sociales y los sociólogos especializados en la investigación mediante encuestas y en la psicología social experimental -incluyendo a Rensis Likert, Angus Campbell, Paul Lazarsfeld, Herbert Hyman, Samuel Stouffer y Carl Hovland- fueron empleados por el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea para tratar con los problemas de personal, por el Departamento de Agricultura en su esfuerzo por aumentar la producción alimentaria, por el Tesoro en su esfuerzo para comercializar los bonos, y por los distintos servicios de inteligencia, la OSS incluida. La generación más joven de politólogos que trabajaba en estas agencias durante los años de la guerra experimentó algo así como un internado posdoctoral bajo la dirección de destacados académicos en las diversas disciplinas de la ciencia social. El rápido crecimiento de la empresa académica en el mundo de la posguerra y la Guerra Fría aprovechó estas experiencias interdisciplinarias de la época de guerra. El currículo de la ciencia política y del personal de sus departamentos se expandió rápidamente como respuesta a esta concepción ampliada de la disciplina y de la difusión de la educación superior. En la mayor parte de los nuevos institutos de investigación de Yale, Princeton, Columbia, MIT, Harvard, se fomentó el estudio de las relaciones internacionales, estimulado por el importante papel americano en el mundo de la posguerra y la Guerra Fría, y de ahí pasó a las universidades del Medio Oeste y del Oeste en las décadas de los cincuenta y los sesenta. A las viejas subespecialidades del derecho, organización e historia diplomática internacional, se le añadieron nuevas subespecialidades, como los estudios de seguridad, la economía política internacional, los estudios de opinión pública y cultura política, entre el personal de estos institutos de investigación y departamentos de ciencia política. Las nuevas naciones en vías de desarrollo de Asia, África, Oriente Medio y Latinoamérica, vistas ahora bajo la amenaza de una Unión Soviética agresiva, exigían especialistas de área y en procesos y problemas de desarrollo económico y político. Los departamentos de ciencia política se expandieron rápidamente para encontrar acomodo a estas nuevas especialidades de área y a los programas de relaciones internacionales.

Los especialistas de la investigación mediante encuestas de la Segunda Guerra Mundial se encontraron con una gran demanda. Las empresas querían saber cómo podían comercializar mejor sus productos; y los políticos querían conocer las susceptibilidades y las intenciones de sus electorados. De los modestos comienzos de los años treinta y cuarenta, el campo de la investigación de encuestas y de mercado estalló en las décadas de posguerra (Converse, 1987). Hubo elementos tanto académicos como de mercado en ese estallido. Las principales instituciones académicas que se implicaron en este desarrollo fueron: la Universidad de Michigan, con su Instituto de Investigación Social y su Centro de Investigación de Encuestas fundados por los psicólogos Rensis Likert, Angus Campbell y Dorwin Cartwright; la Oficina de Investigación Social Aplicada de Columbia, fundada por los sociólogos Paul Lazarsfeld y Robert Merton; y el Centro de Investigación de la Opinión Nacional de la Universidad de Chicago, encabezado en sus primeros años por el sociólogo Clyde Han. Estas tres organizaciones produjeron en las décadas de posguerra una literatura y un profesorado que contribuyeron sustancialmente a la «revolución conductista».

Entre estos tres centros universitarios, la Universidad de Michigan se convirtió en el más importante en el reclutamiento y la formación de politólogos. Su Instituto de Investigación Social estableció ya en 1947 un Instituto de Formación de Verano en el uso de métodos de encuestas, abierto a jóvenes politólogos y científicos sociales en general. A lo largo de los años, este programa ha formado a cientos de politólogos americanos y extranjeros en las técnicas de investigación electoral y de encuesta. En 1961 estableció un Consorcio Interuniversitario para la Investigación Social y Política (ICPSR), sostenido por las universidades que lo suscribieron, y que mantiene un archivo rápidamente creciente de encuestas y otros datos cuantitativos. Este archivo ha servido como base de datos para

un gran número de tesis doctorales, artículos en revistas eruditas y libros importantes que iluminan distintos aspectos del proceso democrático. Ha administrado su propio programa de formación de verano en métodos cuantitativos.

En 1977, el Centro de Investigación de Encuestas de Estudios Electorales se convirtió en el Centro de Estudios de Elecciones Nacionales Americanas, sostenido por una importante subvención de la Fundación Nacional de la Ciencia y al frente del cual se encuentra un consejo nacional independiente de supervisores que provienen de universidades americanas. Esta organización -radicada en el Centro de Estudios Políticos del Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan, dirigido por Warren Miller, y con su Consejo de Supervisores presidido por Heinz Eulau de la Universidad de Stanford- ha dirigido con regularidad estudios de las elecciones nacionales, con la participación de toda la comunidad nacional de ciencia política y social, y sus hallazgos están disponibles para toda la comunidad académica (Miller, 1994; e infra, cap. 11).

Si podemos decir que la escuela de ciencia política de la Universidad de Chicago fue la iniciadora de la revolución científica en el estudio de la política en las décadas de entreguerras, con total seguridad el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan merece un importante crédito por la difusión de esa cultura científica durante las décadas de la posguerra, en la mayor parte de los centros académicos importantes en Estados Unidos y el extranjero. Varios cientos de jóvenes académicos se han formado en los métodos estadísticos y de encuesta en sus Institutos de Formación de Verano; se han escrito muchísimos artículos y docenas de libros utilizando el material de su archivo; los estudios electorales de Michigan han servido de modelo para la investigación electoral sofisticada en el resto del mundo.

La difusión y el perfeccionamiento de la teoría política empírica implicaban algo más que la teoría y la técnica de la investigación electoral. Campos como las relaciones internacionales o la política comparada crecieron de forma tan rápida como el campo de la política americana, y su nueva etapa de crecimiento implicó su acercamiento a la cuantificación y a los enfoques interdisciplinarios. Los centros universitarios más importantes de formación de tercer ciclo durante las décadas de posguerra -Yale, la Universidad de California en Berkeley, Harvard, las Universidades de Michigan, Wisconsin, Minnesota, Stanford, Princeton, MIT y otras- produjeron cientos de doctores en ciencia política para dotar de personal al creciente número de departamentos de ciencia política en los colleges y las universidades americanas y en muchos de países extranjeros. La mayoría de estos centros de formación de posgrado proporcionaron instrucción en métodos cuantitativos en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial (Sommit y Tanenhaus, 1967; Crick, 1959; Eulau, 1976).

Bajo el liderazgo de Pendleton Herring, desde los años cuarenta hasta los sesenta, el Consejo de Investigación de la Ciencia Social facilitó y enriqueció estos desarrollos a través de sus becas pre y posdoctorales y de sus programas de apoyo a la investigación. Dos de sus comités de investigación en ciencia política -el Comité de Comportamiento Político y el Comité de Política Comparada- tuvieron un papel destacado al difundir estas ideas y estas prácticas. El Comité de Comportamiento Político proporcionó dirección y apoyo a los estudios legislativos y electorales americanos. El Comité de Política Comparada destacó en el desarrollo y la sofisticación de los estudios de área y comparativos¹⁴. Aunque la mayoría de los que participaron en estos programas eran científicos sociales y politólogos americanos, en torno a una quinta parte de los participantes en los Congresos del Comité de Política Comparada durante los años 1954-1972 eran académicos extranjeros. Algunos de ellos -Stein Rokkan, Hans Daalder, Samuel Finer, Richard Rose, Giovanni Sartori, entre otros- fueron los líderes en Europa y en sus respectivos países de movimientos para expandir y mejorar la calidad del trabajo en la ciencia política y social. La disciplina de la ciencia política se fue convirtiendo durante estos años en una «profesión» moderna. Los departamentos de Ciencia Política, Gobierno o Política comenzaron a existir hacia el final del siglo XIX, cuando empezaron a formarse gracias a una

alianza de historiadores, juristas y filósofos. En las primeras décadas del siglo xx, eran departamentos aislados en muchas universidades americanas. La Asociación Americana de Ciencia Política (APSA) se formó en 1903 con poco más de 200 miembros. Alcanzaba los 3.000 miembros al final de la Segunda Guerra Mundial, excedía de los 10.000 a mediados de los sesenta, y ahora agrupa a más de 13.000 miembros. La mayoría son profesores en instituciones de educación superior, organizados en un gran número de subespecialidades. Gran parte de los docentes e investigadores en ciencia política han obtenido el grado de doctor en alguno de los principales centros de formación de posgrado. Normalmente, lo que se exige para ese título incluye la superación de exámenes sobre la materia y metodológicos y la realización de un proyecto de investigación importante. La reputación académica basa en la publicación de libros y artículos que superan el examen de otros miembros de la profesión. El ascenso en el rango académico exige generalmente la revisión por parte de evaluadores externos que son especialistas en el campo en que trabaja el candidato. Hay docenas de revistas de ciencia política que están especializadas por áreas y reguladas por procesos de evaluación de los artículos propuestos a cargo de miembros de la profesión.

El medio siglo transcurrido desde el final de la Segunda Guerra Mundial en la formación y la investigación en ciencia política ha generado una importante profesión académica, con muchas subespecialidades y ha hecho grandes contribuciones sustantivas a nuestro conocimiento y comprensión de i política en todas sus manifestaciones. La investigación de los estudios de área en la Europa occidental y oriental, el este, el sudeste y el sur de Asia, el Oriente Medio, África y Latinoamérica, llevada a cabo por, literalmente, miles de académicos formados, organizados en centros de «estudios de área» en muchas universidades y *colleges*, con sus propias organizaciones y revistas profesionales, ha producido bibliotecas enteras de monografías informadas y a menudo sofisticadas.

Una visión rápida y selectiva de los programas sustantivos de investigación puede ayudarnos a apreciar este crecimiento del conocimiento político. Ya hemos descrito la difusión y la sofisticación de la investigación electoral. El éxito de sus predicciones es comparable al de la meteorología o la sismología. Hemos hecho grandes progresos en nuestra comprensión de la cultura política, acerca de sus efectos sobre las instituciones políticas y su funcionamiento, así como de las subculturas de las élites importantes y de otros grupos sociales. Los ejemplos de la investigación mediante encuesta incluyen el trabajo de Gabriel Almond, Sidney Verba, Alex Inkeles, Ronald Inglehart, Samuel Barnes y Robert Putnam¹⁵. Ejemplos de estudios más analítico-descriptivos de la cultura política en la obra de Lucian Pye (1962, 1985, 1988; Pye y Verba, 1965). Nuestra comprensión de la participación política ha alcanzado un alto nivel a través de una serie de estudios llevados a cabo en las últimas décadas por Verba y sus asociados¹⁶.

En las primeras décadas del período de posguerra, Talcott Parsons y otros desarrollaron marcos «sistémicos» para la comparación de distintos tipos de sociedades e instituciones, apoyándose en el trabajo de teóricos sociológicos europeos como Weber y Durkheim¹⁷. Sirviéndose de éstas y de otras fuentes, David Easton fue pionero en introducir el concepto de «sistema» en la ciencia política (Easton, 1953, 1965, 1990; Almond y Coleman, 1960; Almond y Powell, 1966). Con los métodos estadísticos agregados, hemos mejorado enormemente nuestra comprensión de los procesos de modernización y democratización¹⁸ y del funcionamiento gubernamental.¹⁹ Se ha alcanzado un significativo progreso en nuestra comprensión de los grupos de interés y de los fenómenos «corporatistas»²⁰, y en nuestra apreciación de la importancia clave de los partidos políticos en el proceso democrático²¹.

Se han explorado y codificado teorías de la representación y del comportamiento y el proceso legislativo en los estudios de Eulau, Wahlke, Pitkin y Prewitt²². A partir del estudio de organizaciones gubernamentales, Herbert Simón, James March y otros, han creado un nuevo campo interdisciplinar de teoría de la organización que es aplicable a todas las organizaciones de gran escala, incluidas las corporaciones de negocios²³. La investigación sobre políticas públicas, pionera al mismo tiempo en Europa y Estados Unidos, ha despegado en décadas recientes y promete el desarrollo de una nueva economía política²⁴.

La teoría de la democracia ha avanzado significativamente gracias a la obra de Robert Dahl, Arend Lijphart y Giovanni Sartori²⁵. La de la democratización ha sido desarrollada por Juan Linz, Larry Diamond, Phillipe Schmitter, Guillermo O'Donnell, Samuel Huntington y otros²⁶. La dedicación de toda su vida por parte de Robert Dahl al estudio de la democracia es un ejemplo de cómo la teoría política empírica y la normativa pueden enriquecerse mutuamente (Dahl, 1989).

Aunque hemos subrayado el crecimiento y la difusión de la ciencia política empírica, explicativa y cuantitativa, también ha habido «progreso» en las ramas más antiguas de la disciplina. Las proposiciones y las especulaciones de los historiadores políticos, los filósofos políticos y los académicos juristas se han basado cada vez más en la mejora de la metodología académica (rigurosa acumulación de información y refinamiento en la lógica del análisis y de la inferencia). La historia política comparada ha hecho importantes contribuciones a la teoría del Estado, las instituciones políticas y las políticas públicas (Moore, 1966; Skocpol, 1979, 1984). Harry Eckstein y Alexander George han refinado la metodología de los estudios de casos, aumentando el rigor de los estudios históricos en política comparada y en política exterior.²⁷ Se ha mejorado y refinado la metodología de la comparación gracias a la obra de Almond y sus colaboradores, Adam Przeworski y James Tenue, Arend Lijphart, Neil Smelser, Matlei Dogan, David Collier y Gary King, Roben Keohane y Sidney Verba. ²⁸

Con la obra de Rawls, Nozick, Barry, Walzer, Fishkin, etc. la filosofía política normativa ha conocido un progreso sustancial al que no han sido ajenos totalmente los estudios empíricos.²⁹ En la reciente edición de *Political Science: The State of the Discipline II* (1993), William Galston señala que la filosofía y la teoría políticas están moviéndose en la dirección de una mayor confianza en la evidencia empírica, la mayor parte de la cual proviene de la investigación en ciencia política y en las demás disciplinas de la ciencia social. Galston urge a los teóricos políticos a emprender la tarea de codificar los hallazgos de la investigación empírica en lo que tengan que ver con la filosofía política, como han hecho Roben Dahl (1956), Dennis Thompson (1970) y James Q. Wilson (1993).

La evaluación de Martin Shapiro (1993) sobre el estudio contemporáneo de los tribunales y el derecho público urge igualmente una mayor integración de los estudios legales y la ciencia política procesal e institucional. La ciencia política sin análisis jurídico pierde seriamente poder explicativo; y el análisis jurídico sin el contexto político procesal e institucional es formalista y estéril. La obra de Shapiro y la del grupo cada vez más numeroso de estudiosos de los tribunales y el derecho público demuestra la validez de esta proposición (véase Drewry: cap. 6).

Así, nuestra aproximación a la historia de la ciencia política incluye el progreso alcanzado en las subdisciplinas más tradicionales, medido con los mismos criterios. Cuando el estudio de la política se ha visto afectado por la revolución científica del último siglo, la respuesta de la disciplina de la ciencia política ha sido plural y ambivalente. Algunas partes de la disciplina respondieron antes a tales desafíos; y algunas otras veían la cara de la ciencia carente de toda compasión y empatía y como una amenaza para un conocimiento humano. No debería pasarse por alto el temor a quedarse obsoleto generado por la introducción de la estadística, las matemáticas y el virtuosismo diagramático. Pero las generaciones más jóvenes entre los cultivadores de la historia, la filosofía y el derecho políticos han superado esas ansiedades, han descubierto los puntos vulnerables y los defectos del enfoque conductista, han desarrollado su propio arsenal de mistificaciones, y han demostrado ser tan competentes en las fintas como sus hermanos conductistas.

3. La ciencia política en Europa

Aunque la ciencia política tuvo sus orígenes y su primer desarrollo en el mundo mediterráneo de la Antigüedad y en la Europa del Medioevo católico, el Renacimiento, la Reforma, la Ilustración y el siglo XIX³⁰, se trató de un asunto de intelectualidad individual (aunque fuera en marcos institucionales

como las academias griegas o las universidades europeas del Medievo y después). Muchos de los primeros filósofos y teóricos políticos funcionaban como académicos a tiempo parcial dentro de la Iglesia -en su burocracia o sus órdenes-, eran mantenidos por patronos reales o aristocráticos, o eran ellos mismos aristócratas o gente adinerada. En el siglo XIX, con el crecimiento de las universidades europeas, los estudios sobre el Estado, la administración, la política y las políticas públicas se llevaban a cabo cada vez más en las universidades. Hasta hace poco, la unidad típica de las universidades europeas consistía en una cátedra profesoral ocupada por un académico individual, al que rodeaba un grupo de docentes de menor rango y ayudantes. En las décadas de posguerra algunas de estas cátedras universitarias fueron ampliadas hasta formar departamentos con un número de profesores con distintas especialidades de docencia e investigación.

Un reciente número del *European Journal of Political Research* (Valles y Newton, 1991) está dedicado a la historia de posguerra de la ciencia política en Europa occidental. El artículo introductorio de los editores argumenta que el progreso de la ciencia política en Europa ha estado asociado a la democratización -por razones obvias- y a la emergencia del Estado de bienestar, porque un Estado intervencionista, abierto y penetrador requiere grandes cantidades de información sobre los procesos y el funcionamiento políticos. Aunque reconocen que el impacto de la ciencia política americana sobre la europea ha sido muy sustancial, señalan el hecho de que ya había una tradición de estudios electorales «conductistas» en Europa antes de la Segunda Guerra Mundial (Siegfried 1930), con Duverger (1951, 1976) en Francia y Tingsten (1937, 1963) en Suecia. Las grandes figuras del XIX y comienzos del XX en las ciencias sociales que inspiraron los desarrollos creativos en América eran europeos, como ya hemos sugerido. Richard Rose (1990) señala que, aunque los grandes desarrollos de la moderna ciencia política tuvieron lugar en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, los fundadores de la ciencia política americana -los Woodrow Wilson, los Frank Goodnow, los Charles Merriam- obtuvieron sus licenciaturas o hicieron estudios de doctorado en universidades europeas, principalmente en las alemanas. El aprendizaje, la cultura y la destreza profesional estaban concentrados en el viejo mundo, que quedó mermado cuando se desplazaron al oeste. En el período anterior a la Primera Guerra Mundial, los académicos americanos aún se veían a sí mismos como provincianos. En los años de entreguerras, y en un centro tan innovador como la Universidad de Chicago, Merriam urgía aún a sus estudiantes más prometedores a que pasasen un año de posgrado en Europa y les proporcionaba ayuda financiera para ello.

Las conquistas del nazismo y el fascismo y la devastación de la Segunda Guerra Mundial interrumpieron la vida universitaria en la Europa continental durante casi una década. Buena parte de la ciencia social alemana se trasplantaría efectivamente a Estados Unidos, donde contribuyó al esfuerzo de guerra americano y enriqueció la investigación y la docencia americana en sociología, psicología y ciencia política. Había todo un claustro de «exiliados» en la Nueva Escuela de Ciencia Social de Nueva York; y apenas había alguna universidad importante sin uno o más catedráticos «exiliados» en sus profesorado de ciencia social. Académicos como Paul Lazarsfeld, Kurt Lewin, Wolfgang Kohler, Hans Speier, Karl Deutsch, Hans Morgenthau, Leo Lowenthal, Leo Strauss, Franz Neumann, Henry Ehrmann, Otto Kirchheimer, Herbert Marcuse, hicieron importantes contribuciones a la revolución conductista en Estados Unidos, así como a las distintas tendencias que la atacaron. Por consiguiente, la ciencia política que se importó en Europa tras la Segunda Guerra Mundial era en parte el producto de una raíz de ciencia política que originariamente provenía de Europa.

En las primeras décadas tras la Segunda Guerra Mundial, cuando se renovaba la planta física de Europa y se volvían a levantar sus instituciones y a dotarlas de personal, lo novedoso en las ciencias sociales era mayoritariamente de origen americano. La ruptura con el legalismo y con el enfoque histórico en el estudio de las instituciones de gobierno, los partidos políticos y las elecciones, los grupos de interés, la opinión y la comunicación política se había llevado a cabo en las universidades y los centros de investigación americanos. Junto al Plan Marshall para la destrozada economía europea, los académicos americanos se convirtieron, con el respaldo de algunas fundaciones

filantrópicas americanas, en misioneros que renovaron la academia europea y difundieron los enfoques empírico-, y cuantitativos americanos. Jóvenes académicos europeos, ayudados por becas de la fundación Rockefeller o de otras fundaciones, vinieron por docenas a las universidades americanas. Algunos programas de investigación radicados en América -el Comité SSRC de política comparada, los estudios electoral de la Universidad de Michigan, los estudios de Inglehart sobre valores políticos- buscaron colaboradores europeos, los formaron y, con frecuencia, los financiaron,

Esta dependencia desequilibrada sólo duraría un corto período de tiempo. La academia y las tradiciones en ciencias sociales tenían raíces demasiado profundas en las culturas nacionales europeas como para quedar completamente destruidas en el período nazi. Hacia los años sesenta, las viejas universidades se habían reconstruido y se habían fundado muchas nuevas. Las voces europeas estaban contribuyendo cada vez más a la producción más importante de la investigación en ciencias sociales. El Comité de Sociología Política de la Asociación Internacional de Sociología (ISA), aunque combinase los esfuerzos americanos con los europeos, era predominantemente europeo en cuanto a participación. Su impacto en Europa fue tan grande como el que antes había tenido el Comité Americano de Política comparada. Los estudios comparativos europeos, como el proyecto de las pequeñas democracias europeas llevado a cabo por Dahl, Lorwin, Daalder y Rokkan, contribuyeron al desarrollo del profesionalismo en la ciencia política europea. El Centro de Investigación de Encuestas de la Universidad de Michigan comenzó su activo papel en el desarrollo de la investigación electoral sofisticada en Europa con un estudio sobre Inglaterra a comienzos de los sesenta, al que seguirían otros países europeos. Cada estudio electoral nacional dejaba un cuadro de profesionales formados que seguirían el futuro trabajo de la investigación electoral.

En 1970 se fundó un Consorcio Europeo para la Investigación Política (ECPR) con fondos de la Fundación Ford (Rose, 1990), que tenía una agenda similar a la de los comités de ciencia política del Comité americano de Investigación en Ciencias Sociales (SSRC). Suministraba fondos para el establecimiento de un programa de formación en metodología de las ciencias sociales a través de una escuela de verano (situada en la Universidad de Essex), de seminarios de trabajo sobre temas de investigación determinados celebrados en distintos centros nacionales, de proyectos de investigación conjuntos. Entre las actividades que ha promovido se encuentran un Archivo de Datos y una revista profesional, *The European Journal of Political Research*. La afiliación al ECPR se hace a través de un departamento o institución. En 1989, el ECPR contaba con 140 departamentos afiliados. En 1985, el Directorio de Politólogos Europeos no llegaba a los 2.500 miembros. La fuerza de la ciencia política en los distintos países europeos queda reflejada por el número de departamentos nacionales afiliados al ECPR. De los 140 miembros de 1989, 40 eran del Reino Unido, 21 de Alemania, 13 de Holanda, 11 de Italia y 5 de Francia (Rose, 1990, p. 593). La influencia de la ciencia política americana en la ciencia política europea e internacional se refleja hasta cierto punto por el número de afiliados extranjeros a la Asociación Americana de Ciencia Política (APSA), suscriptores, por tanto, del *American Political Science Review*: Reino Unido, Alemania y Japón tienen bastantes más de cien miembros cada uno; Israel, Corea del Sur y Holanda tienen unos cincuenta miembros cada uno; Noruega, Suecia y Taiwán tienen unos treinta miembros; Francia tiene 27 (APSA. 1994, pp. 327 ss.).

En los años noventa, organizada en la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA), en varias organizaciones nacionales y de extensión geográfica más reducida, así como en distintas especializaciones funcionales, estaban globalmente bien establecidas tanto la profesión de la ciencia política como una concepción común sobre la academia.

IV. Perspectivas opuestas de la historia disciplinar

Se puede dividir en cuatro grupos a los que no estarían de acuerdo con esta visión ecléctica y de progreso sobre la historia de la ciencia política. Están quienes rechazan la noción de una ciencia política en progreso, ya sea desde una perspectiva anticientífica (los straussianos) o desde una perspectiva pos-científica deconstructiva. Y están los que rechazan el eclecticismo de nuestra posición. Dentro de éstos están los marxistas y neomarxistas, que sostienen que las leyes fundamentales de la sociedad humana han sido descubiertas por Marx y sus asociados y que estas leyes muestran que los procesos históricos, económicos, sociales y políticos, así como las acciones humanas que tienen efectos sobre estos procesos, constituyen una unidad inescindible, por lo que los marxistas rechazarían tanto la visión de progreso como el eclecticismo de nuestra aproximación. El segundo grupo que rechaza el eclecticismo metodológico de nuestro enfoque son los maximalistas dentro de los politólogos de la «elección racional», cuya visión de la historia disciplinar culmina en una etapa parsimoniosa reductiva y matemático-formal.

a) Anticiencia

La versión straussiana de la historia de la ciencia política se remonta a las polémicas intelectuales alemanas de finales del xix y comienzos del xx. Como el joven doctor alemán que era en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial, Leo Strauss compartía la admiración general hacia Max Weber por «su intransigente devoción hacia la honestidad intelectual [...], su devoción apasionada hacia la idea de la ciencia» (Strauss, 1989. p. 27). En su camino hacia el norte desde Friburgo, donde había asistido a las clases de Heidegger en 1922, Strauss dice de sí mismo que experimentó una desilusión damasquina con Weber y una conversión al existencialismo heideggeriano. La manera en la que Strauss enfrentó el pesimismo de la visión heideggeriana de la naturaleza del «ser» fue mediante una filosofía política afirmativa, que buscara la forma justa de gobierno y de sociedad a través de la recuperación de los grandes ejemplos del canon de la filosofía política, a través del diálogo y la deliberación, y a través de la educación de una élite cívica.

De acuerdo con Strauss, Weber era la figura intelectual problemática que legitimaba la ciencia social positivista moderna, su separación de hechos y valores, su «neutralidad ética», su esfuerzo por estar «libre de valores». Strauss atribuye a Max Weber la creencia de que todos los conflictos de valores son irresolubles. «La creencia de que los juicios de valor no están sujetos, en última instancia, al control racional, alienta la inclinación a hacer afirmaciones irresponsables con respecto al bien y al mal, a lo correcto y a lo incorrecto. Se evita la discusión seria de los asuntos serios por el simple mecanismo de hacerlos pasar como problemas de valor». Esta búsqueda de la objetividad produce una:

(...) emancipación de los juicios morales [...], una obtusidad moral [...]. El hábito de mirar los fenómenos sociales o humanos sin hacer juicios de valor tiene una influencia corrosiva sobre cualquier clase de preferencias. Cuanto más serios seamos como científicos sociales, más plenamente desarrollamos en nosotros mismos un estado de indiferencia hacia cualquier meta, o de displicencia y deriva, un estado que puede denominarse nihilismo.

Un poco después matizaría esta afirmación, «El positivismo de la ciencia social fomenta no tanto el nihilismo, como el conformismo y el "filisteísmo"» (Strauss, 1959, pp. 21 ss.).

Strauss y sus seguidores han extendido este ataque a Weber a las ciencias sociales contemporáneas, y en particular a las tendencias «conductistas» de la ciencia política, a las que se dice que fueron inspiradas por Weber. A diferencia de esta ciencia social «positivista», weberiana, Strauss presenta un modelo de «ciencia social humanista», en la que el académico está comprometido íntima y apasionadamente en un diálogo con los grandes filósofos políticos sobre el significado de las ideas y

los ideales centrales de la política: la justicia, la libertad, la obligación y demás. La historia de la ciencia política que los straussianos ofrecen en lugar de la aquí presentada, caracteriza a la ciencia política «conductista» contemporánea como de un producto de una herejía que tomó forma palpable en el siglo XIX y fue definitivamente formulada en la obra de Max Weber de principios de este siglo³¹.

La caracterización que hacen de Weber como el arqueólogo positivista y el separador de hechos y valores, y de la ciencia política «conductista» como seguidora de este erróneo curso de la «neutralidad ética», está equivocada tanto con respecto a Max Weber como con respecto a la mayor parte de los practicantes contemporáneos de la así llamada ciencia política conductista. Los puntos de vista de Weber sobre la relación entre «hechos y valores» son mucho más complejos e implican una preocupación mucho más profunda por los asuntos de valores, que la caricatura que aparece en los escritos de Strauss y sus discípulos. Llamamos la atención sobre dos contextos en los que Weber trata estas cuestiones: su conferencia «La política como vocación» (1949) y su ensayo sobre «La objetividad en la ciencia social» (1958). En la conferencia «La política como vocación», se refiere a dos tipos de acción política éticamente orientada: la ética de los fines absolutos y la ética de la responsabilidad (*Gesinnungsethik und Verantwortungsethik*). Poco más podría contribuir la ciencia a la ética de los fines absolutos que examinando la adecuación de los medios a los fines. Puesto que el fin elegido es sagrado o absoluto, no puede haber un análisis del coste de oportunidad de las consecuencias de perseguir ese fin en lugar de otros. Pero si se adopta un punto de vista racionalmente responsable del efecto de los medios sobre los fines, el análisis científico hace posible un análisis del «coste de oportunidad» de la acción política, es decir, como una elección determinada de política o acción puede, por un lado, transformar el fin que se persigue y, por otro, imposibilitar la elección de otras opciones. «De esta forma podemos», dice Weber (1949, p. 152), «estimar las oportunidades que tenemos de lograr cierto fin mediante ciertos medios disponibles (...), podemos criticar la elección de ese mismo fin como sensato en la práctica [...] o como un sin sentido a la vista de las condiciones existentes». Al elaborar su argumento sobre las formas en las que los medios pueden tener efectos «no intencionados» sobre los fines, Weber (1958, p. 152) dice:

(...) podemos responder la pregunta: qué «costará» el logro del fin deseado en términos de una pérdida predecible de otros valores. Puesto que en la gran mayoría de los casos, cada meta por la que nos esforzamos «cuesta» [...] algo en este sentido, el peso de la meta en términos de consecuencias no intencionadas no puede omitirse de la deliberación de personas que obran con un sentido de la responsabilidad [...]. [La ciencia puede hacer que uno] se dé cuenta de que toda acción, y naturalmente toda inacción, implica entre sus consecuencias la adhesión de ciertos valores y (...), lo que con tanta frecuencia se pasa por alto, el rechazo de otros.

Pero junto a este análisis doble de medios-fines, Weber (ibídem) señala que la ciencia nos puede capacitar para clarificar nuestras metas y comprender su significado. «Lo logramos al hacer explícitas y al desarrollar de manera lógicamente consistente las "ideas" que [...] subyacen en el fin de que se trate. Es evidente por sí mismo que una de las tareas de cualquier ciencia de la vida cultural es llegar a una comprensión racional de estas "ideas" por las que los hombres [...] luchan».

«Pero», continúa Weber, «el tratamiento científico de los juicios de valor puede no sólo comprender y analizar con empatía los fines deseados y los ideales que les subyacen; también puede juzgarlos críticamente» de acuerdo con su consistencia interna. «La elevación de estos modelos últimos (...) al nivel de la explicitación es lo máximo que puede hacer el tratamiento científico de los juicios de valor sin entrar en el campo de la especulación (...). Una ciencia empírica no puede decirle a nadie lo que debería hacer sino, más bien, lo que puede hacer y -bajo ciertas circunstancias- lo que desea hacer (Ibidem).

La realidad de la formulación weberiana del problema de los hechos y los valores está tan alejada de la caricatura straussiana, como la representación que hacen del estado de la ciencia política empírica contemporánea. Por consiguiente, rechazamos la visión de la historia de la disciplina que subyace en la perspectiva straussiana. Por otro lado, incluiríamos buena parte de la obra sustantiva de estos teóricos políticos -y del propio Strauss- en la obra que recogemos en la aproximación ecléctica y progresiva que ofrecemos aquí, en tanto que ha aumentado el conjunto de las inferencias deducidas lógicamente sobre la política a partir de cúmulos fiables de evidencia.

b) Posciencia, posconductismo

Entre los politólogos contemporáneos, se da la opinión prevaleciente, quizá predominante, de que la historia de la disciplina se encuentra ahora en su fase «pospositivista, poscientífica, posconductista». Saxonhouse (1993, p. 9) habla de:

[...] el fallecimiento del positivismo y de las exigencias de verificación como la única instancia filosófica de las ciencias humanas, con el rejuvenecimiento del discurso normativo en una sociedad preocupada por los peligros de una ciencia desatada (...). Los politólogos en general y los teóricos políticos en particular ya no desean adoptar acriticamente la distinción de hecho y valor que controló las ciencias sociales durante generaciones.

Sobre este tema insiste una pequeña subdisciplina de la ciencia política que se especializa en la «historia de la ciencia política». David Ricci, en un libro de 1984 llamado *The Tragedy of Political Science*, sostiene que la ingenua creencia en una «ciencia» política que había aparecido en la ciencia política americana de los años veinte a los sesenta, quedó completamente desacreditada en los desórdenes de los sesenta y los setenta. Concluye que la ciencia política como ciencia empírica sin la inclusión sistemática de valores y alternativas éticas y morales, y sin un compromiso con la acción política, está condenada a la desilusión. La ciencia política tiene que tomar partido o convertirse en un campo de estudio «preciosista» e relevante. De modo incluso más duro, Raymond Seideman (1985) rechaza el profesionalismo en la ciencia política, sosteniendo que la ciencia política moderna tiene que servir de puente que una la separación entre conocimiento y acción, «si estos engaños [profesionales] pretenden transformarse en nuevas realidades democráticas».

Ha habido un intercambio sustancial de ideas sobre la «identidad» y la historia de la ciencia política en la década que separa las dos ediciones del libro de Ada Finifter, *Political Science: State of the Discipline* (1983, 1993). En la primera, John Gunnell (1983, pp. 12 ss.) presenta un dibujo de la historia de la ciencia política marcado por la revolución «científica» de mitad de siglo, entre los años veinte y los setenta, seguida de un período pos empirista que llega hasta el presente. En la segunda edición, Arlene Saxonhouse (1993) hace el comentario sobre el «fallecimiento del conductismo» citado arriba. En el intervalo entre estos dos volúmenes, ha habido un mayor intercambio de opiniones en la *American Political Science Review* entre un grupo de historiadores de la ciencia política. En un artículo que apareció en el número de diciembre de 1988, «History and Discipline in Political Science», John Dryzek y Stephen Leonard (1988, p. 1256),

(...) concluyen que no hay una instancia neutral para evaluar, aceptar o rechazar las identidades disciplinares. Más bien, los modelos sólo pueden surgir de los conflictos y los debates en el seno de y entre tradiciones de investigación. Es en el conflicto y en el debate donde cristaliza la relación entre la historia disciplinar y la identidad [...] La pluralidad va a ser la esencia de, en lugar de un obstáculo para, el progreso de la ciencia política.

La opinión que aquí se expresa es la de que habrá tantas historias disciplinares como «identidades disciplinares» hay, y que no existe una forma «neutral» de escoger entre ellas.

Bajo el título general de «Can Political Science History be Neutral?» (Dryzek et al., 1990), apareció todo un frenesí de respuestas a esta aproximación pluralista a la historia de la ciencia política. Las contribuciones de James Farr, John Gunnell y Raymond Seidelman aparecían acompañadas de una réplica de Dryzek y Leonard. Los tres primeros apoyan la visión «pluralista» de la historia disciplinar expresada por Dryzek y Leonard, aunque con algunas matizaciones. En dos colecciones, recientes de artículos que se ocupan de la historia de la ciencia política, James Farr y sus asociados (Farr y Seidelman, 1993; Dryzek, Farr y Leonard, 1995) codifican esta perspectiva pluralista.

Debemos concluir de estos intercambios que, al menos entre este grupo de autores contemporáneos sobre la historia de la ciencia política, hay un consenso «deconstruccionista, posmoderno», que sostiene que no hay un canon privilegiado de ciencia política. Mientras que cada una de las escuelas competidoras más importantes sobre la historia de la ciencia política -la así llamada perspectiva «conductista» o de «ciencia» política, las perspectivas anti y poscientíficas, y la marxista y la de elección racional- pretenden ser la única aproximación válida a la historia disciplinar, este consenso sostiene que ninguna de ellas constituye una pretensión válida. Nuestra explicación del crecimiento del conocimiento político, definido como la capacidad para deducir inferencias lógicas sensatas a partir de un creciente conjunto de evidencias fiables, al que estos «historiadores» de la ciencia política se refieren como «neopositivismo», sería sólo una entre varias explicaciones, ninguna de las cuales tendría una pretensión especial de validez.

El tratamiento que hemos hecho en este capítulo avanza y demuestra en su aproximación histórica que de hecho hay una versión «privilegiada» de nuestra historia disciplinar y que ésta es una historia de progreso, medido por el aumento del conocimiento basado en la evidencia y la inferencia. Incluiría la obra de las escuelas rivales, en la medida en que satisface estos criterios. Excluiría las pretensiones y las proposiciones que no se basan en la evidencia o que no son falsables mediante el análisis lógico y la evidencia. De hecho, el hilo privilegiado de nuestra historia disciplinar es la práctica académica rigurosa y objetiva.

c) Integrismo y maximalismo: antipluralismo

1. Teoría y praxis

Hay varias escuelas que desafiarían la aproximación a la historia de la ciencia política como el progreso de la práctica académica «objetiva», sobre la base de que la objetividad es imposible de alcanzar y, si se la busca, conduce al «cientifismo» y al mantenimiento del *statu quo*. Desde este punto de vista, hay que renunciar incluso a la búsqueda de la objetividad profesional. Hay que tomar partido político y emplear conscientemente la práctica académica al servicio de buenas metas políticas. Para las distintas escuelas neomarxistas, esto significaba enganchar la práctica académica al socialismo.

En la historia de la academia marxista hubo un momento en el que una rama de esta tradición rechazó este punto de vista dialéctico de la academia. En ideología y utopía, Kart Mannheim concluía que era posible la objetividad en la ciencia política. «La cuestión de si es posible una ciencia de la política y de si debe enseñarse, tiene que -si resumimos todo lo que hemos dicho hasta aquí- responderse afirmativamente». Mannheim atribuye a Max Weber la demostración de que es posible una práctica académica objetiva en la ciencia social (Mannheim, 1949, p. 146). Pero aunque la objetividad llega a ser posible para Mannheim, esta capacidad sólo es probable que sea desarrollada «por un estrato relativamente desclasado que no está situado demasiado firmemente en el orden social [...]. Este estrato desvinculado relativamente desclasado es, para usar la terminología de Alfred Weber, la "inteligencia socialmente desligada» (1949, p. 171). Para la academia

contemporánea de la ciencia política, el «profesionalismo» ha ocupado el lugar de la «*intelligensia desligada*» de Mannheim como garantía del deber de búsqueda de la objetividad (profesionalismo en el sentido de pertenencia a asociaciones profesionales, acreditación y revisión por otros miembros de la profesión en el reclutamiento y la práctica académica, etc.). En el momento en que Weber y Mannheim presentaban estas ideas, las asociaciones profesionales en las ciencias sociales y, en particular, en la ciencia política y la sociología se encontraban en su infancia. Y es interesante que precisamente sea esta noción de la búsqueda de la objetividad a través del profesionalismo la que continúe siendo el objetivo tanto de los neomarxistas contemporáneos como de otros críticos de «izquierda».

Esta polémica contra la «neutralidad ética» y la «búsqueda de la objetividad» ha sido llevada a cabo desde distintas perspectivas. La Escuela de Frankfurt, de la que nació la «teoría crítica» -inspirada por el teórico marxista Lukács y dirigida por Max Horkheimer, Theodor Adorno, Herbert Marcuse y en la actualidad, por Jürgen Habermas-, mantiene que la investigación política es un aspecto

[...] de una situación total capturada en el proceso de cambio social (...) Los positivistas no comprenden que el proceso de conocimiento no puede separarse de la lucha histórica entre los humanos y el mundo. La teoría y la labor teórica están entremezcladas en los procesos de la vida social. El teórico no puede mantenerse al margen, contemplando, reflexionando y describiendo pasivamente la «sociedad» o la «naturaleza» (Held, 1980, pp. 162 ss.).

Una reciente formulación de Habermas (1992, pp. 439 ss.) reafirma esta perspectiva de la unidad entre la teoría y la «praxis». La influencia de este punto de vista queda reflejada por la penetración profunda de visiones similares en los estudios de área sobre Latinoamérica, África y otras, bajo el nombre de «teoría de la dependencia», durante los años setenta y ochenta (Packenham, 1992).

¿Cómo podemos tratar a la academia marxista y neomarxistas en esta aproximación ecléctica y progresiva de la historia de la ciencia política? De hecho, esta literatura es muy considerable, alcanzando muchos cientos de volúmenes y un enorme número de artículos eruditos. Un ejemplo del muy importante lugar que parte de esta obra debe tener en la historia de la ciencia política son los importantes estudios de base empírica sobre clase y política que fueron en gran medida el producto de los académicos marxistas y neomarxistas. Sin embargo, aunque el marxismo dirigió la atención hacia el poder explicativo del desarrollo económico y de la estructura social también desvió la atención académica lejos de otras importantes variables explicativas, como las instituciones políticas, la religión, la etnia, el contexto internacional, el liderazgo individual, la contingencia y el azar. Su concepción del desarrollo económico era demasiado simplificada y primitiva. Al producir la economía moderna una fuerza de trabajo cada vez más diversificada e internacionalizada, la capacidad de los académicos marxistas para percibir y ponderar de manera adecuada las variables económicas, sociales y políticas se atenuó. De esta manera, aunque las distintas escuelas marxistas aumentaron considerablemente la cantidad y la clase de evidencia disponible para los académicos de la historia y la ciencia social, su lógica inferencia era seriamente defectuosa e inadecuada para la falsación. Eric Hobsbawm (1962, 1987, 1994) y otros historiadores marxistas (Hili, 1982; Hilton, 1990; Thompson, 1963) hacen una gran contribución sobre el siglo XIX y anteriores a la historia académica, pero tienen dificultades en sus esfuerzos para interpretar y explicar el xx (Judt, 1995).

2. Maximalismo científico: el enfoque de la elección racional

El enfoque de la elección racional -llamado de varias formas «teoría formal», «teoría positiva», «teoría de la elección pública» o «teoría de la elección colectiva»- es predominantemente una entrada lateral en la ciencia política desde la economía. Politólogos como Pendleton Herring, V. O.

Key Jr. y Elmer Schattschneider (Almond, 1991, pp. 32 ss.) habían utilizado metáforas económicas. Pero fueron los economistas -Kenneth Arrow, Anthony Downs, Duncan Black, James Buchanan y Gordon Tullock, y Mancur Olson- quienes aplicaron primero los modelos y métodos económicos al análisis de temas políticos como las elecciones, el voto en comisiones y cámaras legislativas, la teoría de los grupos de interés y demás". En la edición de 1993 de *Political Science: The State of the Discipline*, el capítulo que traía de la «teoría de la elección racional formal» dice que este enfoque promete «una ciencia acumulativa de la política». Sus coautores sostienen que «la teoría de la elección racional ha cambiado de manera fundamental la forma un la que la disciplina debería proceder al estudiar la política y al formar a los estudiantes» (Lalman et al., 1993).

Este enfoque mantiene la perspectiva de una teoría de la ciencia política acumulativa y unificada - parte de una teoría de la ciencia social formal y unificada- basada en los axiomas o las asunciones comunes que se derivan esencialmente de la ciencia económica. Estas asunciones consisten en que los seres humanos son egoístas, maximizadores, materialistas y racionales, primordialmente a corto plazo. Sus defensores sostienen que de tales premisas se pueden deducir hipótesis respecto a cualquier esfera de la actividad humana: desde decisiones sobre qué comprar y cómo pagarlo, y a quién votar, hasta decisiones sobre con quién casarse, cuántos hijos tener, como deberían negociar y formar coaliciones los partidos políticos, como deberían negociar y formar alianzas las naciones, etc. La teoría es parsimoniosa, lógicamente consistente, matemática, y prefiere los métodos experimentales a los observacionales e inductivos para comprobar las hipótesis.

Ésta es la versión ambiciosa, maximalista, del enfoque que podemos encontrar en la contribución al volumen *State of the Discipline II* que acabamos de citar (Lalman et al., 1993), en «The Emerging Discipline of Political Economy» (1990) de Peter Ordeshook, en «Political Science and Rational Choice» (1990) de William Riker, en «Toward a Unified View of Economics and the Other Social Sciences» (1990) de Mancur Olson, así como en otros autores de este género. Este enfoque mantiene que hay una discontinuidad en la historia de la ciencia política, según la cual todo lo que ocurrió antes hay que verlo como precientífico. Su visión del futuro de la disciplina consiste en un cuerpo acumulativo de teoría formal, internamente lógica y consistente, capaz de explicar la realidad política con un número relativamente pequeño de axiomas y proposiciones.

Algunos autores muy eminentes de este movimiento no comparten estas expectativas maximalistas. En la cuestión del contenido de la utilidad, algunos economistas rechazan el modelo de Hombre Económico como un maximizador egoísta, materialista y racional. Hace ya tiempo, Milton Friedman (1953) mantuvo la postura de que era indiferente si esta asunción era correcta o incorrecta en tanto que produjera predicciones válidas. En la medida en que se mostrase relevante, podría cumplir una función heurística al comprobar el provecho que podían tener distintas versiones de la utilidad. Es interesante que uno de los pioneros de la teoría política de la elección racional, Anthony Downs, se haya apartado hace ya tiempo de un Hombre Político modelado a partir del Hombre Económico; encontrándose ahora comprometido en un importante trabajo sobre valores sociales y democracia, que asume la importancia de las instituciones políticas para las decisiones políticas, y la importancia de la socialización política de las élites y los ciudadanos en el uso y el perfeccionamiento de las instituciones políticas (Downs, 1991). Habiendo perdido contacto con las instituciones debido a la estrategia reduccionista seguida por este movimiento, ahora la mayoría de sus practicantes están a la busca de las instituciones (Weingast: infra, cap. 5; Alt y Alesina: infra, cap. 28).

Robert Bates (1990), un pionero en la aplicación de la teoría de la elección racional al estudio de los países en desarrollo, está a favor ahora de una aproximación ecléctica al análisis político. «Cualquiera que trabaje sobre otras culturas sabe que las creencias y los valores de la gente importan, así como también las características distintivas de sus instituciones». Bates quiere combinar el enfoque de la economía política con el estudio de las culturas, las estructuras sociales y las instituciones. «Un atractivo importante de las teorías de la elección y la interacción humana, que está en el núcleo de la

economía política contemporánea, es que ofrece las herramientas para conectar causalmente los valores y las estructuras con sus consecuencias sociales».

Esta versión menos heroica de la teoría de la elección racional tiene bastante continuidad con la así llamada ciencia política «conductista». Y así se la contempla también en esta versión de la historia de la ciencia política. Su aproximación deductiva formal para la generación de hipótesis tiene diferentes usos, pero no es inherentemente superior al proceso de construcción de hipótesis a partir del conocimiento empírico profundo, como reclaman algunos de sus devotos. Green y Shapiro (1994, p. 10) sostienen que

[...] el formalismo no es una panacea para los males de la ciencia social. En realidad, la exposición formal ni siquiera garantiza un pensamiento claro. Las teorías formalmente rigurosas pueden ser inexactas y ambiguas si sus referentes empíricos no están bien especificados. Además, la formalización no puede ser un fin en sí misma; por muy parsimoniosa y analíticamente cerrada que sea una teoría, su valor científico depende de lo bien que explique los datos relevantes.

En una importante crítica a la literatura empírica producida por el enfoque de la elección racional, Green y Shapiro (1994, p. 10) concluyen:

(...) se ha aprendido poquísimo. Parte de la dificultad proviene de la absoluta escasez de aplicaciones empíricas: los defensores de la elección racional parecen más interesados en la elaboración de teorías, dejando para después, o para otros, el lioso asunto de la comprobación empírica. De acuerdo con nuestra interpretación, el fracaso empírico está también significativamente enraizado en la aspiración de los teóricos de la elección racional a dar lugar a teorías universales de la política. Como una consecuencia de esta aspiración, creemos, la mayor parte del trabajo empírico inspirado por la elección racional está echado a perder por defectos metodológicos.

Para escapar de esa esterilidad, Green y Shapiro aconsejan a los teóricos de la elección racional que:

(...) resistan los impulsos de ahorro teórico que dan lugar a una investigación conducida por el método. Más fructífero que preguntar «¿cómo podría explicar X una teoría de la elección racional?» sería la pregunta motivada por el problema: «¿Qué explica X?». Naturalmente, ésta llevará a reflexionar sobre la importancia relativa de una multitud de posibles variables explicativas. Es indudable que el cálculo estratégico será uno de ellas, pero normalmente habrá muchas otras, que irán desde las tradiciones de comportamiento, normas y culturas a diferencias en las capacidades de la gente y en las contingencias de la circunstancia histórica. Debieran resistir el impulso a escapar de esta complejidad en lugar de construir modelos explicativos que la tengan en cuenta, incluso cuando esto signifique una merma del rango de su aplicación. Nuestra recomendación no consiste en más trabajo empírico y menos teoría; se trata de que los teóricos se acerquen a los datos para que teoricien de un modo empíricamente pertinente.

En respuesta a la crítica de Green y Shapiro, Ferejohn y Satz (1995, p. 83) nos dicen: «Aspirar a la unidad y la búsqueda de explicaciones universalistas ha espoleado el progreso en todas las ciencias. Al excluir el universalismo por razones filosóficas, Green y Shapiro hacen capitular las aspiraciones explicativas de la ciencia social. Esa capitulación es prematura y contraproducente». Por otra parte, Morris Fiorina (1995, p. 87), miembro del bando más moderado y ecléctico de la escuela de la elección racional, en respuesta a la crítica de Green y Shapiro, minimiza el alcance del universalismo y el reduccionismo en la comunidad de la elección racional. Reconoce que «ciertamente, se pueden citar académicos de la elección racional que escriben con ambición -si no grandiosamente- sobre la construcción de teorías unificadas del comportamiento político». Pero, de acuerdo con Fiorina, se trata de una pequeña minoría. Al mantener pretensiones extravagantes, los electores racionales no son diferentes en lo excesivo de su propaganda a los funcionalistas, los teóricos de sistemas y demás

innovadores de las ciencias sociales y de las demás ramas del conocimiento académico. De este modo, dos de los contribuidores más importantes del enfoque de la elección racional adoptan posiciones muy distintas en la cuestión del maximalismo científico: uno lo defiende como una aspiración sin la que se vería comprometido el progreso científico; el otro ofrece media disculpa por la arrogancia de esta corriente, retirando la otra mitad de la disculpa con la razón de que «todo el mundo lo hace».

La polémica sobre las mayores aspiraciones del enfoque de la elección racional nos induce a recoger sus logros en nuestra visión ecléctico-progresiva del progreso disciplinar, rechazando sus pretensiones y su visión maximalista de la ciencia política y reconociendo la positiva contribución de su enfoque deductivo formal al arsenal de las metodologías, duras y blandas, que están a nuestra disposición en nuestros esfuerzos por interpretar y explicar el mundo de la política. Por así decirlo, el movimiento para penetrar lateralmente la ciencia política sin, en muchos casos, adquirir el conocimiento de los campos sustantivos que se propone transformar, ha llevado inevitablemente a una estrategia dominada por el método y a un registro ilustrativo de logros, en lugar de a una estrategia centrada en los problemas, en la que los métodos deductivos formales encuentran su lugar apropiado.

V. CONCLUSIÓN

Los recientes historiadores de la ciencia política a los que se ha citado nos piden que adoptemos un punto de vista pluralista sobre la ciencia política. La *Methodenstreit* -guerra metodológica- de los setenta y los ochenta ha acabado, según ellos, en tablas. Se ha rechazado la idea de una disciplina continua, orientada en torno a un sentido compartido de identidad. Hay tantas historias de la ciencia política -dicen- como enfoques distintos en la disciplina. Y las relaciones entre estos distintos enfoques son de aislamiento. No hay ningún terreno académico compartido. De acuerdo con estos autores, nos encontramos ahora, y presumiblemente en un futuro indefinido, en una época posconductista o pos positivista, con una disciplina dividida, condenados a sentarnos en mesas separadas.

Lo que proponemos en este capítulo sobre la historia de la ciencia política es un punto de vista basado en una revisión de la literatura desde la Antigüedad hasta el presente, que demuestra una unidad de sustancia y de método y el carácter acumulativo de la disciplina, en el sentido del incremento en la base del conocimiento y de las mejoras en el rigor de las inferencias. Hay pluralismo en el método y en el enfoque, pero es ecléctico y sinérgico en lugar de aislacionista. Nuestra visión reconoce las contribuciones sustantivas de los académicos marxistas ejemplificados en la historia de las clases sociales, la contribución de los straussianos a la historia de las ideas políticas, la contribución de la ciencia política de la elección racional al rigor analítico, etc. Este pluralismo no es «aislacionista», es ecléctico e interactivo, regido en último término por su irrenunciable compromiso con las reglas de la evidencia y la inferencia.

Agradecimientos

Quiero reconocer las muy provechosas críticas de Roben E. Goodin (y sus evaluadores anónimos), Heinz Eulau, Alex. Inkeles, S. M. Lipset, Robert Packenham, Neil Smelser y Kaare Strom.

Notas

- 1 En una escala más modesta, véase Riker, 1982.
- 2 Véase Wildavsky, 1984, 1989.
- 3 Véanse Sabine y Thorson, 1973, caps. 4, 5; Strauss y Cropsey, 1987, pp. 33 ss.
- 4 Véase Sabina y Thorson, 1973, caps. 4-9.
- 5 Véase Sabine y Thorson, 1973, caps. 9, 10.
- 6 Véase Blythe, 1992, cap. 3.
- 7 Véanse Blythe, 1992, Pocock, 1975, Skinner, 1978
- 8 Véase Blythe, 1992, pp. 292 ss.
- 9 Véase Skinner, 1978, pp. 131 ss.
- 10 Véase Sabine y Thorson, 1973, cap. 21.
- 11 Véanse Sabine y Thorson, 1973, cap. 24; Strauss y Cropsey, 1987, pp. 396-420
- 12 Véanse Sabine y Thorson, 1973, cap. 17; Strauss y Cropsey, 1987, pp. 732 ss.
- 13 Véanse Sabine y Thorson, 1973, cap. 34; Strauss y Cropsey, 1987, pp. 802 ss.
- 14 Para más detalles, véase especialmente su informe de 1972.
- 15 Almond y Verba, 1963; Verba, 1987; Inkeles y otros, 1950, 1959, 1974; Inglehart, 1977, 1990; Barnes y Kaase et al., 1979; Putnam, 1973, 1993;
- 16 Verba y Ahmed, 1973; Verba y Nie, 1972; Verba, Nie y Kim, 1978; Schlozman y Verba, 1979; Schlozman, Verba y Brady, 1995.
- 17 Parsons, 1951; Parsons y Shils, 1951; Parsons y Smelser, 1956.
- 18 Lerner, 1958; Deutsch, 1961; Lipset, 1959, 1960, 1994; Diamond y Plattner, 1993.
- 19 Hibbs, 1978; Cameron, 1978; Alt y Chrystal, 1983.
- 20 Goldthorpe, 1978; Schmitter y Lehmbruch, 1979; Berger, 1981.
- 21 Lipset y Rokkan, 1967; Sartori, 1976; Lijphart, 1968, 1984; Powell, 1982.
- 22 Wahlke y Eulau, 1962, 1978; Eulau y Prewitt, 1973; Eulau, 1993; Pitkin, 1967.
- 23 Simón, 1950, 1953, 1957; March y Simón, 1958; March, 1965, 1988.
- 24 Wildavsky, 1986; Flora y Heidenheimer, 1981; Heidenheimer, Hecló y Adams, 1990; Castles, 1989.
- 25 Dahl, 1956, 1961, 1966, 1970, 1971, 1973, 1982, 1985; Lijphart, 1968, 1984, 1994; Sartori, 1987.
- 26 Linz y Stepan, 1978; Diamond y Plattner, 1993; Schmitter, O'Donnell y Whitehead, 1986; Huntington, 1991.
- 27 Sobre la metodología, véase Eckstein, 1975 y George y McKeown, 1982. Para sus aplicaciones, véase George y Smoke, 1974; George, 1980; George et al., 1983; George y Simons, 1994.
- 28 Almond y Coleman, 1960; Almond, Flanagan y Mundt, 1973; Przeworski y Teune, 1970; Lijphart, 1971; Smelser, 1976; Dogan y Pelassy, 1990; Collier, 1993; King, Keohane y Verba, 1994.
- 29 Rawls, 1971; Nozick, 1974; Barry, 1970; Walzer, 1983; Fishkin, 1992.
- 30 Y por supuesto, en la Antigüedad india (Rangavajan, 1987) y en el Islam medieval (Rabi, 1967).

31 Para captar todo el sabor del desafío straussiano, véanse los ensayos que aparecen en Storing (1962) y el debate que generaron en el *American Political Science Review* (Schaar y Wolin, 1963; Storing et al., 1963).

32 Arrow, 1951; Downs, 1957; Black, 1958; Buchanan y Tullock, 1962.

NUEVO MANUAL DE CIENCIA POLITICA

PARTE I: LA DISCIPLINA

MATTEI DOGAN (DE 150 A 196)

3. La ciencia política y las otras ciencias sociales

La disciplina de la ciencia política está «mal definida, [es] amorfa y heterogénea». Los editores Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby abren su prefacio al primer Handbook of Political Science (1975, p. 1) con este diagnóstico. Veinte años después, los rasgos principales de las ciencias políticas son: la especialización, la fragmentación y la hibridación. Sus fronteras son abiertas, movibles y no necesitan definirse. El proceso de especialización ha generado una fragmentación creciente en subcampos que no son «amorfos» sino, más bien, bien organizados y creativos. La «heterogeneidad» se ha nutrido de los intercambios con las disciplinas vecinas mediante la construcción de puentes entre campos especializados de varias ciencias sociales. El proceso de fertilización mutua se logra mediante la hibridación.

Las relaciones entre la ciencia política y las otras ciencias sociales son en realidad relaciones entre sectores de distintas disciplinas, no entre disciplinas enteras. No es una empresa «interdisciplinar». Dado que no hay progreso sin especialización, los intercambios creativos tienen lugar entre subcampos especializados, que la mayor parte del tiempo se encuentra en los márgenes de las disciplinas formales. El avance actual de las ciencias sociales puede explicarse en gran parte por la hibridación de distintos segmentos de estas ciencias. Sería imposible concebir una historia de la ciencia política y de sus tendencias actuales sin referencia a las otras ciencias sociales.

I. Especialización, fragmentación, hibridación

Hay que hacer una distinción entre especialización dentro de una disciplina formal y especialización en la intersección de subcampos monodisciplinares. Lo segundo, la hibridación, sólo puede tener lugar después de que lo primero haya llegado a desarrollarse plenamente. En la historia de la ciencia puede observarse un doble proceso: por un lado, una fragmentación de disciplinas formales y, por el otro, una recombinación de las especialidades que surgen de la fragmentación. El nuevo campo híbrido puede llegar a ser independiente, como la economía política; o puede continuar reclamando una doble afiliación, como la geografía política. En este último caso, no podemos estar seguros de si colocar una obra en la categoría de geografía o hacerlo en la de ciencia política.

El criterio podría ser el predominio de uno u otro elemento o la afiliación formal del autor. La antropología política es una rama de la antropología, pero también un subcampo de la ciencia política. ¿Dónde termina la sociología histórica y comienza la historia social? Podemos incluso sentir más inseguridad cuando nos enfrentamos a una recombinación triple. Como las proporciones relativas no siempre son obvias, sigue siendo algo arbitrario decir dónde recae la afiliación esencial puesto que el grado de parentesco entre especialidades varía enormemente.

a) ¿Investigación interdisciplinar o recombinación de fragmentos de ciencias?

Algunos académicos alaban la «interdisciplinariedad». Es una recomendación que proviene frecuentemente de los científicos más creativos, ya que son los primeros que advierten los problemas causados por las separaciones entre las disciplinas.

Pero esta recomendación no es realista. Hoy en día, ya no es posible para nadie tener un conocimiento completo de más de una disciplina. Es utópico querer dominar dos o más disciplinas enteras. Dado que implica la idea de estar familiarizado con y combinar disciplinas enteras, la idea de la investigación interdisciplinar es ilusoria.

Debido a la dificultad que entraña para un solo académico ser verdaderamente multidisciplinar, algunos metodólogos se inclinan por defender el trabajo en equipo. Esto es lo que propone Pierre de Brie en la monumental obra publicada por la UNESCO (1970). El trabajo en equipo es productivo en los grandes laboratorios científicos, pero, por lo que se refiere a las ciencias sociales, es difícil de conseguirlo en la práctica. Los únicos ejemplos de un trabajo en equipo exitoso se refieren a la producción o a la recogida de datos, y muy raramente a la interpretación o a la síntesis (constituyendo la arqueología una excepción en este punto).

El enfoque multidisciplinar es ilusorio porque supone rebanar la realidad. Algunos investigadores proceden paso a paso siguiendo enfoques filológicos, antropológicos, históricos, etnológicos, psicológicos y sociológicos. Esta alternancia de enfoques, que casi nunca permite el encuentro entre las disciplinas, resulta a lo mejor en un paralelismo provechoso, pero no en una síntesis. De hecho, la investigación que engloba diversas disciplinas implica la combinación de segmentos de disciplinas, de especialidades y no de disciplinas enteras. El punto fructífero de contacto es el que se establece entre sectores, y no a todo lo largo de las fronteras disciplinares. Al considerar las tendencias actuales en las ciencias sociales, la palabra «interdisciplinariedad» parece inadecuada. Lleva consigo una insinuación de superficialidad y diletantismo y, consecuentemente, debería evitarse y sustituirse por la hibridación de fragmentos de ciencias.

B) especialización y fragmentación

En el pensamiento cartesiano, análisis significa romper cosas en partes. Todas las ciencias, desde la astronomía a la zoología han progresado desde el siglo xvi en adelante mediante la diferenciación interna y la mutua estimulación entre especialidades emergentes. Cada especialidad desarrollaba un patrimonio de conocimiento a medida que avanzaba su comprensión del mundo. Con el crecimiento de estos patrimonios, la especialización dejó de ser una opción para convertirse en una necesidad. La especialización crecientemente focalizada ha dado lugar a la creación de subdisciplinas, muchas de las cuales han continuado diferenciándose hasta convertirse en autónomas. Encontramos en la literatura docenas de lamentos y jeremiadas sobre la fragmentación de la ciencia política. Cito aquí sólo dos quejas recientes: «Hoy ya no hay un único punto de vista dominante [...], la disciplina se encuentra fragmentada en su concepción metodológica [...], los estudiosos ya no están seguros sobre de qué va la política» (Easton y Schelling, 1991, p. 49). En los países nórdicos, «la ciencia política mostraba tendencias a desintegrarse en subcampos, aunque todavía eran subcampos de la ciencia política. Sin embargo, la desintegración ha continuado y últimamente ha tomado distintas formas que renuncian a la identidad de la ciencia política» (Anckar, 1987, p. 72). En realidad, la fragmentación es el resultado de la especialización. La división de la disciplina en subcampos tiende

a institucionalizarse, como puede verse en la organización de los grandes departamentos de ciencia política en muchas universidades americanas y europeas.

Un buen indicador de la fragmentación de la disciplina es el creciente número de revistas especializadas. En los últimos doce años se han lanzado unas cien revistas especializadas en inglés relevantes para la ciencia política. La mayoría de estas revistas cruzan las fronteras de dos o tres disciplinas, y muchas de ellas se localizan en Europa. Algunas de estas nuevas revistas híbridas han aparecido en francés y en alemán. La unificación europea ha tenido un impacto en el desarrollo de revistas internacionales que se centran en campos especiales.

La creciente especialización puede tener consecuencias para el papel de las asociaciones profesionales nacionales y de las revistas generales.

Conforme los politólogos se han ido especializando más y más, algunos miembros [de la Asociación Americana de Ciencia Política, APSA] han llegado a la conclusión de que otras organizaciones sirven mejor a sus intereses. Por ejemplo, un especialista en el área de gobierno comparado puede encontrarse con que tiene más en común con economistas, sociólogos y antropólogos que trabajan en la misma área que con los politólogos. Esto también puede reducir el valor de la *American Political Science Review* (La especialización ha devaluado las razones para afiliarse a la APSA) (Lynn, 1983. pp. 114-115).

En Europa se observa el mismo fenómeno. Las asociaciones profesionales nacionales ceden terreno a favor de organizaciones internacionales que representan las especializaciones entre disciplinas distintas.

c) La especialización en la hibridación

Es necesario subrayar las dos partes del proceso: la fragmentación en campos especiales y la especialización por hibridación. Es la interacción de estos dos procesos, y no cada uno de ellos por separado, la que ha conducido al notable avance tanto de las ciencias naturales como de las sociales. La reestructuración continua de la ciencia política, como la de las demás ciencias sociales, ha sido el resultado de estos dos procesos en lucha. Sin embargo, tanto la fragmentación como su correlato, la hibridación, se han desarrollado mucho más recientemente en la ciencia política que en ningún otro sitio. En el pasado distante, los campos híbridos fueron el resultado de las separaciones entre disciplinas completas. Las separaciones aparecen hoy entre subcampos especializados de subdisciplinas vecinas. Como resultado, la fragmentación de las disciplinas en subcampos especializados en las últimas décadas ha dado lugar al desarrollo de las especializaciones híbridas. Estas últimas no necesitan colocarse a mitad de camino entre dos disciplinas soberanas. Pueden ser enclaves de una sección de la ciencia política un sector de otra disciplina. Combinan dos dominios delimitados, no disciplinas enteras. Estos dominios no tienen porqué ser adyacentes.

La hibridación aparece en la lista de comités de investigación patrocinados por la Asociación Internacional de Ciencia política (IPSA). Entre los cuarenta grupos reconocidos en 1995, la mayoría se relacionan con especialidades de otras disciplinas siendo, por tanto, híbridas: Sociología Política, Filosofía Política, Geografía Política, Psico-política, Religión y Política, Elites Políticas y Sociales, Fuerzas Armadas y Política, Alienación Política, Política y Etnicidad, Educación Política, Economía Política Internacional, Orden Económico Internacional, Estudios Judiciales Comparados, Biología y Política, Negocios y Política, Ciencia y Política, Pluralismo Sociopolítico, Política Sanitaria, Roles Sexuales y Política, Cambio Medioambiental Global, Análisis Terminológico y Conceptual, etc. Cada

uno de estos grupos está en contacto con especialistas que pertenecen formalmente a otras disciplinas.

Los estudios sociométricos muestran que muchos especialistas, están más en contacto con colegas que pertenecen oficialmente a otras disciplinas que con colegas de la suya propia. El «colega invisible», descrito por Robert Merton, Diana Crane y otros sociólogos de la ciencia, es una institución eminentemente interdisciplinar porque asegura la comunicación no sólo de una universidad a otra y a través de las fronteras nacionales, sino también y sobre todo lo hace entre especialistas vinculados administrativamente a distintas disciplinas. Las redes de la influencia a través de las disciplinas son de tal magnitud que están borrando la vieja clasificación de las ciencias sociales¹.

II. Préstamos de las disciplinas vecinas

El proceso de hibridación consiste en primer lugar en prestar y tomar prestados conceptos, teorías y métodos. Revisar el proceso de los préstamos hechos nos llevaría demasiado lejos. Tengo que renunciar aquí a esa revisión. En cualquier caso la ciencia política ha tomado prestado siempre mucho más de lo que ha dejado a otras disciplinas.

a) La difusión de conceptos a través de las disciplinas

Durante siglo y medio, desde *The Use and Abuse of some Political Terms* de sir George Cornewall Lewis en 1832, hasta la colección editada por Sartori en 1984 sobre *Social Science Concepts*, un buen número de académicos ha denunciado la confusión conceptual y la polisemia de términos usados en varias subdisciplinas y, en particular, en la ciencia política. Sartori (1984- P- 17) señala una de las razones de esta polisemia: «No podemos formar una oración a menos que ya sepamos los significados de las palabras que contiene [...]. No es que las palabras adquieran su significado a través de las oraciones en las que aparecen, sino más bien que el significado de la palabra es especificado por la oración en la que aparece».

Otra importante razón de este problema semántico proviene de la peregrinación de conceptos de una disciplina a otra. Los conceptos prestados necesitan alguna adaptación al contexto de la nueva disciplina, porque el concepto no es sólo un término, es también una noción o una idea. Un reciente estudio de más de 400 conceptos usados en las ciencias sociales ha hallado pocos neologismos (De Grolier, 1990, p. 271), lo que puede explicarse por el hecho de que hay más conceptos prestados que creados. Algunos conceptos se reaniman tras un largo olvido. Max Weber resucitó el concepto de carisma tras siglos de desatención. David Apter hizo uso del concepto de organización consociacional, que originalmente se aplicó a las instituciones presbiterianas en Escocia. Lo usó para analizar el conflicto político en Uganda. Arend Lijphart y muchos otros lo han desarrollado algo más para aplicarlo a las pequeñas democracias europeas, Canadá y Sudáfrica.

Podemos ignorar la etimología de los conceptos con el fin de subrayar cómo los préstamos fertilizan la imaginación. La palabra «rol» viene del teatro, pero Max Weber le dio un significado sociológico. Desde la sociología, este concepto ha llegado a todas partes. La palabra «revolución» la propuso Copérnico, pero fue aplicada por primera vez a la política por Luis XIV. Los historiadores la adoptan, los sociólogos la articulan, antes de ofrecérsela a la ciencia política.

El patrimonio de la ciencia política está repleto de conceptos prestados, que son híbridos en el sentido de que fueron confeccionados en otras disciplinas y replantados con habilidad en el jardín de la ciencia política. No obstante, la disciplina ha generado para su propio uso una larga serie de conceptos importantes, siendo el más viejo el de «poder», formulado por Aristóteles, y el más joven el de «implosión», sugerido por la caída de la Unión Soviética.

Utilizando la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* (Sills, 1968) y los índices analíticos de algunos libros importantes, he compilado un inventario de más de doscientos conceptos «importados» en la ciencia política. Muchos de estos conceptos han cambiado su significado semántico en el proceso de adopción y adaptación. La ciencia política ha tomado prestados los siguientes conceptos importantes (excluyendo los términos «legos»):

- *De la sociología:* acomodación, agregado, asimilación, circulación de las élites, pandilla, cohesión, comportamiento colectivo, jerarquía, tipo ideal, individualismo, legitimidad, medios de comunicación de masas, sociedad de masas, Militarismo, nacionalismo, variables de pautas, ética protestante, secular, segregación, clase social control social, integración social, estructura social, socialización, inconsistencia de status, clase obrera, *Gemeinschaft-Geseilschaft*.
- *De la psicología:* afecto, alienación, ambivalencia, aspiración, actitud, comportamiento, conciencia, dependencia, empatía, personalidad, movimiento social, estereotipo, Gestalt.
- *De la economía:* asignación de recursos, cartel, corporatismo, rendimientos decrecientes, revolución industrial. Industrialización, liberalismo, mercantilismo, producto nacional bruto, escasez, áreas subdesarrolladas.
- *De la filosofía y los antiguos griegos:* anarquismo, aristocracia, consenso, democracia, facción, libertad, voluntad general, idealismo, monarquía, oligarquía, fraternidad, pluralismo, tiranía, valor, *Weltanschauung*.
- *De la antropología:* aculturación, afinidad, casta, nepotismo, patriarquía, sociedad plural, *rites de passage*.
- *De la Teología:* anemia (indiferencia hacia la ley divina), carisma.
- *De los periodistas y los políticos:* imperialismo, internacionalismo, aislacionismo, izquierda y derecha, *lobbying*, neutralismo, nihilismo, patronazgo, plebiscito, propaganda, socialismo, sindicalismo.

Muchos conceptos tienen múltiples orígenes. Autoritarismo tiene dos raíces, una psicológica y la otra ideológica. Frecuentemente se puede intercambiar sin que nos demos cuenta con despotismo, autocracia, absolutismo, dictadura, etc. La autoridad ha sido analizada desde perspectivas disciplinares diversas por Malinowski, Weber, Parsons, Lasswell, Kaplan, B. De Jouvenel, y C. J. Friedrich entre otros. El concepto de cultura (cívica, política, nacional) tiene muchas variantes: convergencia cultural, configuración cultural, evolución cultural, integración cultural, retraso cultural, paralelismo cultural, pluralismo cultural, relatividad cultural, sistema cultural, cultura posmaterialista. En las dos últimas décadas, los politólogos han sido muy productivos en este subcampo.

Max Weber y Karl Marx, académicos híbridos los dos, fueron los generadores de conceptos más prolíficos. Sólo Aristóteles puede comparárseles. Almond y Parsons son también los padres de un número impresionante de conceptos. Los conceptos son con frecuencia semillas de teorías: la estructura genera el estructuralismo, el sistema se convierte en teoría de sistemas, el capital engendra el capitalismo, etcétera.

B) Teorías que cruzan las fronteras disciplinares

Paradigma es una palabra que se usa o de la que se abusa con frecuencia en la ciencia política, tanto como en la sociología, en lugar de las palabras teoría o gran teoría, Thomas Kuhn, que confeccionó esa palabra, ha reconocido que su uso en las ciencias sociales no está justificado. En su prefacio a *La estructura de las revoluciones científicas* (Kuhn, 1957, p. viii), explica que fue durante una estancia en el Centro de Estudios Avanzados de Palo Alto en compañía de científicos sociales, incluyendo politólogos, donde se le empujó a formular el concepto de paradigma con el verdadero propósito de dejar clara la diferencia entre las ciencias naturales y las sociales. La razón ofrecida por Kuhn era la ausencia de un consenso teórico en cualquiera de las disciplinas de las ciencias sociales. Hoy, si alguien «quiere legitimar su teoría o modelo como un logro revolucionario, siempre hay algunos que no se reúnan en torno a la bandera” (Weingart, 1986, p.270).

¿Hay en las ciencias sociales ejemplos de sacudidas paradigmáticas comparables a las creadas por Copérnico, Newton, Darwin o Einstein? ¿Pueden describirse las teorías de Keynes, Chomsky o Parsons como paradigmáticas? En las ciencias sociales, ¿tiene lugar el progreso mediante revoluciones paradigmáticas o mediante procesos acumulativos? ¿Hay realmente paradigmas en las ciencias sociales?

Dentro de una disciplina formal pueden cohabitar varias teorías importantes, pero sólo existe un paradigma cuando una única teoría comprobable domina a todas las demás teorías y es aceptada por toda la comunidad científica. Cuando Pasteur descubrió el microbio, se vino abajo la teoría de la generación espontánea: el contagio se convirtió en el nuevo paradigma. Sin embargo, en las ciencias sociales, observamos como mucho una confrontación entre varias teorías no comprobables. La mayor parte del tiempo ni siquiera hay una confrontación, sino una cuidadosa evitación mutua, una indiferencia enorme en todas partes; es relativamente fácil dado el tamaño de las comunidades científicas y su división entre escuelas. Es algo cierto en todos los países, ya sean grandes o pequeños.

Esta indiferencia mutua es una vieja práctica en las ciencias sociales. Con el cambio de siglo, los grandes académicos no se comunicaban o lo hacían muy poco. En los escritos de Weber no hay ninguna referencia a su contemporáneo Durkheim. Sin embargo, Weber conocía la revista de Durkheim, *L'Année sociologique*. Por su parte, Durkheim, que sabía leer alemán, sólo hace una referencia fugaz a Weber. No obstante, trabajaban en un buen número de materias comunes como la religión. Durkheim no hace más que una mención de pasada a Simmel y Toennies. Duramente criticado por Pareto, Durkheim nunca aludiría a la obra del italiano. El juicio de Pareto sobre el libro de Durkheim sobre el suicidio era desfavorable: «Desagraciadamente -escribió- sus argumentos carecen de rigor» (citado en Valade, 1990, p. 207).

Parece que Weber no fue consciente de la teoría de Pareto sobre la circulación de las elites y Pareto, a su vez, no dice nada sobre la teoría weberiana del liderazgo político. Weber y Croce sólo coincidieron una vez y de manera muy breve. No hubo ningún intercambio entre Weber y Freud. Ernst Bloch y George Lukács se reunían regularmente con Weber en Heidelberg, pero sus obras no muestran signos de la influencia de éste. Ni había ninguna comunicación entre Weber y Spengler. De los contemporáneos de Weber, el único que se refiere a él es Karl Jaspers, pero se trata de un filósofo (véase Mommsen y Osterhammel. 1987). Como advirtió Raymond Aron, cada uno de esos tres grandes académicos siguió un «sendero solitario».

Podrían citarse muchos ejemplos de académicos coetaneos entre sí que no se influyeron mutuamente, como Angus Campbell y Paul Lazarsfeld, quienes, no obstante, dedicaron una gran parte de sus vidas a estudiar los mismos comportamientos políticos. Lo mismo puede decirse con referencia a otros campos. No está mal oponer teorías entre sí. Pero tiene que haber debate. No hay paradigmas en las ciencias sociales porque cada disciplina está fragmentada.

Porque para que exista un paradigma debe darse otra condición: las teorías tienen que referirse a los aspectos esenciales de la realidad social. Sin embargo, cuanto más ambiciosa es una teoría, tanto menos puede ser comprobada directamente con los datos disponibles. En las ciencias sociales no hay «descubrimientos fundamentales» como los que hay a veces en las ciencias naturales. En su lugar, se construyen teorías inverificables, en parte porque la propia realidad social cambia. También, y de manera más importante, los errores cometidos por los gigantes de las ciencias naturales son la mayoría de las veces de naturaleza metodológica; en las ciencias sociales son errores básicos.

Considérese el maltusianismo, por ejemplo. ¿Es una teoría o un paradigma? El maltusianismo es una de las teorías principales en la historia de las ciencias sociales. Malthus influyó a muchos científicos, sobre todo a Darwin, que reconocía que era una de sus principales fuentes de inspiración. Una pléyade de sociólogos, politólogos, demógrafos y economistas siguieron su ejemplo, estuvieran de acuerdo o no con él. Pero cuando las condiciones demográficas cambiaron en Occidente, sus proyecciones quedaron invalidadas y se le condenó como a un falso profeta. Sin embargo, si consideramos hoy la brecha entre el desarrollo económico y el crecimiento de la población en África Asia o Latinoamérica, podría ser saludado como un gran visionario. Sólo necesitamos ponernos de acuerdo en una comparación asincrónica entre la Inglaterra de su época y el Tercer Mundo para admitir la validez asincrónica de su teoría. ¿Deberíamos ir más allá hasta hablar de un paradigma maltusiano?

¿Hay al menos un progreso acumulativo en la ciencia política? Sí que lo hay, claramente, puesto que la disciplina tiene su herencia de conceptos, métodos, teorías y praxis. Se puede reconocer rápidamente si uno es un profesional o un aficionado. Hay progreso acumulativo incluso en el campo teórico. Si una teoría queda anticuada o invalidada, algo de ella permanece incorporado en las nuevas teorías ya que se aprende mucho cometiendo errores. No repetimos un error que haya sido denunciado. En épocas recientes, el progreso de la ciencia política se ha asegurado mediante largas series de descubrimientos empíricos sectoriales. Por ejemplo, la correlación establecida por D. Lerner (1958, p. 63) entre grados de urbanización, alfabetización y comunicación es un hecho probado que sigue siendo válido. En estos sectores especializados —ya sean híbridos o monodisciplinares— no hay necesidad de teorías ambiciosas; les basta con lo que Merton (1973) ha denominando «teorías de alcance medio».

Pongamos un ejemplo concreto de proceso acumulativo. Uno de los grandes hallazgos en la ciencia política es la influencia de las técnicas electorales en los sistemas de partidos. Una bibliografía, incluso una muy selectiva, sobre este tema podría comprender fácilmente doscientos o trescientos títulos en inglés, sin mencionar las múltiples y variadas observaciones extraídas de la experiencia directa por políticos de numerosos países. Desde Condorcet, Bachofen, John Stuart Mill, Hare y Hondt a Hermens, Downs, Duverger, Sartori, Lijphart, la teoría se basa en las contribuciones y sucesivas mejoras hechas por un gran número de especialistas. Las consecuencias de la representación proporcional ya habían sido descritas por Bachoven en 1850.

Se reconoce ahora que «ya ningún paradigma pretende ordenar, y menos unificar, el campo de las ciencias sociales» (Annales, 1989, p. 1322). Tendría que excluirse la palabra paradigma del vocabulario de las ciencias sociales, a no ser que aparezca entrecomillada.

Una vez que hemos clarificado la aparente contradicción teórica entre la hibridación de especialidades y el paradigma disciplinar, echemos un vistazo a algunas teorías híbridas. Los

ejemplos de fertilización teórica mutua abundan. La obra más citada de la teoría de los grupos de interés, *The Governmental Process* de David B. Truman, debe mucho a las teorías sociológicas de los grupos. El ataque de Mancur Olson a la teoría tradicional de los grupos de interés, la lógica de la acción colectiva, se basaba en la ciencia económica. Al mismo tiempo, sociólogos y economistas han tomado prestados algunos aspectos de las teorías de los grupos de interés desarrolladas por los politólogos.

Las teorías de las disciplinas hermanas se han confrontado unas con otras con frecuencia en el terreno de la ciencia política, con resultados beneficiosos para todas las partes implicadas. El «análisis de la elección racional» es un ejemplo. Este enfoque ha demostrado ser bastante impermeable a la crítica empírica: el argumento de que, por ejemplo, un determinado político fue irracional, no se ha considerado hasta el momento presente una amenaza para la teoría. En lugar de eso, las modificaciones o los ataques a la elección racional han solido provenir o bien desde dentro o bien desde teóricos de otras disciplinas. Las críticas más fuertes han consistido en la construcción de alternativas teóricas. Una teoría sólo se desacredita reemplazándola, generalmente con la ayuda de teorías de fuera de la disciplina. La psicología ha suministrado el fundamento de varios de estos ataques. La teoría de Herbert Simon debe mucho no sólo a la economía, sino también a la psicología y al estudio de la administración pública en la ciencia política.

Los teóricos de los sistemas políticos han utilizado a menudo analogías extensivas a partir de los sistemas biológicos. La biología desarrolló en primer lugar el concepto de «sistema» como una forma de organizar la vida y los sistemas orgánicos como fenómenos que no pueden reducirse a su química constituyente. Algunos funcionalistas estructurales han sostenido que los sistemas sociales son como sistemas biológicos porque se autorregulan y son homeoestáticos. Estos teóricos advirtieron también que cada sistema biológico tiene que llevar a cabo ciertas funciones y utilizaron la analogía para preguntarse qué funciones eran vitales para los sistemas sociales, «El funcionalismo estaba bastante consolidado en biología en los años veinte y había sido utilizado de manera independiente en el análisis freudiano de la personalidad y en el estudio de las sociedades primitivas. De ahí se expandió a todas las ciencias sociales y, con él, se expandió también un escepticismo lógico acerca del exacto *status* de la palabra función» (Mackenzie. 1967, p. 91). La teoría de sistemas, ya fuera la de David Easton en la política comparada o la de Morton Kaplan, Richard Rosecrance y Kenneth Waltz en las relaciones internacionales, provenía originalmente de esas fuentes de algunas partes de la sociología.

La teoría de la dependencia, que sedujo a tantos especialistas en Latinoamérica, se origina en el trabajo de un grupo de economistas, sociólogos y demógrafos que cooperaban con estadísticos de las Naciones Unidas. Entre ellos estaban Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto (autores de *Dependencia y desarrollo en América Latina*), André Gunder Frank, Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini.

Las teorías entran en decadencia. Cómo se superan las viejas teorías por las nuevas es una buena pregunta. Pero hay otra, sugerida por Daniel Bell, referida al fenómeno de las teorías que se equivocan o se convierten en un callejón sin salida: « ¿Por qué lo que en algún momento se consideraba un avance se convierte en un callejón sin salida?» (D. Bell, en Deutsch et al., 1986, p. 220). Se pueden leer hoy con gran interés a docenas de filósofos políticos y grandes teóricos del pasado y citarlos con placer. Pero sólo un puñado de teorías formuladas antes de la Segunda Guerra Mundial está todavía vivas. Las teorías sobreviven con más facilidad en la lingüística y la economía. Los castillos de arena de los politólogos se arruinan a la primera lluvia. En 1912, Gustave Le Bon escribió en *La Psychoggie Politique* que las reglas formuladas por Maquiavelo en *El príncipe* ya no eran válidas porque la sociedad observada por el gran florentino ya no existía.

Pero no vamos a hacer una peregrinación al cementerio de las teorías políticas. Es suficiente con advertir que en esta necrópolis hay menos tumbas en el callejón de las teorías híbridas que en el de las monodisciplinarias.

Los dominios especializados necesitan orientaciones teóricas, pero la disciplina de la ciencia política globalmente considerada no puede tener una teoría universal y monopolista. Los métodos tienen una expectativa de vida mucho mayor y algunos constituyen incluso adquisiciones perpetuas que atraviesan los límites de las disciplinas formales.

c) Préstamos de métodos

Habría que hacer distinciones entre el razonamiento científico -en la tradición de J. S. Mill, Durkheim, Claude Bernard o Hubert Blalock-, la estrategia de investigación, el método de investigación y la capacidad tecnológica. Los cuatro son interdisciplinarios. Me concentraré en los métodos que han tomado prestados los politólogos, quienes muy rara vez los importan directamente de la lógica, las matemáticas o la estadística. Generalmente encuentran un intermediario en ciertos campos de la psicología, la economía o la sociología, disciplinas que han desempeñado un papel crucial en el enriquecimiento metodológico de la ciencia política. La demostración tabular, la presentación gráfica, la adición, las medidas de variabilidad, las ratios, las tasas, la distribución muestral, la inferencia estadística, la falacia ecológica, la distribución binomial, la regresión múltiple, la correlación lineal, la contingencia, el análisis factorial, etc., ninguno de estos métodos han sido ideados por politólogos. Todos se han importado y algunos, tras mejorarlos, se han exportado en formas más refinadas.

El préstamo de métodos no ha disminuido desde que Oliver Benson admitiera en 1963 que «la mayor parte de la literatura matemática relevante para la ciencia política se debía a extraños, a gente que no podía identificarse a sí misma como estudiosos de los fenómenos políticos» (Benson, 1963, pp30). Tomar prestados métodos es fácil. Una vez que el difícil proceso de la invención y de elaboración inicial se ha completado, un método puede ser utilizado por cualquiera, tenga o no imaginación.

Un buen número de politólogos están familiarizados con los métodos de la construcción de escalas elaborados por los psicólogos, el análisis de senda (*path-analysis*) importado de la biología a través de la economía, el razonamiento y la mediación multivariable del sociólogo Paul Lazarsfeld, la relación estructural lineal fraguada por el estadístico Jöreskog. Muchos representantes de otras disciplinas colaboraron en la rica metodología del *American Soldier* que compiló Samuel Stouffer. Hasta cierto punto, la introducción de las matemáticas, la ciencia política ha sido valiosa no sólo por sus propias contribuciones, sino como una entrada para nuevos préstamos. La adopción de estos métodos y modelos matemáticos ha supuesto la obtención de varios dividendos: la introducción de rigor necesario para la construcción de modelos, por ejemplo ha sido también impagable en el desarrollo de argumentos convincentes y lógicos, incluso en trabajos que prescinden de la presentación matemática.

Debido a que no hay necesidad de obtener una licencia para adoptar un método o una técnica de investigación, la importación ha sido indiscriminada a veces. Lo que se necesita es buen sentido al aplicar el método a un nuevo campo. Demasiados politólogos confunden todavía el razonamiento científico, la estrategia de investigación y las herramientas tecnológicas. Hoy en día, la fuente principal de las disputas entre politólogos no es, como mucha gente cree, la ideología, sino la metodología, que es exógena en su mayor parte a la ciencia política. Es posible que haya debates entre ideólogos, incluso aunque sean estériles con frecuencia; pero los que hay entre escuelas metodológicas no llegan a ninguna conclusión.

El préstamo de técnicas y métodos estadísticos no siempre es beneficioso. Muchos politólogos que usan métodos cuantitativos expanden las fronteras del conocimiento político. Sin embargo, otros están motivados principalmente por un interés en la técnica más que en la sustancia. Éstos construyen rutinariamente modelos inverificables, sobrecuantifican y remodelan. A menudo escogen la discusión de asuntos menores, gastando mucho talento y energía en mejorar un coeficiente de correlación o en dividir un pelo en cuatro mediante un análisis factorial. Son académicos productivos (cada *input* en el ordenador resultará mecánicamente en un *output*). Pocos de sus trabajos ven la luz en revistas importantes, porque la mayoría se caracteriza por un doloroso contraste entre unas técnicas analíticas altamente sofisticadas y una pobre imaginación en el diseño de la investigación o unos datos demasía de débiles para soportar las poderosas técnicas utilizadas (Dogan. 1994).

La metodología de libre comercio interdisciplinar necesita estar guiada por una estrategia científica y no por las facilidades mecánicas, en particular en algunas grandes universidades donde muchos estudiantes de tercer ciclo de ciencia política se quejan de que se les «opreme» con un duro programa de técnicas estadísticas importadas en detrimento del razonamiento científico.

iii. Dominios híbridos

Si cada una de las doce ciencias sociales principales se cruzase con todas las demás, obtendríamos en teoría una parrilla con 144 celdas. Algunas celdas estarían vacías, pero más de tres cuartas partes de las mismas estarían ocupadas por especialidades híbridas que gozan de cierta autonomía (Dogan y Pahre, 1990). Estas especialidades híbridas se dividen internamente y dan lugar, en una segunda generación, a un número de híbridos incluso mayor. No se puede obtener un inventario completo de todas las combinaciones existentes cruzando las disciplinas de dos en dos en el nivel de la segunda generación, ya que algunos campos híbridos entre los más dinámicos tienen un origen múltiple. Además, los campos híbridos como la prehistoria que enraíza parcialmente en las ciencias naturales, no aparecerían en la parrilla de las 144 celdas, limitada como está a las recombinaciones de segmentos de las ciencias sociales. La configuración de los campos híbridos cambia constantemente. La psicología política, la sociología política y la economía política han sido reconocidas desde hace tiempo, mientras que la antropología política no es aún autónoma.

a) Psicología política

Entre la psicología y la ciencia política hay un dominio híbrido que ondea su propia bandera: la psicología política. Es un híbrido de tercera generación porque la propia psicología nació como una disciplina híbrida, con parte de sus raíces en las ciencias naturales y parte en las sociales. La psicología política tiene dos hermanas: una mayor, la psicología social, reconocida formalmente en todas las universidades importantes del mundo; y una más joven, la ciencia cognitiva, la mejor dotada hoy de todas las jóvenes ciencias a ambos lados del Atlántico. La psicología política rara vez coincide con la ciencia cognitiva, pero está en contacto permanente con la psicología social. En un estudio reciente, D. O. Sears y C. L. Funk (1991. p. 346) escriben que la psicología política, siendo «una empresa interdisciplinar, corre el peligro de caer por las rendijas de las instituciones académicas» a causa de las presiones a favor de «la ortodoxia disciplinar inducida por la inercia burocrática». Pero el inventario que hacen al mostrar la penetración de la psicología política en los departamentos de ciencia política no parece justificar ese temor. La revista *Political Psychology* es una buena ventana a este campo híbrido.

En su territorio encontramos las provincias de la socialización política, la teoría del rol, la alienación, la psicobiografía, el análisis de la personalidad, las actitudes y creencias políticas, los pequeños grupos, el análisis tipológico de los líderes políticos, el carácter nacional, la participación de masas, las generaciones, la insatisfacción política y una rica área metodológica (medición de actitudes, medición sociométrica, análisis de contenido, método clínico, enfoque cuasi-experimental y, en particular, la investigación mediante encuestas).

Muy pocos dominios híbridos conmemoran a un padre fundador. Pero la psicología política americana tiene uno: Harold Lasswell. Su progenie incluye a Fred I. Greenstein, Robert Lane, Herbert Hyman, Erik Erikson, Sidney Verba y James C. Davies, entre muchos otros.

En Europa occidental el campo híbrido de la psicología política se encuentra institucionalizado en muy pocas universidades, pero la literatura relacionada con el campo es rica y de gran variedad como ilustra en Francia, por ejemplo, el trabajo de Philippe Braud o en Alemania las contribuciones de Erwin K. Scheuch a la metodología de los estudios muestrales y a los problemas de la comparabilidad en política y en psicología social. Scheuch tiene el mérito de haber descubierto la «falacia individualista» (Scheuch, 1966, 1969). Entre los libros que pertenecen al campo de la psicología política habría que singularizar *Political Action*, compilado por Samuel Barnes y Max Kaase. Su tipología de protestantes, activistas, reformistas, conformistas e inactivos tiene aplicación en muchos países.

b) Geografía política

La geografía -una disciplina maestra en el pasado- carece hoy de núcleo. Está dividida en muchos subcampos: biogeografía, geografía social, urbana, histórica, económica, geografía política, hay múltiples encuentros entre la ciencia política y la geografía: geopolítica, geografía electoral, política urbana, bases territoriales del federalismo, organización espacial de la sociedad, núcleo-periferia, ciudad-*hinterland*, problemas ambientales, diferencias urbanas y rurales, aspectos territoriales de la movilización social, etc. La demografía es una dimensión de la geografía política.

Desde el «Geographical Pivot of History» de H. J. Mackinder en 1904 hasta el «mapa conceptual de Europa» de Stein Rokkan (véase el número especial dedicado a sus concepciones en la *Revue Internationale de Politique Comparée* en 1994), se han publicado muchos ensayos en el campo de la geografía política, y no sólo en Europa. *The Significance of the Frontier in American history* de E. J. Turner trata tanto de geografía como de historia.

En la colección de Kasperson y Minghi, *The Structure of Political Geography* (1969), hay muchos capítulos de interés incluso para politólogos no orientados a la geografía (las leyes de Ratzel del crecimiento espacial de los Estados, las regiones geopolíticas, el análisis de los flujos de transacciones, el *heartland* y el *rimland*, el impacto de la migración negra, etc.). El concepto de centro-periferia tiene una obvia dimensión geográfica (Rokkan, Urwin *et al.*, 1987).

La ciencia política y la geografía también se encuentran en el dominio de la geografía electoral, en particular en el análisis de los datos agregados en países que se caracterizan por una gran diversidad territorial y para los que la información está disponible en pequeñas unidades administrativas. Los países privilegiados desde este punto de vista son, o fueron hasta muy recientemente: Francia, Italia, España, Portugal, Bélgica, Noruega, Finlandia, Austria, Canadá. André Siegfried (1913) investigó sobre el noroeste de Francia, V. O. Key sobre *Southern Politics* (1949), Rudolf Herberle (1963) sobre Schleswig-Holsiein durante la República de Weimar, Erik Allartli (1964) sobre Finlandia, Mattei Dogan (1968) sobre Italia, Stein Rokkan y H. Valen (1964) sobre contrastes regionales en la política noruega, Juan Linz y Amado de Miguel (1966) sobre las «ocho Españas», R. E. De Smet y

R. Evalenko (1956) y Frogner et al. (1974) sobre Bélgica. Este enfoque geográfico ha sido, no obstante, desafiado en un análisis en el que el territorio desaparece a favor de una reordenación sociológica de las variables y las unidades territoriales (Dogan y Derivry, 19881). Este campo híbrido tiene una serie de revistas especializadas que constituyen puentes interdisciplinarios: *Economic Geography*, *Urban Geography*, *International Journal of Urban and Regional Research* y, en particular, *Political Geography*.

Los politólogos adoptan todavía el Estado-nación como unidad de análisis en una época en la que en el mundo hay más ciudades gigantes que rebasan los cuatro millones de habitantes que Estados independientes que alcancen esa cifra. El mundo está dominado crecientemente por las ciudades gigantes (Dogan y Kasarda 1988). Los geógrafos y los urbanistas están en primera línea de esta área proponiendo marcos teóricos, conceptos y métodos de medición. Los estudios urbanísticos se están expandiendo; pronto pueden llegar a convertirse en una disciplina independiente. Hoy en casi todos los países, desarrollados o en vías de desarrollo, el número de especialistas en «urbanología» es mayor que el de politólogos. La «política urbana» es un campo en crecimiento.

c) Sociología política

La ciencia política y la sociología tienen un condominio: la sociología política. Se trata de un viejo híbrido, que fue reconocido ya en la década de los cincuenta, como atestiguaría Neil Smelser:

En las ramas más nuevas de la ciencia política que se han agrupado de manera flexible bajo el título de enfoque conductista, los métodos de investigación son, excepto por algún énfasis relativo, casi indistinguibles de los métodos de la sociología (...). Los politólogos han empleado una colección imponente de métodos de recogida de datos, manipulación estadística y métodos comparativos que también se usan comúnmente en sociología (Smelser, 1967, p. 27).

El solapamiento es obvio.

Giovanni Sartori distingue entre la sociología política y la sociología de la política. Para él, la segunda constituye una rama de la sociología, como la sociología de la religión. Se puede dibujar una línea divisoria si tomamos en cuenta el énfasis sobre las variables dependientes o independientes. «Las variables independientes -causas, determinantes o factores- del sociólogo son básicamente estructuras *sociales*, mientras que las variables independientes de los politólogos son básicamente estructuras *políticas*» (Sartori, 1969, p. 67). Concluye que «la sociología política es un híbrido interdisciplinar que intenta combinar las variables explicativas sociales y políticas, por ejemplo, los *inputs* sugeridos por el sociólogo con los *inputs* sugeridos por el politólogo» (Sartori, 1969, p. 69),

Muchos de los académicos más conocidos en la ciencia política son sociólogos destacados. Un buen número de académicos tienen o han tenido una afiliación dual en ciencia política y sociología, entre ellos R. Aron, S. M. Lipset, R. Bendix, J. Linz, G. Sartori, M. Kaase, J. D. Stephens, Mildred A. Schwartz, C. Ragin y M. Dogan. Hoy la economía política tiende a debilitar las privilegiadas relaciones entre la sociología y la ciencia política.

d) Cómo conquistó la ciencia política los territorios de la economía

Algunos economistas defienden una «expansión imperialista de la economía en los dominios tradicionales de la sociología, la ciencia política, la antropología, el derecho y la socio-biología» (Hirschleifer, 1985, p. 53). Varios de estos imperialistas son académicos famosos que incluyen

algunos premios Nobel. La *American Economic Review* publicó una especie de manifiesto que merece la pena citar:

Es imposible en último término recortar un territorio distinta para la economía, adyacente a, pero separado de, otras disciplinas de las ciencias sociales. La economía las penetra a todas ellas y, recíprocamente, es penetrada por ellas. Hay una sola ciencia social. Lo que le da a la economía su invasor poder imperialista es que nuestras categorías analíticas -escasez, coste, preferencias, oportunidades, etc.- son verdaderamente universales en su aplicabilidad [...]. De esta forma, la economía constituye realmente la gramática universal de la ciencia social. Pero hay una cara preocupante en esto. Mientras que el trabajo científico en antropología, sociología, ciencia política, y demás, será cada vez más indistinguible de la economía, los economistas tendrán que cobrar conciencia recíproca de lo limitante que ha sido su función. En último término, la buena economía tendrá que ser también buena antropología, sociología, ciencia política y psicología (Hirschleifer, 1985, p. 53).

Esta visión es anacrónica y contrasta con la percepción de la economía como una disciplina que se hunde: «La economía como disciplina formal está en un momento de padecimiento porque sus principales logros -conceptualización, teoría, construcción de modelos y matematización- han estado acompañados de un aislamiento excesivo con respecto a las demás ciencias sociales» (Beaud, 1991, p. 157).

En realidad, la historia reciente de las ciencias sociales muestra que la ciencia de la economía ha abandonado áreas enormes de conocimiento científico. Estas áreas han sido ocupadas por las disciplinas vecinas. En un momento concreto, la economía se encontró en una encrucijada de caminos: podía haber optado por la expansión intelectual, la penetración de otras disciplinas, a costa de la diversificación y a riesgo de dispersión (un riesgo asumido por la ciencia política); en lugar de eso, escogió permanecer resueltamente pura, verdadera para sí misma, perdiendo por tanto vastos territorios. Sin embargo, muchos economistas creen que la elección de la puridad, del rigor metodológico y la terminología hermética fue la elección correcta.

Queda así claro que la autosuficiencia, para usar una palabra familiar a los economistas, lleva más tarde o más temprano a un encogimiento de las fronteras. Pero esto no implica un empobrecimiento general, ya que las tierras abandonadas por los economistas fueron cultivadas pronto por otros. Esas tierras abandonadas tienen ahora sus propias banderas: la gestión, la economía política, la ciencia del desarrollo, el estudio comparativo de los países del Tercer Mundo, la historia económica y social. La posición de la economía en la constelación de las ciencias sociales podría haber sido más envidiable hoy si no se hubiese retirado sobre sí misma.

Esta situación es particularmente sorprendente por cuanto pocos académicos clásicos -de Marx a Weber y a Schumpeter, Polanyi, Parsons y Smelser (Martinelli y Smelser, 1990), sin olvidarnos de Pareto- han dejado de asignar un lugar central en sus teorías a la relación entre economía, sociedad y política. Todo un ejército de famosos economistas americanos ha dado prioridad al estudio de los fenómenos políticos, incluso, aunque hayan dejado un pie en la economía. Entre ellos están Kenneth Arrow, Anthony Downs, Kenneth Boulding, Charles Lindblom, James Buchanan, Gordon Tullock, Albert Hirschman, John Harsanyi, Herbert Simon, Duncan Black, Jerome Rosenberg, Thomas Schelling, Richard Musgrave, Mancur Olson y otros.

Algunos economistas eclécticos denuncian el reduccionismo que otros defienden, en particular con referencia a la investigación sobre el desarrollo: el desarrollo queda reducido al desarrollo económico; éste se ve reducido a crecimiento; que a su vez es reducido a inversión, en otras palabras, a acumulación. Ha llevado varias décadas destronar al PIB per cápita como el indicador compuesto del desarrollo. Gunnar Myrdal se quejó amargamente de los economistas que estaban a favor de los modelos unidisciplinarios.

En muchos países un buen número de economistas se ha encerrado en una torre de marfil y, como resultado, áreas enteras han escapado a su escrutinio. Su contribución al problema del desarrollo del Tercer Mundo, por ejemplo, es más bien modesta en comparación con el trabajo de los politólogos y los sociólogos. Esto es particularmente cierto en Estados Unidos, América Latina e India.

Si una disciplina tiene la tendencia a volverse sobre sí misma, si sus especialidades no hibridan, los territorios vecinos no permanecen estériles. Muchos economistas han tenido una actitud algo condescendiente hacia la ciencia política. Esto ha llevado al desarrollo, al lado de y en competencia con la economía, de un nuevo cuerpo colectivo, con una afiliación extremadamente activa y numerosa en Estados Unidos, Reino Unido y Escandinavia: la economía política recibió la protección de sólo uno de sus padres y, para nombrarla, se rescató un viejo nombre de la nomenclatura francesa de las ciencias. La economía política es actualmente una de las principales provincias de la ciencia política americana, con una gran producción y renombradas revistas. Es uno de los sectores más populares entre los estudiantes de doctorado en ciencia política.

La ciencia política es la gran beneficiaria del autoconfinamiento monodisciplinar de la economía.

Hace treinta años F. A. Hayek escribió que «nadie puede ser un gran economista si sólo es economista, e incluso estoy tentado de añadir que el economista que sólo es economista es probable que se convierta en una molestia, cuando no en un peligro real» (Hayek, 1956, p. 463). Quizá sea demasiado tarde para que la economía reconquiste los territorios conquistados por la ciencia política, la sociología, la historia económica, y en particular la economía política. Algunos economistas todavía lo esperan: «Es necesario reducir el uso de la cláusula *ceteris paribus*, para adoptar un enfoque interdisciplinar, es decir, para abrir la economía a la multidimensionalidad» (Bartoli, 1991, p. 490). El abandono del razonamiento por las asunciones y los teoremas no sería suficiente porque la realidad ha cambiado: «Los asuntos económicos se han politizado y los sistemas políticos se han preocupado cada vez más de los temas económicos» (Frieden y Lake, 1991, p. 5).

e) De la antropología política a los estudios de área híbridos

En unos pocos años en torno al final de la década de los cincuenta y comienzos de la de los sesenta, unas cincuenta colonias alcanzaron la independencia nacional. En esa época se envió -con la contribución financiera de las fundaciones americanas- a unos tres mil científicos sociales, entre los que había muchos politólogos, a Asia, África y América Latina con el fin de que estudiaran las naciones-Estado recién independizadas. Cubrieron el planeta con cientos de libros y artículos. Se han convertido en especialistas de área. Han sustituido a los académicos europeos que volvieron a casa tras la retirada de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda y Portugal de sus colonias.

Esta generación espontánea de especialistas de área nació híbrida. Los temas de sus investigaciones desdibujaban las fronteras disciplinares. A ellos y a sus sucesores se los confinó a países subdesarrollados no occidentales, a sociedades sin Estado, a lo que Joel S. Migdal llama «Estados débiles y sociedades fuertes», es decir, al territorio privilegiado de una antigua disciplina -la antropología- que había florecido en la Europa occidental del cambio de siglo. Los antropólogos europeos habían descubierto estas sociedades «primitivas» mucho antes de que lo hicieran los especialistas de área americanos.

Hay una diferencia fundamental entre los dos grupos. Los antropólogos europeos eran académicos monodisciplinares con una identidad, un vocabulario y un marco teórico claros. Eran exportadores de

conocimiento a todo el espectro de las ciencias sociales. Algunos tenían ambiciones imperialistas y proclamaban que la antropología era la ciencia maestra. Todas las demás disciplinas, incluidas la ciencia política y la sociología, eran consideradas por estos imperialistas intelectuales provincias de la antropología.

Pero cuando los imperios europeos que cubrían la mitad del planeta comenzaron a desintegrarse, estos antropólogos perdieron sus campos de investigación. La antropología quedó encogida. Los territorios abandonados les fueron entregados a sus especialistas de área. A diferencia de sus predecesores, los nuevos invasores no venían bajo una bandera disciplinar. Pocos se habían formado en la antropología y la mayoría no eran teóricos ni metodólogos. Las excepciones más famosas eran Davis Apter, Leonard Binder, James Coleman, Lucian Pye, Fred Riggs, Dankwart Rustow, Richard Sklar y Myron Wiener.

David Easton ansiaba por entonces establecer un nuevo sub-campo: la antropología política. Publicó un ensayo con ese título en 1959. Retrospectivamente puede decirse que se trataba de un niño enfermizo que nació en un momento en el que el nuevo poder hegemónico necesitaba especialistas no disciplinares en estos nuevos países (no expertos en antropología, una disciplina que comenzó a ser colonizada por otras disciplinas). Es significativo que en ese mismo momento Margaret Mead (1961, p. 475) estuviese asustada por ver a su disciplina «tragada» y «aislada de la comunidad de científicos y académicos». La buena y anciana antropología cayó desde el imperialismo a la condición de un «depósito científico inadecuado» (Mead. 1961, p. 476).

La antropología política no florece hoy porque es demasiado antropológica e insuficientemente política para un momento en el que los países pobres se están desarrollando, excepto en África, y están experimentando una creciente diversificación interna enfrentándose con el mundo económico global. El ensayo seminal de Lucian Pye de 1958 «The Non-Western Political Process» necesita una seria puesta al día que reduzca la escala de las dicotomías. El de la antropología política parece ser el único campo híbrido en declive.

Entretanto el sociólogo, economista y demógrafo francés Alfred Sauvy (1952,1956) sugirió que se llamase a estos infortunados nuevos países «el Tercer Mundo», por analogía con el Tercer Estado de antes de la Revolución Francesa. Esta etiqueta ha sobrevivido incluso aunque el «Segundo Mundo» *implosionase* en 1989. Es probable que más pronto o más tarde se abandone esta etiqueta porque incluye una variedad enorme de países: antiguas civilizaciones como China y Estados artificiales en África; países ricos como Arabia Saudí y extremadamente pobres. ¿Qué disciplina propondrá las nuevas etiquetas?

Los estudios de área del Tercer Mundo dan prioridad a los temas que parecen importantes para entender un país concreto. «No respetan las fronteras disciplinares» (Lambert. 1991, p. 190). En los estudios de área están bien representadas las humanidades. «Los especialistas de área que están en las ciencias sociales tienen probablemente muchísimo más contacto y una actividad intelectual compartida con las ciencias humanas que la mayoría de sus colegas de disciplina no orientados a los estudios de área»; es en el lugar donde se juntan la antropología, la historia, la literatura y la ciencia política donde «tiene lugar una buena parte del genuino trabajo interdisciplinar en los estudios de área» (Lambert, 1991, p. 192).

Al describir la lucha entre las disciplinas convencionales y los estudios de área, que ha afectado la propia identidad de los académicos, Lucian W. Pye (1975, p. 3) escribe: «La emergencia de la especialización de área ha cambiado las perspectivas y ha generado cuestiones que van a los fundamentos de las ciencias sociales». Estos fundamentos se han visto alterados mucho más por los campos híbridos situados en los intersticios de las disciplinas que por los estudios de área híbridos transversales.

f) El desarrollo político entre las ciencias sociales y naturales

La distribución geográfica de los distintos tipos de régimen político es un fenómeno chocante. Pero ha estado ausente de la literatura durante las últimas décadas como reacción contra las exageraciones del sociólogo Ellsworth Huntington, que fuera dura y correctamente criticado por el sociólogo Pitirim Sorokin en 1928. Esta crítica disuadiría a toda una generación de sociólogos y politólogos americanos de tomar en consideración los factores ambientales y climáticos.

Pero no permanecerían en silencio muchos destacados economistas. En 1955, W. Arthur Lewis advertía en su *Theory of Economic Growth*: «Es importante identificar las razones de por qué los países tropicales se han quedado atrás durante los últimos doscientos años en el proceso del moderno crecimiento económico» (Lewis, 1955, p. 53). John Kenneth Galbraith escribió en 1951: «Si se señala un cinturón de un par de miles de millas de ancho en torno al ecuador que dé la vuelta a la tierra, encontramos en él países no desarrollados (...) En todos lados, el estándar de vida es bajo y la duración de la vida humana es corta» (Galbraith, 1951, pp. 39-41). Charles Kindleberger (1965, p. 78) escribiría unos quince años después: «Sigue siendo un hecho que ningún país tropical en los tiempos modernos ha logrado un nivel alto de desarrollo económico». Kenneth Boulding (1970, p. 409) va un paso más allá: «El principal fracaso de la ciencia económica, sin lugar a dudas durante la última generación, ha tenido lugar en el campo del desarrollo económico (que) ha sido en gran medida un producto de zonas templadas».

Andrew Kamarck, director del Instituto de Desarrollo Económico del Banco Mundial, cita a estos economistas en su *The tropics and economic development* (1976). No hay ninguna referencia en absoluto a la política en ese libro y, sin embargo, se las arregla para desafiar nuestra percepción de la política en las áreas tropicales. La tripanosomiasis, transmitida por la mosca tse-tsé, impidió que buena parte de África progresase más allá del nivel de subsistencia: «Durante siglos, al matar a los animales de transporte, incitó el aislamiento del África tropical del resto del mundo y el aislamiento de los distintos pueblos africanos entre sí» (Kamarck, 1976, p. 38). Hace veinte años un área de África mayor en extensión que Estados Unidos se quedó sin ganado vacuno por esa razón (Kamarck, 1976, p. 39). La producción agrícola en los trópicos húmedos está limitada por la condición del suelo, que se ha convenido en arcilla roja (Kamarck, 1976, p. 25). Los estudios llevados a cabo en los años sesenta por la Organización Mundial de la Salud y por la Organización Mundial de la Alimentación estimaron que más de mil millones de personas en los trópicos y subtrópicos habían sido infectadas por lombrices parasitarias. La enfermedad del anquilostoma, caracterizada por la anemia, la debilidad y la fiebre, infectó a unos 500 millones en estas áreas (Kamarck, 1976, p. 75).

Estos factores ecológicos han sido confirmados por una considerable cantidad de investigación en áreas tropicales llevada a cabo durante las dos últimas décadas por geólogos, geógrafos, biólogos, zoólogos, botánicos, agrónomos, epidemiólogos, parasitólogos, meteorólogos, expertos del Banco Mundial y de varias agencias de las Naciones Unidas, y también por politólogos híbridos versados en agricultura tropical, explotación de minerales y condiciones sanitarias de estos países. La situación ha mejorado durante la última generación, de acuerdo con docenas de informes preparados por organizaciones internacionales.

Si traducimos estas condiciones socioeconómicas en términos políticos, merece la pena que nos hagamos preguntas como éstas:

- ¿Por qué están casi todas las democracias industriales pluralistas en zonas templadas?
- ¿Por qué ha tenido la India -que, de acuerdo con algunas teorías, «no debería ser democrática» y que es un país tropical relativamente pobre - no obstante un régimen democrático durante un largo período?

- ¿Hay alguna relación entre el hecho de que la mayoría de los treinta millones de kilómetros cuadrados del África continental (excluyendo la franja mediterránea) esté en los trópicos, y los hechos de que este continente sea el más pobre y no tenga ninguna democracia pluralista verdadera capaz de sobrevivir más allá de unos pocos años?
- ¿Hasta qué punto deberían incluirse los factores ecológicos en los parámetros del desarrollo económico, social y político?

Estas preguntas las puede hacer no sólo la «vieja escuela del desarrollo», sino también su sucesora, la nueva «escuela de la transición». Un equipo (G. O'Donnell, P. C. Schmitter y L. Whitehead) le dio a su libro el prudente título de *Transitiom from Authoritarian Rule*, que no indica el resultado final. Otro equipo (dirigido por L. Diamond, J. J. Linz, y S. M. Lipset) asumió un riesgo al sugerir, en el título de su libro *Democracy in Developing Countries*, que las instituciones democrática están ciertamente echando raíces en estos países, que previamente uno de esos compiladores consideraba que no reunían los «requisitos de la democracia».

Ninguno de los dos equipos hace una distinción explícita y funcional entre la democracia pluralista genuina, la poliarquía de Dahl, y un tipo de democracia limitada, parcial, de fachada o embrionaria. Los procesos de democratización, las etapas de la modernización, la liberalización, los juegos electorales, el respeto por los derechos humanos, sólo son pasos hacia el «modelo occidental». La palabra «democracia» usada hoy sin un adjetivo puede ser engañosa. Como admitiría cualquiera, hay una gran variedad de regímenes democráticos. La democracia viene por grados, como demuestran los datos recogidos por Raymond Gastil en su serie *Freedom in ihe World*. Sólo mediante una clara distinción entre tipos de democracia, sería posible formular una respuesta tentativa a la primera pregunta hecha más arriba: ¿por qué hasta ahora las democracias verdaderamente avanzadas han tendido a florecer en zonas templadas?

La India como país democrático constituye un caso clínico, una «anomalía» científica en el sentido dado a esta palabra por Thomas Kuhn. Los comparativistas interesados en este caso deberían proceder como los biólogos cuando tienen la buena fortuna de descubrir una anomalía. Podrían seguir el consejo de Claude Bernard en la *Introduction á la médecine expérimentale* (1865), que todavía constituye un libro pertinente. Podrían empezar con uno de los mejores indicadores que tenemos en la política comparada: la pequeña propiedad agrícola. El campesino indio es pobre, ipero es propietario!**2:**

En relación al África tropical y a otras áreas semejantes, deberíamos introducir en el dibujo a las ciencias naturales y a la demografía cuando preguntamos, como hace Samuel Huntington, ¿cuántos países llegarán a ser democráticos? La teoría de la dependencia quizá sea algo útil para América Latina y Europa del Este, pero lo es mucho menos para el África tropical. La literatura sobre los parámetros ecológicos de los trópicos puede contrastarse con la literatura sobre la transferencia de la fauna y la flora de una zona templada a otra, Por ejemplo, la obra de 1986 de Alfred Crosby sobre *Ecological Impenalism: The Biological Expansi3n of Europe 900-1900* arroja nueva luz sobre la construcción del poder americano. Si el eminente comparativista Charles Darwin estuviese todavía vivo, criticaría la monodisciplinariedad, en particular a W. W. Rostow, cuya teoría de las «etapas del crecimiento» no admite ningún límite físico o ambiental sobre el crecimiento.

g) La política comparada como dominio híbrido

El proceso de hibridación no aparece sólo en los intercambios de conceptos, teorías y métodos entre las disciplinas o los subcampos. Es también evidente en los intercambios de información, sustancia, indicadores, datos estadísticos y en la praxis diaria de la investigación empírica. Este comercio es excedentario en algunas disciplinas y deficitario en otras. La geografía social toma prestada información de la geografía física, que a su vez toma prestado de la geología, más bien que al revés. La ciencia política ha contraído una enorme deuda externa, porque la política no puede ser explicada exclusivamente desde la política. Los fenómenos políticos nunca se producen *in vitro*, de manera artificial en un laboratorio. Siempre están relacionados con una variedad de factores por detrás de la política. Se usan docenas de variables no políticas para explicar la política. Ésta es una de las principales razones de por qué la ciencia política está entretejida con las demás ciencias sociales.

El almacenaje de información que producen otras ciencias sociales es especialmente importante en el dominio de la política comparada, hasta el punto de que podría decirse que una comparación entre países engloba varias disciplinas. En la historia de la política comparada hubo un momento privilegiado de cooperación y convergencia durante los años sesenta. Durante los quince años que van de 1958 a 1972, se publicaron tres docenas de libros y artículos importantes, que compartían tres características: la comparación mediante cuantificación, la hibridación y el conocimiento acumulativo. «Esa combinación no se había logrado nunca antes en la historia de la ciencia política» (Dogan, 1994, p. 39). Este momento privilegiado marca también una ruptura con las comparaciones clásicas europeas al estilo sociológico de Tocqueville, J. S. Mill, Marx, Spencer, Weber y Pareto.

En ese particular momento, la sociología ya no estaba en el centro de la constelación de las ciencias sociales. Por primera vez en la historia de las ciencias sociales, ese lugar lo ocupaba la ciencia política. En la nueva constelación son visibles un buen número de estrellas, que es innecesario nombrar. Lo que habría que subrayar es el proceso de conocimiento acumulativo en el que han participado varias docenas de académicos y expertos especializados.

La señal de alarma sobre el estado parroquial de la política comparada -tras la subyugación de todas las ciencias sociales durante el período de totalitarismo en Europa (Scheuch, 1991) y antes de su renacimiento en Estados Unidos- fue dada por Roy Macridis en 1955. Más o menos en la misma época (1954), la Oficina Estadística de las Naciones Unidas comenzó a publicar «estadísticas sociales», ninguna de las cuales era política. Eran variables demográficas, de renta, estándar de vida, movilidad social, condiciones sanitarias, nutrición, vivienda, educación, trabajo, criminalidad.

En 1957 el Departamento de Asuntos Sociales y Económicos de las Naciones Unidas comenzó a publicar *Informes sobre la situación social mundial*. Los capítulos de estas publicaciones sobre «Las interrelaciones del desarrollo social y económico y el problema del equilibrio» (en el volumen de 1961) o sobre «Modelos socioeconómicos» (en el volumen de 1963) son contribuciones que pueden leerse hoy con gran interés, incluso aunque los datos políticos -tan importantes para la política comparada- estén ausentes de estos análisis.

Dos años después de que comenzara esa serie llegó *El hombre político* (1959) de Lipset, el libro más citado por los politólogos durante dos décadas. Sin embargo, de hecho este libro toma prestado de todas las ciencias sociales y muy poco de la ciencia política. Un año después Karl Deutsch publicó su «manifiesto» (Deutsch, 1960), seguido de un artículo seminal unos meses después (Deutsch, 1961). Ambos artículos tratan con indicadores que no son directamente políticos. Al año siguiente se publicó un importante artículo de Phillip Cutright (1963) que, visto retrospectivamente, parece haber sido profético: es el único artículo de esa época que da prioridad a las variables políticas. El mismo año Arthur Banks y Robert Textor publicaron su *A Cross-Polity Survey* (1963), en el que la mayoría de las 57 variables propuestas y analizadas no son políticas. Poco después, el primer *World Handbook of*

Political and Social Indicators (Russett et al., 1965) discutía 75 variables, de las que sólo 12 eran estrictamente políticas y otras ocho económico-políticas.

Un año después, G. Almond y G. Bingham Powell publicaron un libro fundamental, *Política comparada* (1966), en cuya base se observan varias ciencias sociales, en particular la antropología social. De ahí en adelante, el campo de las comparaciones internacionales se bifurcó. Un camino continúa con la investigación cuantitativa, en la que los colaboradores utilizan constantemente factores no políticos en sus análisis de las «correlaciones de la democracia». Un importante *input* reciente proviene nuevamente del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, el *Informe de desarrollo humano* (1990 ss.). En esta publicación se destrona al PNB y se lo sustituye por un nuevo indicador: la paridad adquisitiva.

El otro camino dio prioridad a las comparaciones sectoriales, por ejemplo los ocho volúmenes sobre el desarrollo político publicados por Princeton University Press, en los que la política constituye la mayor parte del tiempo una variable dependiente que se explica por factores no políticos. Hay diversas buenas revisiones de la escuela del «desarrollo político» (Almond, 1990; Wiarda, 1989). Esta escuela parece hoy haber alcanzado sus límites, estar fuera de la corriente, haber agotando el tema. Es un buen ejemplo de campos muy poblados, que están sujetos tras un período de productividad a tener rendimientos marginales decrecientes: "Cuanto más alta sea la densidad de académicos en un campo dado, menos probable será la innovación per cápita» (Dogan y Pahre, 1990, p. 36). Esta «paradoja de la densidad» señala a la marginalidad creativa como el opuesto de la densidad de académicos.

En el período reciente, el campo de la política comparada se ha expandido en todas las direcciones, penetrando en territorios de otras disciplinas: la transición a la democracia, los valores y las creencias, la crisis de confianza, la corrupción pública, la ingobernabilidad, los límites para el crecimiento, etc. (Estas nuevas direcciones figuran en muchos otros capítulos del *Nuevo Manual*). ¿Se está haciendo imperialista el campo de la política comparada?

Como podemos ver, la política comparada no consiste sólo en el análisis entre naciones. Es necesariamente también una empresa entre distintas disciplinas porque en la investigación Comparada cruzamos unidades (naciones) y variables (numéricas o nominales). Generalmente, las variables son más numerosas que las unidades. Las relaciones entre variables son frecuentemente más importantes para las explicaciones teóricas que el descubrimiento de analogías y diferencias entre naciones.

En la política comparada no hay un solo libro importante que intente explicar la política estrictamente mediante variables políticas, excepto en temas constitucionales. Pero naturalmente la dosis de hibridación varía según la materia y la capacidad del autor para dejar en la sombra lo que debería admitirse implícitamente. Por ejemplo, en sus comparaciones de sistemas políticos, académicos como Klaus von Beyme o Giovanni Sartori podrían no necesitar discutir en detalle la estructura social o la diversidad cultural. Por el contrario, Arend Lijphart (en su comparación de democracias consociativas) y Ronald Inglehart (en su análisis de creencias y valores) tienen que subrayar la importancia de las variables sociales, religiosas, lingüísticas e históricas. En estos casos, Lijphart e Inglehart cruzan las fronteras disciplinares más de lo que lo hacen Von Beyme y Sartori.

La política comparada a través de disciplinas diversas significa, en primer lugar, cruzar la historia. La relación entre la historia comparada y la política comparada merece una larga discusión. Lo que llevamos dicho es suficiente para admitir que los dos subcampos no cooperan a lo largo de sus fronteras comunes, sino sólo en ciertos pasos, generalmente en el territorio de otros campos híbridos: la sociología histórica, la historia social, la historia económica, la historia cultural, las comparaciones asincrónicas. Algunos de los libros más importantes en política comparada pertenecen también a esta «historia unida con guiones», desde *Homo Hierarchicus* de Dumont, De

Jericho á México, villies et économie dans l'histoire de Bairoch, *Oriental Despotism* de Wittfogel, *El moderno sistema mundial* de Wallerstein, hasta *The First New Nation* de Lipset o *Kings or People de Bendix*. Irónicamente, estos contribuidores a la política comparada y a la historia con guiones no son ni politólogos ni historiadores; son, administrativamente, sociólogos.

IV CONCLUSIÓN

Distintas disciplinas pueden proceder a examinar el mismo fenómeno desde distintos focos. Esto implica una división de territorios entre las disciplinas. Por el contrario, la hibridación implica un solapamiento de segmentos de disciplinas, una recombinación de conocimiento en nuevos campos especializados. La innovación en los distintos sectores de la ciencia política depende en gran medida de los intercambios con otros campos que pertenecen a otras disciplinas. En los niveles más altos de la pirámide de la ciencia política, la mayoría de los investigadores pertenecen a una subdisciplina híbrida: la sociología política, la economía política, la psicología política, la filosofía política, la geografía política, la administración pública, los estudios de área, etc: Alternativamente, pueden pertenecer a un campo o subcampo híbrido: el comportamiento de las masas (relacionado con la psicología social), el reclutamiento de elites (relacionado con la sociología y la historia), la política urbana (relacionado con la geografía social), los Estados del Bienestar (relacionado con la economía social y la historia social), los valores (relacionado con la filosofía, la ética y la psicología social), las capacidades de gobierno (relacionado con el derecho y la economía), la pobreza en los países tropicales (relacionado con la agronomía, la climatología y la geografía económica), el desarrollo (relacionado con todas las ciencias sociales y varias naturales).

Probablemente hay tanta comunicación con los de fuera como entre subcampos internos. Por ejemplo, un psicólogo político que estudia los movimientos de protesta y la alienación interactúa sólo un poco con el colega que utiliza la teoría de juegos para estudiar el mismo tema. Puede encontrar un terreno intelectual común con el historiador social que estudia el fenómeno en épocas anteriores o con el sociólogo que estudia el impacto del desempleo o la inmigración sobre la violencia y la deslegitimación en algunos países europeos. No hay comunicación entre dos politólogos que analizan la crisis del sistema de seguridad social, uno mediante la construcción de modelos abstractos, el otro mediante el estudio del lenguaje de la calle. El primero está en contacto con otros constructores de modelos en la economía, y el segundo cita a académicos de otras disciplinas.

Todos los temas importantes cruzan las fronteras formales de las disciplinas: la quiebra de las democracias, la anarquía, la guerra y la paz, el cambio generacional, el nexo libertad-igualdad, el individualismo en las sociedades avanzadas, el fundamentalismo en las sociedades tradicionales, la clase gobernante, la opinión pública. La mayoría de los especialistas no están localizados en el así llamado núcleo de la disciplina. Están en los márgenes de fuera, en contacto con los especialistas de otras disciplinas. Prestan y toman prestado en las fronteras. Son académicos híbridos. El número de politólogos «generales» decrece rápidamente. Todos tienden a especializarse en uno o varios dominios. Cuando dos politólogos se encuentran por primera vez, la pregunta espontánea que se hacen es: « ¿A qué campo te dedicas?». Esto también es así en otras disciplinas. En los congresos profesionales, los académicos se encuentran de acuerdo con sus especialidades. Los congresos que juntan a multitudes de personas que tienen poco en común consumen mucha energía, que podría invertirse mejor en la organización de encuentros por campos que junten a especialistas de varias disciplinas.

Suponga que fuese posible seleccionar entre todos los politólogos de los distintos países a los quinientos o seiscientos académicos que están llevando a cabo la investigación más creativa, aquellos que hacen avanzar el conocimiento, los más renombrados. Suponga también que de este estrato superior de la eminencia eliminamos a los académicos especializados en temas constitucionales y en procesos gubernamentales de su propio país, algunos de los cuales son famosos en su propio campo. Tras hacer esta doble delimitación, descubriríamos que entre este conjunto de académicos, la mayoría no son politólogos «puros». Son especialistas en un dominio de investigación que no es exclusivamente político. Quienes se encierran a sí mismos en las fronteras tradicionales de la ciencia política están estrechando sus perspectivas y reduciendo las oportunidades que tienen para innovar, a excepción de los temas constitucionales y la organización del aparato del Estado.

En el otro extremo están los imitadores entusiastas. En algunos dominios, los préstamos se convierten en una imitación demasiado simple y no en una adaptación imaginativa. Si fuera posible jerarquizar los distintos subcampos y escuelas en una escala de eclecticismo, nos aparecería que las dos escuelas que más imitan son la del análisis estadístico sofisticado y la de las asunciones heurísticas económicas. Ya me he referido a los sobrecuantificadores. Recorro a Neil J. Smelser, especialista en sociología económica, para un juicio salomónico sobre la construcción de modelos económicos: «El modelo de Anthony Downs del comportamiento político imita a la teoría económica al postular una versión de la racionalidad política y al construir una teoría del proceso político sobre ésta y otras asunciones simplificadoras» (Smelser, 1967, p. 26).

La ciencia política vive en simbiosis con las demás ciencias sociales, y continuará siendo una ciencia creativa en la medida en que siga siendo extrovertida. De hecho, esta ciencia no tiene elección porque está genéticamente programada para generar nietos que hablarán distintas lenguas y se sentarán, como dice Almond, en «mesas distantes». Estas mesas son distantes porque están colocadas en los intersticios de las disciplinas en el enorme territorio interior de la ciencia política.

NOTAS

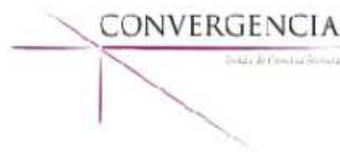
1 De hecho, podríamos construir un <<Árbol Genealógico de la Ciencia Política>> a través de las distintas naciones. <<El contenido de la investigación politológica sueca antes de 1945 estaba dominado por tres corrientes principales, cada una de estas corrientes se orientaba hacia alguna otra disciplina académica: derecho constitucional, historia, filosofía. >> (Ruiz, 1982, p. 229). En la India, << mientras que en el pasado la ciencia política ha estado irrigado abundantemente por las corrientes de pensamiento originadas en disciplinas como la filosofía, el derecho y la historia (...), ningún profesor de ciencia política puede permitirse hoy en la India prescindir del contacto con los últimos avances de disciplinas como la sociología, la antropología social, la economía, la gestión y la administración públicas >> (Narain y Mathur, 1982, p. 227).

2 Sobre la propiedad de la tierra, Véanse los datos recogidos por Tatu Vanhamen.

Fernando Barrientos del Monte

La Ciencia Política en América Latina. Una breve introducción histórica
Convergencia. Revista de Ciencias Sociales, vol. 20, núm. 61, enero-abril, 2013, pp. 105-133,
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10524674005>



Convergencia. Revista de Ciencias Sociales,
ISSN (Versión impresa): 1405-1435
revistaconvergencia@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

[¿Cómo citar?](#) | [Fascículo completo](#) | [Más información del artículo](#) | [Página de la revista](#)

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La Ciencia Política en América Latina. Una breve introducción histórica

Political Science in Latin America; a brief historical introduction

Fernando Barrientos del Monte

Universidad de Guanajuato, México / f.barrientos@ugto.mx

Abstract: This essay provides a model to analyze the development of political science in Latin America along the last sixty years. It identifies some of the theoretical disciplines, such as law and sociology, which set it in motion at the beginning, but at the same time they hindered its development as an independent science until recent decades in which political approaches predominate. Likewise, this essay shows the structural conditions of its development through the illustration of several variables, such as the proliferation of academic programs, political science scholar associations and academic production in journals, in order to evaluate the degree of institutionalization of political science in Latin America thus far. It concludes that political science in Latin America has accomplished its autonomy as an independent science, but it shows great diversity across the region.

Key words: political science, political scientists, Latin America, history, social sciences.

Resumen: En este ensayo se esboza un esquema para analizar el desarrollo de la ciencia política en América Latina de los últimos sesenta años. Se identifican algunas de las corrientes intelectuales que la impulsaron inicialmente, tales como el derecho y la sociología, mismas que también dificultaron su autonomía, hasta llegar a la época actual, donde predominan los enfoques propiamente politológicos. Se hace un balance de las condiciones estructurales en las cuales se ha desarrollado y se exponen algunos elementos que permiten valorar el grado de institucionalización en que se encuentra actualmente, tales como los programas de estudio, asociaciones de politólogos y publicaciones relativas a la materia. Se concluye que la ciencia política latinoamericana ha logrado su autonomía y se ha institucionalizado, pero con grandes divergencias entre los países de la región.

Palabras clave: ciencia política, politólogos, América Latina, historia, ciencias sociales.

Introducción

La reflexión sobre la política en América Latina (AL) tiene una larga data como la historia misma de la región. Empero, como sucedió en Europa occidental y Estados Unidos (EUA), el análisis científico de la política es relativamente reciente, pues durante siglos su estudio estuvo dominado por la filosofía y la teoría políticas, la historia de las doctrinas políticas y el derecho constitucional. A finales del siglo XIX y principios del XX se empieza a consolidar, en consonancia con la filosofía positivista y el nacimiento de la sociología, la ciencia política (CP) centrada en el análisis empírico de los procesos políticos. Desde sus inicios la ciencia política ha padecido dilemas que van desde su propia denominación y autonomía respecto de otras ciencias sociales, hasta problemas en torno a cuáles debían ser su objeto y su método de estudio (Heller, 1933: 6).

Todavía hace algunas décadas no solamente no existía consenso entre los científicos sociales alrededor de la idea de política, sino que tampoco lo había respecto a la denominación de la materia. De la sociología, el derecho, la economía y la historia se importaron teorías, conceptos y metodologías de las cuales emergieron varios enfoques que la enriquecieron, pero al mismo tiempo dificultaron su autonomía.

Como señaló hace varios años Francis J. Sorauf (1967: 34), “la ciencia política se ha dedicado inveteradamente a tomar prestado”; gran parte de su historia y desarrollo es un relato de selección de ideas y técnicas procedentes de otras ciencias sociales, pero también de integración de lo viejo y lo nuevo, y de readaptación de antiguas tradiciones.

Las divergencias en torno a su naturaleza empezaron a despejarse en los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial con la difusión de las tendencias intelectuales que desde finales del siglo XIX pugnaban por dejar atrás la impronta del formalismo (Orren y Skowronek, 1999: 378), buscando una ciencia especializada que con su propio lenguaje lograra producir descripciones e interpretaciones empíricas y relevantes. Ello tuvo mayor impulso con la aparición de la corriente conductista en los años cincuenta, marcando un antes y un después, entre la “vieja” ciencia política como era entendida hasta entonces y la “nueva” ciencia política,¹ la cual habla de “variables” depen-

1 Según Sola (1996: 19), dos obras representan este paso entre la vieja y nueva ciencia política: *Power and Society* (1950) de H. Lasswell y A. Kaplan, y *The Political System* (1953) de D. Easton, el primero cerrando la época de la politología clásica a partir de una sistematización del patrimonio conceptual producido desde Aristóteles hasta la Segunda Guerra Mundial;

dientes e independientes así como de “causas” o de “temáticas”, que descubre “uniformidades” y “correlaciones” pero también “leyes” y “generalizaciones”; y que recurre a “perspectivas de análisis” y a “teorías de alcance medio” en lugar de “sistemas científicos” o “conceptos” o “criterios” que traten de definir la *esencia* de los fenómenos estudiados (Sola, 1996: 13-17). Así la (nueva) ciencia política —a nivel internacional— logró consolidarse, y al mismo tiempo, generó a su interior la incómoda fragmentación (Almond, 1990) que empero no ha dificultado escribir su breve historia.

La inserción de la ciencia política en AL vino de la mano de los juristas, como en casi todo el mundo, pero en lugar de adquirir autonomía con el pasar de los años fue colonizada por otras perspectivas y metodologías, del derecho mismo y luego de la sociología. La disciplina en la región no sólo ha estado sometida a sus propios dilemas, también quienes la practicaron sufrieron primero la falta de estructuras para la investigación —facultades, escuelas, institutos y recursos— que incentivaran su desarrollo, y posteriormente, entre las décadas de 1960 y 1970 durante las dictaduras, el cierre de las escuelas, la persecución y el exilio.

Empero, en algunos países la situación fue diferente, y paradójicamente el autoritarismo como en Brasil y México promovió condiciones que favorecieron su desenvolvimiento. Existe una fuerte relación entre el desarrollo de la ciencia política y la democracia, como señaló Huntington (1992: 132), “donde la democracia es fuerte la ciencia política también lo es; donde la democracia es débil la ciencia política es débil”. Por ello, en el contexto de los procesos de democratización en los años ochenta se observa la intensificación del crecimiento de la disciplina, empujado por el interés de comprensión de las democratizaciones y los cambios del contexto internacional. Tales procesos impulsaron la creación y aumento de nuevas escuelas y facultades, programas de licenciatura y posgrado, fundación de revistas especializadas y consecuentemente, aunque en menor medida, la institución de asociaciones de politólogos.

A la fecha son pocos los análisis históricos sobre la ciencia política en AL, los existentes prácticamente se han abocado a analizar en periodos muy reducidos o las agendas de investigación, centrándose sobre todo en los últimos años y en realidades nacionales específicas. La ausencia de estudios que abarquen periodos más amplios se explica: a) por su débil presencia a nivel re-

mientras que el segundo “abre” la época de la politología contemporánea a partir de una crítica de los estudios politológicos que desde el siglo XIX se habían desarrollado en Europa y en EUA, y agrega las consideraciones que el estudio de los fenómenos políticos debería tener .

gional, ya que mientras en algunas naciones la disciplina se empezó a cultivar desde el siglo XIX, en otras fue hasta finales del siglo XX; b) las divergencias entre países, pues mientras en algunos las estructuras de docencia e investigación se desarrollaron y perduraron, en otros, a pesar de existir interés en la disciplina, no existían los recursos ni los incentivos para crearlas; y c) por la difícil identificación de la autonomía disciplinaria, pues todavía antes de los años ochenta era difícil encontrar estudios propiamente politológicos.

Historiar la ciencia política

De acuerdo con T. S. Kuhn (1974), al hacer historia de *una* ciencia se puede optar por llevar a cabo una historia *interna*, analizando los manuales, libros y revistas teniendo un amplio dominio sobre ella y de las tradiciones que preceden a los descubrimientos y análisis contemporáneos. Implica observar el desarrollo de la sucesión de los paradigmas dominantes (Kuhn, 1962) o la competencia entre ellos (Lákatos, 1970). La otra vía es la historia *externa*, situando los desarrollos científicos en el contexto sociocultural.

En la ciencia política se ha optado regularmente por la historia interna y menos por vías externas o eclécticas. El interés en los últimos años por la historia de la disciplina es notorio por la aparición de obras en las cuales algunos de los padres fundadores de la ciencia política moderna y otros autores hacen una revisión profunda a partir de sus experiencias personales: *European Comparative Politics, The story of a profession* (Hans Daadler, 1997), *Passion Craft and Method in Comparative Politics* (Munck y Snyder, 2007) y *Maestri della Scienza Politica* (Campus y Pasquino, 2006).

Si estamos de acuerdo en que la ciencia política la definen quienes la practican (Stoker, 1997: 19), la importancia de dichos textos radica en que repasan en voz de los fundadores el estado del arte y las perspectivas a futuro. Una obra que merece atención por su amplitud y erudición es la *Storia della Scienza Politica* de Giorgio Sola (1996) que recorre el devenir de la disciplina internamente, a través de los diversos *paradigmas* que han prevalecido en su relativa corta vida entendida como ciencia empírica. El interés en hacer una retrospectiva de la ciencia política está, como señala Morlino (2000), impulsado en parte por el fin de un siglo y el inicio de otro que obliga a la reflexión sobre el *hacer*, pero también por la necesaria pregunta: ¿Dónde estamos y hacia dónde vamos? En la revisión del desarrollo de la disciplina en AL se han seguido varios caminos regularmente centrados en realidades nacionales: Argentina (Aguirre, 1979; Mazzocone *et. al.*, 2009), Brasil (Michetti y Miceli, 1969; Spina, 1997), Colombia (Sánchez, 1994; Leal, 1994), México (Meyer

y Camacho, 1979; Merino, 1999; Zamitiz y Alarcón, 1999; Rivera y Salazar, 2011; Alarcón, 2011), Perú (Tanaka, 2005; Gómez, 2008) Venezuela (Álvarez y Dahdah, 2005), y pocos pero sustanciosos análisis regionales (Kling, 1964; Nun, 1967; Flores Olea, 1967; Fortín, 1971; García, 1975; Kaplan, 1970; Altman, 2004 y 2011) incluido el número 25 (2005) de la *Revista de Ciencia Política* de Chile, así como el *Dossier Ciencia Política ¿crisis o renovación?* de la revista *Andamios* (2009) de México.

Tales reflexiones han tenido como punto de partida, implícita o explícitamente, una concepción amplia o estricta de la misma.² La amplitud que puede abarcar la reflexión política en AL es tan vasta que no sorprende el cuestionamiento de Nun: “¿Cómo se explica esta situación en una AL en que hasta las mesas de café se postulan como cátedras de Ciencia Política?” (1965: 288). Con menos sorpresa, Nohlen (2006: 18) señala que persiste la dificultad de “diferenciar bien entre estudios políticos realizados por académicos provenientes de disciplinas vecinas como la Historia, la Sociología o la Economía y la Ciencia Política propia”. De allí que para algunos la Ciencia Política en AL sólo se pueda ver como el pasaje de lo tradicional a lo moderno (Kling, 1964).

Por ello no es fácil señalar un momento fundacional de la ciencia política latinoamericana, pero desde que empezó a diseminarse por los centros de estudio y universidades de la región a partir de los años cincuenta ha compartido los dilemas y cuestionamientos que al interior de ella se han presentado a nivel mundial pero con tres características singulares: a) a *nivel estructural*, un grado de institucionalización desigual. Mientras en algunos países la ciencia política tuvo espacios específicos —escuelas, institutos o facultades universitarias— ya desde los años cincuenta para acoger a una comunidad dedicada a ésta —como inicialmente en México, luego en Brasil, Chile, Argentina y Uruguay—, en otros fue hasta la década de 1980; b) en *el plano intelectual*, dos tendencias que se superponían o se combinaban: una que implicaba absorber las *influencias externas* (teorías y corrientes de pensamiento, modas intelect-

2 Como ha señalado Bobbio (1981: 218), la ciencia política en *sentido amplio* “denota cualquier estudio de los fenómenos y las estructuras políticas conducidas con sistematicidad y rigor”; de allí que para algunos abarque todas las formas de pensamiento político desde la Antigüedad hasta nuestros días. Mientras que el *sentido estricto* “designa a la ciencia empírica de la política, conducida según la metodología de la ciencia empírica más desarrollada como es el caso de la física, la biología, etc.”; coincide con la idea de ciencia política dominante en la actualidad, se circunscribe propiamente a una concepción de análisis empírico de los fenómenos políticos con el apoyo de diversas técnicas de análisis y en más recientemente con avanzados programas estadísticos en computadoras.

tuales y metodologías) europeas y norteamericanas, y otra que se dedicaba a crear *escuelas internas* o de pensamiento propio dadas las características tan diferentes de las problemáticas en AL.; c) en el ámbito de la *profesión*, los politólogos en AL han tenido tres vías de desarrollo: la academia (docencia e investigación), el servicio público (nacional e internacional) y los medios de comunicación.

Dependiendo de cada país la realidad ha afectado de diversas maneras su desarrollo; ante las carencias económicas que restringen las posibilidades de investigación, muchos politólogos latinoamericanos optan por desempeñarse en otras áreas pero con poca relación con la disciplina misma. Otros se mantienen en la academia, pero buscan el impacto de sus opiniones en los medios de comunicación, donde generalmente son mucho más valorados y obtienen mayores recursos por dicha actividad.

Siguiendo a Octavio Ianni (1971: 85), se puede pensar la ciencia política en AL a partir de dos ejes: a) como una manifestación del estado de la sociedad en la que se desarrolla, y b) como reflejo de las posturas que asume ante su presente y/o sus contemporáneos.³ En los siguientes apartados se analiza sucintamente el proceso de institucionalización y desarrollo intelectual de la disciplina, tratando de identificar la situación de las estructuras dedicadas a la disciplina y, al mismo tiempo, las corrientes dominantes en el estudio de la política desde antes de la segunda mitad del siglo XX hasta inicios del siglo XXI: 1) la visión originaria del derecho; 2) las corrientes sociológicas —principalmente estructural funcionalista y marxismo—; y 3) la pluralista o politológica en sentido estricto.⁴

La búsqueda de autonomía e identidad

Entre las décadas de 1930 y 1950, las ciencias sociales en AL cobran singular importancia, lo que impulsa la búsqueda de una vía especializada para el estudio de la política. El derecho, principalmente, fue el origen de la ciencia política en los países donde ésta empezó a dar sus primeros pasos, condición que al mismo tiempo hizo lento el proceso de autonomía y consolidación.

3 Coincide también con Sartori (1971:3): “La noción de ‘ciencia política’ en relación con dos variables: 1) el grado de organización del saber —pensamiento científico— y 2) el grado de diferenciación estructural de los agregados humanos —configuraciones sociales—”.

4 No se debe entender tales corrientes dominantes como las únicas, pues al mismo tiempo convivían otras perspectivas pero con menor influencia, así como en la actualidad no se puede afirmar que exista un paradigma único.

Cada país adoptó la disciplina siguiendo dinámicas internas de las propias academias y universidades. Los primeros intentos de autonomizar la disciplina en la región coinciden con la afirmación de la ciencia política de corte empírico en EUA y en menor medida en Europa gracias a la denominada *revolución conductista*, con la diferencia de que en AL en tales décadas dominan los estudios del tipo jurídico-institucionalista, es decir, el institucionalismo clásico, el constitucionalismo, el estudio de las normas y leyes, y la Teoría del Estado como perspectiva dominante.

Una ciencia política anclada en el formalismo jurídico (Fortín, 1971: 1) y, como consecuencia, enseñada en las aulas de las Facultades de Derecho y sólo en algunos países en escuelas o facultades propiamente de ciencia política. En México, por ejemplo, siguiendo las recomendaciones de la ONU para “crear instancias encargadas de formar a los ciudadanos que deberían representar a su país en foros internacionales y también a quienes deberían crear y dirigir las nuevas instituciones que darían consistencia y fortaleza a los Estados jóvenes o en proceso de desarrollo”, en 1951 se funda la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Nacional (UNAM) (Torres, 1990: 150).

Algunos juristas fueron los impulsores de crear una escuela que emancipara los estudios políticos de las aulas del derecho, de allí que durante muchas décadas y todavía hoy, los constitucionalistas incursionan fuertemente en las áreas politológicas. De la misma forma en Argentina existía una tradición formalista de estudios políticos que se desarrollaba sobre todo en las facultades de derecho y sociología.

Aguirre (1979: 19) afirma que la ciencia política en dicha nación nació “de la mano de los juristas y hombres de acción”, legado que todavía continúa. Fue en este país donde se crearon los primeros Doctorados en Ciencias Políticas en AL: en 1927 en la Universidad Nacional del Litoral, sus antecedentes se encuentran con la instauración en 1919 de las licenciaturas en Servicio Consular y Diplomático, transformándose en 1929 en Licenciaturas en Ciencias Políticas y otra en Diplomacia y Relaciones Internacionales, empero, manteniendo una gran dependencia del Derecho tanto en la orientación como en el cuerpo de profesores (Bulcorf y D’Alessandro, 2003: 141). Los cursos existentes sobre la materia tenían el objetivo de “arraigar las instituciones de la Constitución, bajo un marco positivista de confianza en la Razón”, es decir, una ciencia política “formalista” centrada en los marcos legales donde se desenvuelve la acción política (Leiras, Medina, D’Alessandro, 2005: 77).

La dependencia hacia la disciplina del Derecho subsistió prácticamente durante varios años más en países como Venezuela, donde en 1958 se funda

el Instituto de Estudios Políticos (IEP) como parte de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas con una notable influencia del Derecho Constitucional en sus programas, situación que cambia hasta la década de 1970 (Álvarez y Dahdah, 2005: 246-247). En Colombia todavía hasta finales de los años sesenta la ciencia política no se consideraba como una disciplina independiente (Sánchez, 1994: 15), y desde el punto de vista formal eran las facultades de Derecho las que otorgaban títulos con el apéndice “Ciencias políticas” y la enseñanza de la materia se limitaba en muchos casos al Derecho Constitucional.

En Uruguay la primera cátedra de ciencia política inicia en la Facultad de Derecho de la Universidad de la República en 1957, y posteriormente se crea una más en la Facultad de Economía, pero no se funda una institución propia hasta 1985 teniendo como origen la Facultad de Derecho (Garcé, 2005: 233). Lo mismo sucedía en Perú donde todavía hasta los años setenta el estudio de la política estaba en manos de abogados constitucionalistas dentro de las facultades de derecho y ciencias políticas por un lado, y por sociólogos e historiadores con una marcada formación marxista por otro (Tanaka, 2005: 223).

Una de las primeras universidades centroamericanas en cuyos planes de estudio figuraba la asignatura “ciencia política” fue en la Facultad de Derecho de la Universidad de Panamá, al menos desde 1935 (Quintero, 1975); no obstante nunca logró desarrollarse como una ciencia autónoma, no se creó una facultad propia ni existe un título de politólogo a la fecha (2010). En Argentina la disciplina empieza a adquirir autonomía pero sin profusa difusión con la creación en 1957 del Instituto de Ciencia Política en la Universidad del Salvador (privada), instaurándose en 1960 una licenciatura y en 1964 el doctorado.

Dicho proyecto significó en su momento un primer intento de introducir el modelo pluralista en contraparte al jurídico formalista que imperaba en otras universidades. No es casualidad que las primeras facultades, cátedras e institutos de ciencia política hubieran tenido como origen las facultades de Derecho. En el caso de EUA a finales del siglo XIX, como en AL a principios del siglo XX, la corriente legalista o *Staatslehre* fue importada de Alemania por renombrados estudiosos del derecho (Easton, 1974: 361). La idea de Estado, como “sociedad políticamente organizada” se concibe como el punto de partida fundamental para el estudio de los diversos fenómenos políticos. La relación de la política con las estructuras jurídicas es inevitable de allí que la ciencia política, señalaba Van Dyke, “se ocupa de las leyes generales, se las llame o no por su nombre” (en Serra, 1964).

Desde este enfoque, la ciencia política trata de “deducir los principios que gobiernan al Estado, explicar la naturaleza del fenómeno político, encontrar

las leyes de su crecimiento y las formas de su desenvolvimiento” (Serra, 1964: 171).⁵ Ya en esos años se decía que la ciencia política “lucha afanosamente para lograr su propia identidad y salir de su círculo elitista para alcanzar a las naciones subdesarrolladas” (Serra, 1964: 98).

La búsqueda de identidad como ciencia está relacionada inextricablemente con el método a seguir. Precisamente en la época en que esta perspectiva dominaba, la UNESCO (1950) llevó a cabo una encuesta entre estudiosos de la disciplina sobre el “método en la ciencia política”. Las respuestas mostraron una variedad de metodologías que quizá hoy no se considerarían como tales: filosófico, dialéctico, jurídico, histórico, sociológico, psicológico, económico, normativo, métodos de la libertad, el de las ciencias de la naturaleza, experimental, integral, estadístico, etcétera.

La característica central de esta terminología era su ambigüedad pues los diversos especialistas dieron al concepto “metodología” una acepción diferente. De allí que la perspectiva jurídica de la ciencia política considerara que ésta no tenía un método, y que para entender la política sólo es posible si se le aborda con métodos históricos, jurídicos, sociológicos, filosóficos “y con algunos otros más” (Serra, 1964: 187).

A partir de 1949 se sientan las bases de una interpretación del desarrollo económico y social latinoamericano que tendría impacto en el desenvolvimiento de las ciencias sociales en la región y en la ciencia política en específico: el *dependentismo*. Para muchos politólogos en AL este enfoque superaba a los jurídicos y normativos de la ciencia política. Dicha teoría tendría su auge sobre todo en los años sesenta y en la cual convivirían varias corrientes (cepalistas, estructuralistas, neomarxistas, marxistas ortodoxos, etc.)⁶ pero compartiendo los aspectos centrales de la misma.

El *dependentismo* nace como una crítica al modelo de Industrialización vía Sustitución de Importaciones (ISI) en boga en esos años. Los dependentistas argumentaban que éste no podía generar desarrollo económico autosustentable sino una (nueva) situación de dependencia de los países latino-

5 De esta perspectiva, podemos señalar algunos textos que se convirtieron en referencias obligadas: 1) J. Maritain (1952), *El hombre y el Estado*, Buenos Aires: Guillermo Kraft; 2) H. Heller (1942), *Teoría general del Estado*, México: FCE; 3) H. Kelsen (1934), *Teoría general del Estado*, Barcelona: Labor.

6 Para R. H. Chicote (1974), el *dependentismo* tenía una naturaleza ecléctica, con una amplia variedad de posiciones ideológicas. A. Gunder Frank (1991) en un análisis más detallado encuentra que en la clasificación de los “dependentistas” como escuela de pensamiento existía una dispersión muy amplia que dependía de sus orígenes teóricos.

americanos hacia los países más desarrollados. La dependencia no era efecto de la relación desigual entre centro y periferia, ni una continuación de aquella dependencia colonial basada en el comercio de exportación y la dependencia financiera industrial caracterizada por el dominio del grandes capitales hegemónicos de finales del siglo XIX (Chilcote, 1974: 9), sino una condición consustancial a las características de las formaciones histórico-sociales latinoamericanas y ésta continuaría bajo cualquier modelo a no ser que se cambiaran las estructuras internas que reforzaban dicha dependencia (Hodara, 1976).

Esta visión trajo consigo un amplio abanico de discusiones en torno a la *dependencia* que iba más allá de la economía. Se hablaba entonces de la *dependencia cultural* e ideológica como reflejo de la *dependencia estructural* y que por lo tanto abarcaba amplias áreas científico-técnicas y filosófico-intelectuales.⁷ Las ciencias sociales en los países no centrales, y en particular la ciencia política y la sociología, estaban impregnadas de la visión del mundo dominante. El *dependentismo* fue un enfoque que promovía el desarrollo de “ciencias sociales” propiamente latinoamericanas y perduraría todavía hasta entrada la década de los setenta del siglo XX en algunas universidades. Su éxito, no obstante relativo, se debió a que fue y ha sido quizá la única teoría social netamente latinoamericana.

Las vicisitudes de la disciplina ante el autoritarismo

Los años sesenta y setenta fueron muy favorables para el florecimiento de la ciencia política en AL no obstante con significativas divergencias entre los países. Durante la segunda mitad de los años sesenta se observa una diferencia respecto a los años anteriores en su desarrollo. En 1959 el jurista y politólogo español Manuel García-Pelayo funda el Departamento de Estudios Políticos (hoy Instituto) en la Universidad Central de Venezuela. Para 1966 en Chile con el apoyo del Banco Interamericano (BID), se crea dentro de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) la Escuela Latinoamericana de Ciencia Política y Administración Pública (ELACP), la cual comienza a publicar en 1970 la *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*

7 Octavio Ianni (1971: 174) refiere una amplia lista de obras que tratan la cuestión, lo que muestra una creciente preocupación por el *dependentismo ideológico* en la época, por ejemplo: O. Fals Borda (1970), *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México: Nuestro tiempo; A. Salazar Bondy (1968), *¿Existe una filosofía de nuestra América?*, México: Siglo XXI; Eliseo Verón (1968), *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires: Ed. Jorge Álvarez.

lo que representaba un primer esfuerzo de carácter regional para su consolidación, y un año antes, en 1969 se crea el Instituto de Ciencia Política en la Universidad Católica de Chile. En Brasil se funda un Departamento en la Universidad Federal de Minas Gerais y el Instituto Universitario de Investigación de Rio de Janeiro (IUPERJ).

Otras escuelas de Ciencias Políticas se crean en la misma década como en Cuba (1961), Guatemala (1968) y Costa Rica (1968). En 1968 en Colombia se crea el departamento de ciencia política en la Universidad de los Andes, según Bejarano y Wills (2005: 112) no fue coincidencia que fuese en una universidad privada, ya que en el país había un contexto político efervescente, una comunidad estudiantil muy politizada y en las universidades públicas se desarrollaba una “sociología comprometida”.

Para Leal (1994: 97-98) habían dos factores que en esos años aventajaron la educación privada sobre la pública: una crisis académica progresiva en los establecimientos oficiales y la demanda de la clase media por aumentar su estatus social. Esta situación se presentaba en otros países con diversos grados de intensidad, la movilización social de la época fue producto de las transformaciones modernizadoras de las últimas décadas y ello se reflejaba en las universidades y su oferta educativa.

A finales de esa década y principios de los setenta en AL las condiciones económico-políticas llevan a la polarización de la sociedad manifestándose inconformidades en algunos países permitiendo la aparición (o reaparición) de los militares en la escena pública. Los golpes de Estado en algunos países afectaron seriamente el desarrollo de la disciplina. Para algunos politólogos estos eventos cambiaron totalmente su vida truncando completamente su desarrollo profesional (Fernández, 2005: 70).

En 1973 se cierra la ELACP en Chile y se trata de subsanar la ausencia de los estudios de ciencia política creándose en la Universidad de Valparaíso la Licenciatura en Historia con Mención en Ciencia Política (Fuentes y Santana, 2005: 18) con poco éxito dadas las condiciones políticas del país. Con el ascenso de los militares al poder en Argentina en 1966 emigran varios profesores y pensadores de la política a otros países como México, EUA y España, mientras quienes deciden permanecer sufren la parálisis de la actividad académica (Mazzocone, *et. al.*, 2009: 616).

Pero el golpe de 1976 fue el más severo, llevó al cierre de las pocas carreras de ciencia política y la casi disolución de las todavía pequeñas y precarias comunidades científicas que apenas unos años antes se habían constituido, pero sobre todo la persecución de científicos sociales argentinos. Como se-

ñalan Bulcourf y D'Alessandro (2003: 158) durante el llamado “Proceso de Reorganización Nacional”, las actividades intelectuales vinculadas a la política que no estuvieran al servicio del régimen eran vistas con sospecha de subversión y por lo tanto quienes las desarrollaban corrían el peligro de muerte, de desaparición o tortura.

En Cuba desaparece la Escuela de Ciencias Políticas y sus funciones son absorbidas por la escuela de cuadros del partido desapareciendo su rol de ciencia social (Alzugaray, 2005: 141). Pero en otros países como en Brasil y México, la ciencia política no se vio truncada por los autoritarismos y al contrario, tuvo un crecimiento significativo. Tampoco sucede lo mismo en Colombia donde fue precisamente durante la década de los setenta que se inicia el proceso de profesionalización de los estudios políticos (Leal, 1994: 118).

En Brasil por ejemplo, el régimen militar reprimió a los sectores de la comunidad científica y académica más activos en la oposición, pero por otro lado posibilitó la ampliación de una red de instituciones ligadas a la ciencia y la tecnología. Al inicio de la dictadura en 1969 se hacía patente una línea dura dentro de la cúpula militar, pero ya en 1974 con el cambio generacional aumentó la influencia de posturas más favorables al desarrollo científico y la convivencia menos conflictiva con la comunidad académica (Spina, 1997: 104).

La Reforma Universitaria de 1968 amplió el mercado de docentes universitarios, investigadores, becas de estudio, etc., favoreciendo la expansión de las ciencias sociales especialmente la ciencia política. Un año antes se funda la Asociación Brasileña de Ciencia Política con el objetivo de estimular el desarrollo de la disciplina. Una encuesta realizada por la misma asociación en 1969 muestra que todavía la mayoría de los politólogos brasileños tenían una formación en derecho, y sólo unos pocos en sociología y ciencia política.

Sin embargo, ya las materias y textos que los entrevistados comentaban eran ya propiamente de la disciplina lo que mostraba una diferencia importante con sus predecesores (Michetti y Miceli, 1969). Los golpes militares tuvieron como efecto la migración de profesores argentinos, chilenos y uruguayos a países como México y Venezuela. En este último se aprovecha positivamente el “shock externo” para ampliar el interés sobre fenómenos latinoamericanos favoreciendo los estudios comparados principalmente en la Universidad Central de Venezuela (UCV) y el Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) (Álvarez y Dahdah, 2005: 247).

En México fueron sobre todo las universidades públicas como El Colegio de México, la UNAM, la FLACSO-México y la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) que cobijaron a varios de los exiliados de la dictadura

y su llegada significó una bocanada de renovación para el desarrollo de la disciplina en dicho país. Durante estos años predominan en la ciencia política latinoamericana los estudios de tipo sociológico, principalmente los enfoques estructural-funcionalista y marxista, en ambos existía obviamente una pluralidad de puntos de vista compartiendo algunos elementos en común (Nun, 1967).

Dentro del marxismo científico además de las propias corrientes internas, había una especie de marxismo militante que pugnaba por una ciencia política más allá de las aulas. En algunos países más que en otros, como en Brasil, México y Perú imperaban fuertemente, como se ha señalado, los análisis derivados de la teoría de la dependencia y las críticas al desarrollismo. Convivían no obstante ya otras perspectivas de análisis empírico de corte anglosajón, pero con poco impacto en las academias a nivel nacional.

El predominio que llegó a alcanzar el marxismo en esos años fue en parte producto de los movimientos políticos mundiales de los años sesenta que impactaron también el pensamiento político de la región. Los éxitos iniciales de la Revolución cubana (1959), así como la difusión de algunos aspectos de revolución cultural en China (1966), tales como considerar a la ciencia como parte de la ideología “burguesa” llevan a varios intelectuales y académicos a retomar el marxismo que había sido relegado ya en los años treinta y cuarenta. Así a finales de los años sesenta y durante toda la década de 1970 el marxismo fue el paradigma dominante en casi todos los círculos intelectuales de AL, sobre todo en México, Perú y Uruguay.

Según Wertz (1995: 136), se publicaban textos de introducción a la ciencia política, pero se trataban en general y casi exclusivamente de presentaciones de los conceptos clásicos de la política según el modelo de Europa y EUA, y los pocos libros existentes, como exposiciones de la política propia del país, eran una excepción a la regla y casi todos con una impronta marxista. Incluso algunos de los politólogos que estaban conscientes de la necesidad de avanzar de una ciencia política amplia o tradicional a una más rigurosa sostenían que dicha especificidad residía en la “sociología política” y no en su expresión más amplia como “ciencias políticas”, ya que aquella era la que había progresado más en el desarrollo y la utilización de métodos de estudio empíricos (De Souza, 1958: 14-32).

En esos años quienes se dedican a las ciencias sociales llevan a cabo reflexiones introspectivas sobre la necesidad de desarrollar una ciencia política propiamente latinoamericana (Cosío, 1963: 317). Algunos libros de la época que hoy se consideran clásicos en la literatura politológica latinoamericana como *La democracia en México* (1965) de González Casanova, *Estudios so-*

bre los orígenes del peronismo (1971) de Murmis y Portantiero, o *La violencia en Colombia* (1962) de Guzmán, Fals y Umaña, son ejercicios de sociología e historia atentos a las estructuras económico sociales influenciados por la mirada totalizadora del marxismo, pero al mismo tiempo contienen la búsqueda de la complementariedad teórica y metodológica.

El estudio de la política era una mezcla de sociología y ciencia política: “los sociólogos hacen ciencia política” (Fernández, 2005: 64), pero también los economistas y los abogados, quienes incluso siguieron liderando los centros de investigación y docencia. Estos aspectos aún continúan vigentes en varios países como en Venezuela, Ecuador y Bolivia, y en menor medida en México y Argentina, por mencionar algunos casos.

A pesar de la creación significativa de estructuras propias para el desarrollo de la ciencia política entre los años sesenta y setenta, no habían politólogos en sentido estricto —o al menos como hoy se entiende—, los paradigmas dominantes no eran propiamente politológicos y más aún, había cierta incomodidad con los modelos de pensamiento existentes y se buscaba crear una ciencia política más *ad hoc* a la idiosincrasia latinoamericana.

Llanamente se puede decir que si hoy en los congresos de ciencia política las ponencias que se consideran más científicas son aquellas que muestran correlaciones y regresiones, a finales de los años sesenta y setenta lo eran aquellas que pugnaban por una visión revolucionaria de la realidad, no era la democracia el tema central, sino la revolución o la transición al socialismo. No obstante, el rol del politólogo todavía era desconocido o incierto.

Según Marcos Kaplan (1970: 53-54), los politólogos en esos años no eran todavía un grupo profesional reconocido y valorado en las sociedades latinoamericanas. La necesidad de su existencia y su funcionalidad no aparecían evidentes para el público medio ni para ningún grupo significativo e influyente. La sola denominación “ciencia política” y “su objeto manifiesto, subrayaban un carácter peligroso, potencialmente subversivo, de la actividad” y prosigue “su situación institucional es también incierta. En el mejor de los casos, constituyen *enclaves tolerados* en las universidades y en los órganos gubernamentales” (cursivas mías).

Democratización y ciencia política

A partir de los años ochenta en adelante, y sobre todo en la primera década del siglo XXI, se desarrollan estudios de ciencia política en sentido estricto alejados del formalismo jurídico y se trata de dejar atrás las teorías sociológi-

cas, sobre todo la impronta del marxismo. Los procesos políticos latinoamericanos son objeto de análisis no sólo de los propios estudiosos en la región, sino que ya también lo son principalmente en universidades de EUA.

Si bien AL ya estaba en la agenda de investigación de la politología estadounidense sobre todo después de la Revolución cubana, es a partir de las transiciones a la democracia que se renueva dicho interés fundándose centros y programas de especialización lo que ha permitido que en los países latinoamericanos se introduzcan con mayor fuerza las corrientes dominantes de la ciencia política norteamericana.

El crecimiento de la infraestructura para los estudios politológicos, principalmente en Argentina, México y Brasil, coincide con los procesos de democratización en la región, expandiéndose dicho crecimiento también en varias universidades privadas. La disciplina se empieza a difundir en otros países en los cuales su presencia era muy reducida como en Bolivia, donde entre 1983 y 1986 se crean carreras de ciencia política en algunas universidades (Varnoux, 2005). En otros como en Venezuela donde se habían mantenido los estudios politológicos en un nivel aceptable, tiene un crecimiento especialmente pronunciado (Álvarez y Dahdah 2005). En Colombia desde finales de los ochenta y durante toda la década de 1990 se presenta un crecimiento de institutos y programas dedicados a la ciencia política en universidades públicas y privadas (Bejarano y Wills, 2005: 116).

Pero en otros países, principalmente de Centroamérica, la ciencia política como disciplina académica continúa siendo prácticamente inexistente en las universidades públicas (*p.e.* Panamá) y sólo se mantiene como carrera en algunas privadas (*p.e.* en El Salvador). A partir de 1983 en Argentina se recupera en poco tiempo el impulso que fue truncado por la dictadura. En la Universidad de Buenos Aires en 1984 se presenta el *Informe Strasser* para la creación de la carrera de ciencia política en la Facultad de Derecho. En Uruguay igualmente, apoyados en centros de investigación privados creados en la década de 1970, dado que los militares habían irrumpido violentamente en la Universidad, en 1985 se crea el Instituto de Ciencia Política dentro de la Facultad de Ciencias Sociales, separando así las cátedras que se ofrecían en las facultades de Derecho y Economía y en 1991 se crea la *Revista Uruguaya de Ciencia Política* (Garcé, 2005: 236).

En 1990 Lechner señalaba que en Chile existía una doble paradoja: fuerte desarrollo del análisis político con un bajo grado de institucionalización de la disciplina (en Fernández, 2005: 63). Una afirmación que contrasta con el hecho de que en los ochenta se crean más instituciones favorables a su desarrollo, en 1981 se crea el Instituto de Ciencia Política en la Universidad

de Chile, dos años antes el Instituto de la Universidad Católica comienza a publicar la Revista de Ciencia Política y en 1982 instaura un programa de posgrado en la materia, posteriormente la iniciativa privada funda un centro para la investigación politológica y en 1986 se funda la Asociación Chilena de Ciencia Política.

La creación de nuevas instituciones fue el motor que llevó a repensar los paradigmas dominantes en la disciplina y a integrar enfoques que anteriormente pocos politólogos utilizaban en el estudio de la realidad latinoamericana. A diferencia de las décadas anteriores, a simple vista no existe un paradigma dominante, los politólogos se apoyan en instrumentos estadísticos, recurren a diversos esquemas teóricos en boga como la elección racional y el neoinstitucionalismo, y al mismo tiempo se recurre a métodos cualitativos e históricos. Ya no es el enfoque lo que define la agenda de investigación sino los temas.

En el caso de México, por ejemplo, la ciencia política se liberó de la sociología, pero perdura la tradición histórica (Loaeza, 2005: 201). Aunque lo mismo puede decirse para Brasil, Perú, Colombia y Venezuela. Para algunos, el retorno a la democracia no tuvo un impacto positivo en la disciplina e incluso la relación entre ciencia política y democracia es una visión elitista propia de los estadounidenses. En algunos países subsisten algunas perspectivas que influyen el análisis sobre la política, como sucedía en Bolivia a inicios de los años ochenta: allí donde se crean las licenciaturas en ciencia política todavía imperaban las perspectivas marxistas dominantes en los años setenta. Cuestión que sólo es superada en los años subsecuentes (Varnoux, 2005: 95).

Todavía en 1997, un politólogo venezolano (Bansart, 1997) señalaba que era imposible estudiar ciencia política y no asumir ninguna postura política. Más aún, señalaba que la disciplina debía ser una herramienta del politólogo para la acción o la *praxis* política. Dicha afirmación es todavía parte de la impronta del marxismo dominante de las décadas anteriores, empero se puede observar que si bien varios estudiosos de la política en los años ochenta se asumían como marxistas ello no se reflejaba necesariamente en los análisis y estudios publicados.

Ello es patente en el caso de Perú donde ya existía una larga tradición de análisis pero fue hasta la década de 1990 que, según Tanaka (2005), se comienzan a observar trabajos politológicos que dialogan con la ciencia política estadounidense. Todavía a principios de la década de 1970 AL era una región marginal en los esfuerzos de elaboración de “categorías de análisis para la comparación inter-cultural y la comprensión de los procesos denominados de desarrollo político” (Fortín, 1971).

Algunos politólogos como Schmitter, Stephan y O'Donnell empiezan a introducir, a partir del *quiebre* de las democracias, el estudio de la política AL con mayor impacto que en décadas anteriores. Posteriormente serán éstos y otros politólogos norteamericanos quienes desarrollarán líneas de investigación ligadas al estudio de los procesos de transición en la región. El estudio comparado en y de AL no era nuevo, lo relevante es que precisamente a partir de los procesos de democratización la ciencia política latinoamericana empieza a ver más a EUA y sus métodos de investigación, reduciendo así la influencia, aunque no totalmente, de las perspectivas que habían dominado la disciplina en las décadas anteriores.

¿Dónde está la ciencia política hoy?

Sin duda la democratización de la región en los años ochenta trajo un fuerte impulso para los estudios politológicos. Los procesos de transición, las primeras elecciones y el (re) surgimiento de los partidos políticos, así como nuevos movimientos sociales, los procesos de integración económica regionales, y los cambios en la escena internacional como la desintegración de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) y la creciente influencia de la Unión Europea en la política internacional, necesitaban la interpretación de profesionales en asuntos políticos, el uso de nuevos enfoques y novedosas herramientas analíticas.

Dicho contexto favoreció la aparición de nuevos programas de estudio, facultades, escuelas y centros de análisis, así como de publicaciones especializadas en las materias de la ciencia política, la administración pública y las relaciones internacionales, entre otras. Pero fue un crecimiento desigual si se comparan los países de la región: en algunos no existe siquiera la carrera en las universidades, dentro de la academia hay una diversidad de “enfoques” sobre lo que es o *debería* ser la disciplina, lo que dispersa el conocimiento; las publicaciones en algunos países son pocas, en otros abundan pero no todas son de calidad; y finalmente la comunidad de politólogos es reducida respecto al número de población.

Los programas de licenciatura de la disciplina (Cuadro 1)⁸ se concentran entre 6 y 9 países, siendo Argentina (22% del total), Brasil (12%) y México (29%) los países con mayor número. Empero en programas de posgrado —maestrías y doctorados— el número es significativamente menor: Argentina

8 Todos los cuadros se ubican al final del presente documento, en la sección de Anexo (N. del E.).

concentra el 27% de los programas de maestría, Chile el 16%, Brasil el 13% y Venezuela el 11%, mientras que México apenas el 9%.

En relación con los programas de doctorado el número disminuye, de los 33 programas existentes Argentina tiene más del 50%, Brasil el 19%, mientras que México apenas el 12% al igual que Venezuela. En prácticamente todas las universidades de AL existen varios programas de posgrado en ciencias sociales que en la última fase ofrecen materias y seminarios en ciencia política, empero no se consideran programas de la disciplina *stricto sensu* ya que dicha especialización depende en mucho de la investigación individual de los alumnos y sus profesores y menos de los programas en sí mismos.

El caso de México es interesante porque a pesar de ser uno de los países más grandes de la región, con mayores recursos dedicados a la disciplina y ser uno de los primeros países en fundar una facultad en la materia, tiene la mayor disparidad en relación con los programas de licenciatura *versus* programas de posgrado. Y a pesar de ser considerado uno de los “grandes” en la materia, la producción intelectual, en términos de investigación y publicaciones, no compete ni está a la altura de la ciencia política que se desarrolla en otros países de iguales dimensiones.

Una tendencia que en la primera década del siglo XXI parecería empezar a cambiar si se considera que en dicho país se concentran algunos de los centros de élite politológica relativamente competitivos en el contexto internacional (*cf.*: Altman, 2011: 8).

Ahora bien, respecto de las revistas académicas la disparidad entre países es mucho mayor. Las publicaciones especializadas representan el espacio natural de los académicos para presentar y difundir los resultados de investigación. Incluso, en la actualidad, se premia más la publicación de un artículo académico que de un libro, porque gracias a las nuevas tecnologías de la información son más accesibles, requieren un lenguaje claro y conciso, y en su brevedad se encuentran hallazgos específicos que coadyuvan a la comunidad científica en la búsqueda de respuestas a las preguntas de investigación, la reformulación de éstas, o la elaboración de nuevas hipótesis de trabajo.

Las publicaciones especializadas regularmente se guían por criterios de dictamen de doble ciego, lo que trata de asegurar el anonimato en la evaluación de los artículos o resultados de investigación. Las revistas especializadas que cubren éste requisito, además de una periodicidad constante y un acceso a sus contenidos con facilidad —entre otros— acceden a ciertos *índices*. La mayoría de los académicos serios de la disciplina buscan publicar sólo en revistas indexadas o que estén en proceso de serlo. A mayor número de indexaciones, mayor difusión de los resultados de las investigaciones.

En la elaboración de este ensayo se revisaron las revistas latinoamericanas dedicadas a la ciencia política y sus disciplinas afines (administración pública y relaciones internacionales) en la clasificación del *Latindex* (datos de noviembre de 2010), uno de los índices más amplios en la región. Se optó por no circunscribir el análisis sólo las revistas que específicamente se consideran de ciencia política (*p.e. Revista de Ciencia Política*) e incluir a aquellas que tratan uno o más temas propios de la disciplina (*p.e. Revista Brasileira de Política Internacional*), porque de otra forma quedarían excluidas muchas revistas.

La justificación está en los argumentos anteriormente expuestos: en términos de Bobbio (1981) la ciencia política en la región ha sido entendida a lo largo de su corta historia -o larga, según se vea- en sentido amplio. Según *Latindex* existen 102 revistas indexadas que se publican en la región con cierta regularidad, además de que la mayoría publican artículos una vez que han pasado por el filtro del dictamen de doble ciego. Prácticamente la cuarta parte (el 25.49%) se publican en México, seguido por Brasil (19.6%) y Chile (15.6%). Argentina, que en cuanto a programas de doctorado concentra el mayor número en la región, apenas publica el 11.76% de las revistas de la disciplina, seguido por Colombia con el 8.8%.

Respecto al número de revistas indexadas, en México se concentra el mayor número de publicaciones (9 de 26) que se encuentran en más de 10 índices internacionales por lo que se consideran competentes a nivel internacional. Brasil le sigue con apenas 3, mientras que Argentina, Venezuela y Colombia apenas con dos.

Esta disparidad contrasta no sólo con el número de programas de estudio, pues siguiendo a Altman (2005), Argentina tiene más programas que México, sino con las asociaciones de politólogos. México tiene un gran número de publicaciones en ciencia política y disciplinas afines, pero no cuenta con una asociación de politólogos, y según Vidal (2011), esta situación mantiene a la disciplina en un estado de inmadurez teórica y metodológica así como la ausencia de serias reflexiones sobre su estado actual en dicho país. Contrariamente, Argentina es el país con menos publicaciones indexadas, pero desde los años noventa lleva a cabo congresos nacionales y cuenta con una reconocida organización gremial que agrupa a la mayoría de los politólogos de ese país. La mayoría de las asociaciones que agrupan a la comunidad politológica -de las existentes hasta el 2010 (Cuadro 3)-, varias de ellas se crearon a partir de los años ochenta (Argentina, Brasil y Chile), con excepción del caso mexicano que en 1974 crea el Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, pero el cual no funciona con regularidad y prácticamente ha

desaparecido, siendo la Sociedad Mexicana de Estudios Electorales (1986) la organización que concentra a gran parte de los politólogos de dicho país.

Pero es en la primera década del siglo XXI el periodo en el que se crean más asociaciones impulsadas por la difusión de la disciplina en la región: Bolivia, Colombia, Panamá y Uruguay, así como una asociación regional creada en gran medida por el impulso personal del Prof. Manuel Alcántara de la Universidad de Salamanca.

Empero el número de asociaciones todavía es muy reducido, y en varios países donde existen, éstas no llevan a cabo reuniones con regularidad ni publican una revista que refleje el punto de vista del gremio en cada país, salvo Brasil y Argentina —aunque con irregular periodicidad en éste último—.

No obstante este largo proceso de desarrollo e institucionalización, incluso dentro de los países más grandes de la región como México, Brasil, Chile y Argentina, todavía la disciplina se desarrolla en pequeños archipiélagos y con poca comunicación entre universidades públicas y privadas (Aguilar, 2009). Ello se debe a que mientras en las universidades privadas latinoamericanas la ciencia política se ha desarrollado siguiendo los cánones de la academia estadounidense (Universidad de los Andes en Colombia, el ITAM y CIDE en México, Universidad Católica de Chile, Torcuato di Tella y El Salvador en Argentina), y en algunos casos prácticamente copiándolos y ufanándose de ello, en las universidades públicas los programas de estudio —y sus lentos y progresivos cambios— han contenido una visión heterogénea de la política, concibiendo una ciencia política “más amplia” que va más allá de los temas que imponen los más difundidos enfoques politológicos de corte anglosajón (elecciones, políticas públicas, instituciones) (Garza, 1992).

Finalmente en casi todos los países de la región el rol del politólogo aún no es claro para toda la sociedad, salvo en los mismos centros de enseñanza —aunque en Perú y Argentina en los últimos años ha cambiado la percepción—. En general los egresados de las carreras de ciencia política no son contratados como tales, porque “la sociedad civil no sabe que es un politólogo ni para qué sirve” (Suárez-Íñiguez, 1992: 84). Además, la efervescencia política al interior de las universidades de las décadas anteriores dejó una impronta negativa sobre todo en las públicas, ya que todavía en algunos sectores gubernamentales se considera que los politólogos son de “izquierda” y son mirados con recelo, más aún, se desconfía de sus conocimientos.

A pesar de dicha percepción, las instituciones de gobierno son las principales empleadoras de los politólogos en AL comparada con Estados Unidos donde más del 80% de los egresados en la disciplina tienden a trabajar en

las universidades (Meyer y Camacho, 1979: 43; Álvarez y Dahdah, 2005: 257). En Ecuador por ejemplo, donde la disciplina es relativamente nueva, las dificultades de inserción laboral se han convertido en un obstáculo para la profesionalización, pues no existen incentivos para especializarse más allá de lo que reclama un mercado centrado en asesorías y consultorías que no requieren amplios conocimientos en la materia (Mejía *et al.*, 2005).

En Argentina “sólo un pequeño porcentaje de graduados en ciencia política (entre el 10 y el 20%) se consagra a la actividad académica. Si bien otros politólogos realizan tareas docentes o de formación con cierta frecuencia, éstas no constituyen su ocupación principal”. Un porcentaje similar al anterior “cuelga el diploma y trabaja en áreas no relacionadas con la disciplina” (Malamud, 2006: 122).

En Perú, después del periodo autoritario de Alberto Fujimori, los denominación o autodenominación de politólogo empezó a ser reconocida para dar mayor credibilidad y seriedad en los medios de comunicación, y ya en los últimos años la mayoría de los politólogos que logran ser identificados en las esferas del gobierno, en los medios y otros sectores de la sociedad se desempeñan en universidades privadas o han adquirido su posgrado en el extranjero. No obstante esta dinámica negativa, el rol del politólogo en la región empieza a tener una posición privilegiada si se le compara con aquél que desempeña en otras latitudes, pues muchos se desempeñan en la política, los medios, en el ámbito de la consultoría e incluso —en los últimos años— en la iniciativa privada. El conocimiento sobre su función es muy probable que crezca en la medida que los mismos politólogos consoliden su posición a través de las asociaciones y el aumento de su presencia en los medios.

A manera de conclusión

Haciendo un balance de los argumentos expuestos a lo largo de este ensayo y los datos presentados se puede afirmar que, comparadas con las estructuras de investigación y docencia que existían a principios de la segunda mitad del siglo XX con aquellas que existen hoy, hay un cambio cuantitativo muy amplio y favorable para el desarrollo de la ciencia política en AL. Poco a poco ha dejado de ser una disciplina aislada en pequeños centros de docencia e investigación dentro de un mar de escuelas y facultades de derecho, economía y sociología, y hoy tiene un lugar propio en los espacios universitarios públicos y privados así como en instituciones *ad hoc* a la disciplina, con grandes y comunidades de alumnos, profesores e investigadores en crecimiento continuo sin llegar por ello a la masificación. Empero, además de los dilemas propios

de la disciplina, considerando que aún persiste la fragmentación –siguiendo la metáfora de las mesas separadas de Almond (1990)–, la ciencia política latinoamericana tiene sus propios desafíos.

Todavía faltan más instituciones como facultades y centros de investigación especializada, así como programas de estudio en ciencia política en aquellos países donde todavía no existe. En donde sí existen, se observa, por un lado, la necesidad de una descentralización y ampliación del desarrollo de la disciplina en otras regiones.

Países como México, Perú y Colombia, y en menor medida Argentina y Brasil, concentran su oferta educativa e investigación de alto nivel en sólo una o dos ciudades, generalmente las más importantes (Ciudad de México, Lima, Bogotá, Buenos Aires, Río de Janeiro, entre otras). Mientras que en otros países, principalmente en Centroamérica, la disciplina prácticamente no tiene espacios de desarrollo y su enseñanza a nivel de carrera profesional es inexistente.

También, en algunas universidades, sobre todo aquellas que se masificaron en las décadas de los años setenta y ochenta, es necesario un cambio generacional que aleje a la disciplina del formalismo jurídico que arrastra desde los años cincuenta y de la ideologización que alcanzó y permeó en los años setenta. La paradoja es que mientras en algunos centros se desarrolla una ciencia política que arrastra las herencias de las décadas pasadas, en otros se desarrolla una ciencia política endogámica, donde los politólogos se (auto) publican y sólo leen entre sí, promoviendo un aislamiento de las discusiones que circundan otras universidades, y considerando equivocadamente que dicho comportamiento o tal forma de hacer ciencia política es funcional a la disciplina.

Finalmente, si utilizamos una expresión coloquial, se podría decir que no obstante todos los problemas señalados anteriormente, la ciencia política en AL “está de moda” y además “goza de buena salud” comparada con las décadas anteriores. Y a pesar de las diferencias que hay entre los países de la región, sobre todo en relación con el grado de institucionalización, la ciencia política en AL se ha insertado ya en el contexto internacional al adoptar en gran medida ciertas pautas organizativas que la están ubicando a la altura de que aquella que se desarrolla en EUA o Europa.

La ciencia política es una empresa académica transnacional, las redes de investigación no se circunscriben sólo a un país, por ello la ciencia política latinoamericana poco a poco se va enfrentando a los dilemas que la propia disciplina ha arrastrado desde que inició su proceso de autonomía de otras

disciplinas y de consolidación interna. En síntesis, la ciencia política latinoamericana ya no está en la periferia, sino que empieza a ocupar un lugar en el contexto de la politología mundial, en qué medida los politólogos lo logren consolidar o no, es una cuestión que queda abierta.

Bibliografía

- Aguilar Rivera, José Antonio (2009), “El enclave y el incendio”, en *Nexos*, núm. 374, México.
- Aguirre Lanari, Juan Ramón (1979), *Los fundadores de la ciencia política en Argentina*, Buenos Aires: Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires.
- Aguirre Lanari, Juan Ramón (1990), “Separate tables: Schools and Sects in Political Science”, en Gabriel Almond [ed.], *A discipline divided. Schools and sects in Political Science*, London: Sage.
- Alarcón Olguín, Víctor (2011), *La ciencia política en México. Trayectorias y retos de su enseñanza*, México: Torres Asociados.
- Altman, David (2004), “La institucionalización de la ciencia política en Chile y América Latina: una mirada desde el sur”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm.1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Altman, David (2011), “Where is knowledge generated? On the productivity and impact of political science departments in Latin America”, en *European Political Science, advance on line publication*, enero 14; doi:10.1057/eps.2010.82
- Álvarez Díaz, Ángel y Said Dahdah Antar (2005), “La ciencia política en Venezuela: fortalezas pasadas, vulnerabilidades presentes”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Alzugaray Treto, Carlos (2005), “La ciencia política en Cuba: del estancamiento a la renovación (1980-2005)”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Bansart, Andrés (1997), *De la ciencia al compromiso político*, Caracas: Nueva Sociedad.
- Bejarano, Ana María y María Emma Wills (2005), “La ciencia política en Colombia: de vocación a disciplina”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm.1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Bobbio, Norberto (1981), *Voç* “Ciencia Política”, en N. Bobbio, N. Matteucci y G. Pasquino [eds.], *Diccionario de política*, México: Siglo XXI.
- Bulcours, Pablo y Martín D’Alessandro (2003), “La ciencia política en la Argentina”, en Julio Pinto [comp.], *Introducción a la Ciencia Política*, Buenos Aires: Eudeba.
- Campus, Donatella y Pasquino, Gianfranco (2004), *Maestri della scienza politica*, Bologna: Il Mulino.
- Chilcote, Ronald H. (1974), “Dependency: a critical synthesis of the literature”, en *Latin American Perspectives*, vol. 1, núm. 1, Riverside: Universidad de California.
- Colomer, Joseph (2004), “La ciencia política va hacia adelante (por meandros tortuosos). Un comentario a Giovanni Sartori”, en *Política y Gobierno*, vol. XI, núm. 2, México: CIDE.

- Cosío Villegas, Daniel (1963), “Nacionalismo y Desarrollo”, en *Foro Internacional*, núm. 1. México: Colmex.
- Daalder, Hans (1997), *Comparative European Politics. The Story of a Profession*, London: Pinter.
- De Souza Sampaio, Nelson (1958), “A ciência e a arte da política”, en *Revista brasileira de estudos políticos*, núm. 3, Belo Horizonte: Universidade Federal de Minas Gerais.
- Easton, David (1974), *Voz* “Ciencia Política”, en David L. Sills [dir.], *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 2, Madrid: Aguilar.
- Fernández, Ma. de los Ángeles (2005), “Ciencia política en Chile: un espejo intelectual”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Flores Olea, Víctor (1967), “On political science in Latin America: viewpoints”, en M. Diéguez J. y B. Wood [eds.], *Social science in Latin America*, New York: Columbia University Press.
- Fortín, Carlos (1971), *Las posibilidades del estudio político comparado en América Latina*. Santiago: ELCAP.
- Frank, André Gunder (1991), *El desarrollo del subdesarrollo. Un ensayo autobiográfico*, Caracas: Nueva Sociedad.
- Fuentes, Claudio y Graciela Santana (2005), El “boom” de la ciencia política en Chile: escuelas, mercado y tendencias, en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Garza, Luis Alberto de la (1992), “Diagnóstico del plan de estudios de la carrera de ciencia política de la FCPyS”, en *Estudios Políticos*, vol. 3, núm. 9, México, FCPyS-UNAM.
- Garcé, Adolfo (2005), “La ciencia política en Uruguay: un desarrollo tardío, intenso y asimétrico”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25 núm. 1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Gómez Híjar, Beltrán (2008), “La ciencia política en el Perú. El inicio de su institucionalización”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. L, núm. 204, México, FCPyS-UNAM.
- Heller, Herman (1933), *Concepto, desarrollo y función de la ciencia política*, Madrid: Editorial Revista de Derecho Privado.
- Hodara, Joseph (1976), *Voz* “Cepalismo”, en *Términos latinoamericanos para el Diccionario de Ciencias Sociales*, Buenos Aires: CLACSO.
- Huntington, Samuel (1992), “Ciencia política y reforma política de alma en alma”, en *Estudios políticos*, vol. III, núm. 12, México: FCPyS-UNAM.
- Ianni, Octavio (1971), *Sociologia da sociologia Latino-americana*, Rio de Janeiro: Editora Civilização Brasileira.
- Kaplan, Marcos (1970), *La ciencia política latinoamericana en la encrucijada*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Kling, Merle (1964), “The state of research on Latin America: Political Science”, en C. Wagley [ed.], *Social science research on Latin America*, New York, Columbia University Press.

- Kuhn, Thomas. S. (1962), *The structure of scientific revolutions*, Chicago: University of Chicago.
- Kuhn, Thomas. S. (1974), *Voz* “Ciencia. I Historia de la Ciencia”, en David L. Sills [dir.], *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 2, Madrid: Aguilar.
- Lakatos, Imre (1970), “Falsification and the methodology of scientific research programmes”, en I. Lakatos, I. y A. Musgrave [eds.], *Criticism and the growth of knowledge*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Leal Buitrago, Francisco (1994), “La profesionalización de los estudios políticos en Colombia”, en Rubén Sánchez [comp.], *El estudio de la ciencia política en Colombia*, Bogotá: Universidad de los Andes.
- Leiras, Marcelo, Juan Abal Medina y Martín D’Alessandro (2005), “La ciencia política en Argentina: el camino de la institucionalización dentro y fuera de las aulas universitarias”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25 núm. 1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Loeza, Soledad (2005), “La ciencia política: el pulso del cambio mexicano”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Malamud, Andrés (2006), “¿Qué (no) es la ciencia política y a qué (no) se dedica?”, en *Lo que vendrá*, vol. 4, núm. 5, Buenos Aires: UBA.
- Mazzocone, Diego, Mariano Mosquera *et. al.* (2009), “The political science discipline in Argentina: the political scientists’ National association’s role”, en *PS: Political Science & Politics*, núm. 42, Washington, DC: Cambridge University Press.
- Mejía Acosta, Andrés, Flavia Freidenberg y Simón Pachano (2005), “La ciencia política en Ecuador: un reflejo de su fragilidad democrática (1978-2005)”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Merino, Mauricio (1999), “Sobre la evolución de la ciencia política mexicana”, en Mauricio Merino [coord.], *La ciencia política en México*, México: FCE-CNCA.
- Meyer, Lorenzo y Manuel Camacho (1979), “La ciencia política en México: su desarrollo y estado actual”, en VV.AA., *Las ciencias sociales en México*, México: Colmex.
- Michetti, Heloísa Helena y María Teresa Miceli (1969), “A situação do ensino e pesquisa de Ciência Política no Brasil”, en *Revista de Ciência Política*, vol. 3, núm. 4, São Paulo: ABCP.
- Morlino, Leonardo (2000), “How we are, or how we say that we are: The post-war comparative politics of Hans Daadler and others”, en *European Journal of Political Research*, núm. 37.
- Munck, Gerardo L. y Richard Snyder (2007), *Passion, Craft and Method in Comparative Politics*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Nohlen, Dieter (2006), “Ciencia Política en América Latina”, en D. Nohlen [coord.], *Diccionario de Ciencia Política*, dos tomos, México: Porrúa.
- Nun, José (1965), “Los paradigmas de la ciencia política en América Latina: del formalismo al marxismo crítico”, en *As ciências sociais na América Latina*, Centro Latino-americano de pesquisas em Ciências Sociais, São Paulo: Difusão Européia do Livro.

- Nun, José (1967), "Notes on political science and Latin America", en Manuel Diéguez Júnior y Bryce Wood [eds.], *Social Science in Latin America*, New York: Columbia University Press.
- Quintero, César A. (1973), *Principios de Ciencia Política*, Panamá: Librería Cultural Panameña.
- Orren, Karen y Stephen Skowronek (1999), "Orden y tiempo en el estudio de las instituciones: un alegato a favor del enfoque histórico", en J. Farr, J. S. Dryzek y S. T. Leonard [eds.], *La ciencia política en la historia*, Madrid: ITSMO.
- Rivera, Mauricio y Rodrigo Salazar Elena (2011), "El estado de la ciencia política en México. Un retrato empírico", en *Política y Gobierno*, vol. XVIII, núm. 1, México: CIDE.
- Sánchez David, Rubén (1994), "La ciencia política y la Universidad de los Andes", en *El estudio de la ciencia política en Colombia*, Bogotá: Universidad de los Andes.
- Sartori, Giovanni (1971), "Cosa e' «politica»", en *Rivista Italiana di Scienza Politica*, núm. 1, Bologna: Il Mulino.
- Serra Rojas, Andrés (1964), *Ciencia política. La proyección actual de la teoría general del Estado*, México: Porrúa.
- Sorauf, Francis J. (1967), *Ciencia Política. Una sencilla visión general*, México: Uteha.
- Sola, Giorgio (1996), *Storia della scienza politica*, Roma: Carocci.
- Spina Forjaz, Maria Cecília (1997), "A emergência da Ciência Política acadêmica no Brasil: aspectos institucionais", en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 12, núm. 35, São Paulo: ANPOCS.
- Stoker, Gerry (1997), "Introducción", en G. Stoker y D. Marsh [eds.], *Teoría y métodos de la ciencia Política*, Madrid: Alianza.
- Suárez-Iñiguez, Enrique (1992), "La ciencia política académica mexicana", en *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, vol. XXXVII, núm. 147, México: FCPyS- UNAM.
- Tanaka, Martín (2005), "Los estudios políticos en Perú: ausencias, desconexión de la realidad y la necesidad de la ciencia política como disciplina", en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Torres Mejía, David (1990), "La ciencia política en México", en Francisco Paoli [coord.], *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, México: UNAM. UNESCO (1950), *La ciencia política contemporánea. Contribución a la investigación, el método y la enseñanza*, París: Unesco.
- Varnoux Garay, M. (2005), "La ciencia política en Bolivia: entre la reforma política y la crisis de la democracia", en *Revista de Ciencia Política*, vol. 25, núm. 1, Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Vidal de la Rosa, Godofredo (2011), "Las desventajas de la desorganización. La ciencia política mexicana en la encrucijada", en *Estudios Políticos*, núm. 22, México: FCPyS-UNAM.
- V.V. A.A. (2006), "Dossier: ciencia política ¿crisis o renovación?", en *Andamios*, vol. 6, núm. 11, México: UACM.
- Werz, Nikolaus (1995), *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina*, Caracas: Nueva Sociedad.

Zamitiz, Héctor y Víctor Alarcón Olgúin (1999), "Testimonios. La ciencia política en México: historia intelectual de una disciplina", en *Enfoques contemporáneos en Ciencia Política*, México: CNCPAP.

Anexo

Cuadro 1

La Ciencia Política en América Latina: Revistas, Docencia y Asociaciones

País	Revistas Académicas	Programas <u>Licenciatura</u> ²	Programas <u>Maestría</u> ²	Programas <u>Doctorado</u> ²	Asociación de Ciencia <u>Política</u> ³
Argentina	12	33	27	15	Si
Bolivia	0	4	2	0	Si
Brasil	20	18	13	6	Si
Chile	16	11	16	1	Si
Colombia	9	15	6	0	Si
Costa Rica	3	1	1	1	No
Cuba	0	0	1.7	1	No
Ecuador	2	2	1	1	No
El Salvador	0	0	1	0	No
Guatemala	0	3	3	0	No
Honduras	0	0	1	0	No
México	26	43	9	4	Si
Panamá	0	0	0	0	Si
Perú	2	2	2.5	0	No
Puerto Rico	1	1	0	0	No
República Dominicana	0	2	4	0	No
Uruguay	1	1.5	.75	0.5	Si
Venezuela	10	9	11	4	Si

Cuadro 2

Revistas Latinoamericanas de Ciencia Política Indexadas

	Total de Revistas	Indexadas entre 5 y 10 índices	Indexadas en más de 10 índices
México	26	5	9
Brasil	20	3	3
Chile	16	3	0
Argentina	12	1	2
Venezuela	10	6	2
Colombia	9	3	2
Costa Rica	3	0	1
Ecuador	2	0	1
Puerto Rico	1	1	0

Fuente: Elaboración propia con datos de *Latindex*.

Cuadro 3

Asociaciones de politólogos en América Latina

País	Nombre	Año de Fundación
Argentina	Sociedad Argentina de Análisis Político	1992
Brasil	Asociación Brasileña de Ciencia Política (ABCP)	(1986*) 1997
Bolivia	Asociación Boliviana de Ciencias Políticas ^a	2002
Chile	Asociación Chilena de Ciencia Política	(1966*)1983
Colombia	Asociación Colombiana de Ciencia Política	2007
México	Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Admón. Pública ^a	1974
	Sociedad Mexicana de Estudios Electorales ^b	1986
Panamá	Comisión Permanente de Ciencia Política ^a	2004
Uruguay	Asociación Uruguaya de Ciencia Política	(1993*) 2009
Venezuela	Academia de Ciencias Políticas y Sociales ^c	1915
Regional	Asociación Latinoamericana de Ciencia Política	2002

Fuente: Elaboración propia con datos al 2010 de cada país.

* Antecedente de la asociación actual

^aNo funcionan con periodicidad

^bAbarca a estudiosos de un área específica de la disciplina

^cNo es sólo de Ciencia Política

Fernando Barrientos del Monte. *La Ciencia Política en América Latina.
Una breve introducción histórica*

Fernando Barrientos del Monte. Doctor en Ciencia Política por el Instituto Italiano di Scienze Umane-Universidad de Florencia. Director del Departamento de Estudios Políticos, Universidad de Guanajuato, Campus Guanajuato, México. Líneas de investigación: política comparada, política y elecciones en América Latina; voto electrónico; ciencia política como disciplina. Publicaciones recientes: *Gestión Electoral Comparada y Confianza en las Elecciones en América Latina*, México: INAP (2011); “Política Comparada, Estado y Democracia en la teoría de Stein Rokkan”, en *Revista de Sociología*, Santiago de Chile, núm. 26 (2012); “Dimensiones discursivas en torno al voto electrónico”, en *Revista de Ciencia Política*, Santiago de Chile, vol. 27, núm. 1 (2007).

Recepción: 18 de septiembre de 2011.

Aprobado: 26 de abril de 2012.